

Las alegres inadaptadas de Bath

La viuda y el vizconde

Callie Hutton

USA Today Bestselling Author

La viuda y el vizconde

Callie Hutton

Contenido

[Página del título](#)
[Sobre el libro](#)
[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Sobre la autora](#)
[Derechos de autor](#)

Sobre el libro

Él intenta recordar que todo lo que está ocurriendo es tan solo un falso compromiso…

Natalie Shaw lleva dos años reconstruyendo su vida después de un matrimonio difícil. Junto a su hija Annalise, ha encontrado refugio en casa de su hermana, la doctora Rayne Smith, y su esposo, lord Edwin Sterling. Trabajar como asistente de enfermería le ha devuelto el propósito, y aunque no se considera feliz, al menos ha alcanzado cierta paz.

Lord Alex St. John ha soportado durante años la presión de su madre para que se casara. Tras romper un compromiso por culpa de su antigua prometida, ahora debe asistir a una celebración nupcial de cinco días, donde sabe que será acosado por sus parientes femeninas, todas empeñadas en querer emparejarlo.

Para evitar el acoso, lord Sterling le propone una solución: fingir que está comprometido con Natalie. Y ella acepta, deseando romper la monotonía y vivir algo distinto.

Todo parece ir según lo planeado... hasta que aparece Miss Mildred Walsh, la ex prometida de Alex, decidida a recuperarlo. Pero Alex no tiene intención de volver con ella. De hecho, empieza a preguntarse si su prometida "falsa" podría ser la verdadera. ¿Aceptaría Natalie?

Y mientras tanto, Mildred está dispuesta a todo. Para ella perder a Alex no es una opción.

* * *

¡Recibe un libro gratis y mantente al día de los nuevos lanzamientos y ventas! http://calliehutton.com/newsletter/

Prólogo

—Si no fueras una completa imbécil, sabrías que detesto el cordero. No quiero volver a verlo nunca más en mi casa.

Después de decir eso, Milton levantó su plato de la cena y lo lanzó contra la pared. El plato se hizo añicos y su contenido fue resbalando lentamente hasta caer al suelo formando un revoltijo.

—Mueve el culo y prepárame algo que me guste.

Enseguida eructó y se rascó el vientre.

Natalie dejó la servilleta sobre la mesa, junto a su plato intacto, que estaría frío para cuando tuviese lista otra comida para su marido. Miró a Annalise, su hija de cuatro años, y con la mirada le indicó que siguiera comiendo y que se retirara en cuanto terminase. Era evidente que la pequeña estaba conteniendo las lágrimas, y ambas sabían que si lloraba volvería a encender la cólera de Milton.

Casi todas las comidas eran así. Por más que Natalie se esmerara, nunca parecía acertar con un plato del gusto de su esposo. Había llegado a llevar una lista con todo lo que no soportaba para evitarlo, aunque muchas de aquellas viandas eran precisamente las que más les gustaban a ella y a Annalise. Sin embargo, su marido siempre encontraba algo de lo que quejarse.

Mientras freía unas lonchas de jamón con patatas y un par de huevos, recordó al Milton con el que creía haberse casado hacía cinco años. Era algo brusco, sí, pero la trataba bien: le compraba bisutería y la llevaba a dar largos paseos por los alrededores de Bath, donde ella vivía entonces.

Como el padre de Natalie la había ignorado, igual que a su hermana mayor, Mary Beth, y había volcado toda su atención en Rayne, la menor, siempre se sintió muy halagada por las atenciones de Milton. Su padre deseaba tener un hijo varón que continuase con su profesión de médico pero, tras el nacimiento de Rayne y la muerte de su esposa poco después, tuvo de conformarse con que

solo tenía tres hijas, y puso todas sus ambiciones en la más pequeña.

Mientras Mary Beth y Natalie podían comprarse cintas y vestidos nuevos, y dedicarse a pintar acuarelas, bordados y otros pasatiempos femeninos, la pobre Rayne fue obligada a consagrarse por completo a los estudios a fin de ser admitida, llegado el día, en una universidad donde hacer la carrera de medicina. Que Natalie supiera, nadie preguntó a Rayne si aquello era lo que deseaba. Y, sin embargo, hoy era una doctora muy respetada en Bath, y había tomado el relevo del consultorio paterno cuando él se retiró. Además, se había casado con lord Edwin Sterling, barón de Plaistow.

Natalie, por su parte, ansiosa por abandonar la casa paterna y empezar una nueva vida, se había casado con Milton, y casi desde el primer momento se arrepintió de su decisión. Mary Beth, en cambio, estaba felizmente casada con un caballero excelente, el señor Dean Jones. Tenían un hijo, Thomas, y habían adoptado a una niña, Glory, que fue rescatada por su hermana Rayne de las calles de Bath.

Suspiró al colocar el plato delante de Milton.

—¿Llamas a esto una cena? Más bien parece un desayuno.

Pero, en lugar de seguir con los reproches, se abalanzó sobre la comida. Annalise ya había terminado y se había marchado. Natalie, resignada, intentó tragar cuanto pudo del cordero frío.

—¿Tienes mi ropa lavada? —Preguntó Milton, y eructó de nuevo mientras balanceaba la silla sobre dos patas.

Ella asintió con la cabeza.

Él le agarró la barbilla bruscamente.

—No me faltes al respeto asintiendo con la cabeza cuando te hablo.

Natalie se soltó y carraspeó.

—Sí, tu ropa está limpia. La he lavado hoy.

Él asintió, dejó caer la silla sobre sus cuatro patas y se puso en pie.

—Voy a salir esta noche. —Se inclinó hacia ella, que quiso poder volver el rostro, pero no estaba dispuesta a sufrir otra de sus andanadas—. Procura estar lista para cuando regrese.

Tuvo incluso el descaro de guiñarle un ojo y se dirigió pavoneándose hacia el dormitorio. Ella cerró los ojos haciendo un esfuerzo por no ponerse a llorar. Sabía demasiado bien lo que significaban aquellas palabras.

—Mamá, ¿te encuentras mal?

Annalise apareció en la puerta de la cocina con preocupación en el rostro.

Natalie recogió los platos sucios.

—No, cielo, estoy bien.

La niña jugueteó con un mechón de su cabello.

—¿Papá va a volver a salir?

—Sí. —Forzó una sonrisa y se volvió hacia la pequeña—. Ve a lavarte, ponte el camisón y te leeré un cuento en cuanto papá se haya marchado.

Annalise se fue corriendo hacia su cuarto y se topó de bruces con Milton. Él la empujó sin miramientos y la niña cayó al suelo sentada.

—Siempre estás en medio, mocosa. —Gruñó, y enseguida agarró el abrigo del perchero que había junto a la puerta y salió dando un portazo.

Natalie acudió a levantar a la pequeña y, sin decir palabra, se dirigieron juntas hasta el dormitorio de la niña.

Unos fuertes golpes en la puerta principal de la casa sacaron a Natalie de un profundo sueño.

—¡Oh, será Milton, que otra vez ha olvidado la llave!

Esperaba que irrumpiese en la casa tambaleante y se desmayase antes de llegar a su cama.

—Ya voy.

Se ciñó su bata raída y anudó el cinturón deshilachado.

Abrió la puerta y se quedó atónita al ver en el umbral a un agente de policía.

—¿La señora Shaw?

Natalie se llevó una mano a la garganta.

—Sí.

El hombre se quitó el sombrero.

—Lamento informarle que su esposo, el señor Milton Shaw, se encuentra en la morgue.

—¿La morgue?

Creía haber entendido, pero aún estaba bastante dormida.

—Así es, señora. Por lo visto, esta noche tuvo un altercado en la taberna *Grouse and Lady*.

Ella negó con la cabeza, intentando aclararse.

—¿Y qué pasó?

El agente tomó aire.

—No hay otro modo de decirlo: el señor Shaw ha muerto.

Natalie permaneció bajo el umbral de la puerta sin pronunciar palabra. Al cabo de un rato, el hombre añadió:

—¿Quiere que avise a alguien de su parte, señora? ¿Alguna hermana… algún amigo?

Como quien se despierta de un sueño, ella negó.

—No. No, estaré bien.

—Mañana deberá acudir a la morgue para reclamar el cuerpo.

—Sí, sí. Iré.

El hombre tocó el ala del sombrero y se alejó. Ella cerró la puerta lentamente y se apoyó en ella.

—Milton ha muerto. —Una amplia sonrisa le cubrió la mitad inferior del rostro. Después, le resbalaron unas lágrimas por las mejillas y respiró hondo—. Milton ha muerto.

Capítulo 1

Dos años después
Bath, Inglaterra

Alexander, vizconde de St. John, bajó a toda prisa las escaleras después de salir de la casa de la que había sido su prometida, la señorita Mildred Walsh. Palpó el bolsillo interior del chaleco, donde guardaba a buen recaudo el anillo de matrimonio de la familia que le acababa de devolver.

Había sido una escena fea, y se alegraba de que se hubiera terminado. Más que enfado, sentía asombro por las explicaciones con que Mildred había intentado salvarse, aun después de que la sorprendiera en flagrante delito con uno de los lacayos de su familia en la biblioteca de su padre. Hubo lágrimas, excusas mal urdidas y pataleos infantiles después de que echara al criado, al que probablemente rompió la nariz en el proceso, y se encarara con Mildred.

—No es lo que parece. —Se lamentó ella con las mejillas encendidas y los puños apretados a ambos lados del cuerpo.

—¿Ah, no? Estabas boca arriba en el sofá, con las faldas prácticamente por encima de la cabeza, y el sirviente de tu familia estaba encima de ti, con los pantalones bajados hasta los tobillos. Por pura diversión me gustaría escuchar tus explicaciones, pero me temo que lo que han visto mis ojos, y el conocimiento que tengo del acto carnal, superan cualquier cuento que quieras inventarte.

—No puedes romper nuestro compromiso. ¡Serás mi ruina!

Él no respondió; se limitó a levantar una ceja y contemplarla en silencio durante casi un minuto, hasta que por fin le dijo:

—Querida mía, hay que decir que esa ruina te la has procurado tú sola después de lo que acabo de ver. De todos modos, puedes decirle a todo el mundo que has sido tú la que ha roto el compromiso porque consideraste que no nos convenía mos el uno al otro. Yo no lo desmentiré.

—¿Y qué le digo a mis padres? No me creerán que fui yo quien lo rompió. Están exultantes desde que saben que me voy a casar con un aristócrata. —Empezó a retorcerse las manos—. No me lo perdonarán.

Alexander se acercó a ella con una mano abierta.

—El anillo de mi abuela, si eres tan amable.

Ella forcejeó un instante para quitárselo.

—¿No hay ninguna manera de hacerte cambiar de parecer?

—Mildred, sé sensata. ¿Crees que podría confiar en ti después de esto? ¿Tendré que contratar solo a viejos decrépitos para servir en nuestra casa? ¿Tendré que preocuparme cada vez que salga por la puerta principal de que tú estés metiendo a alguien por la de atrás? —Negó con la cabeza mientras tomaba el anillo—. No, querida. Una vez rota la confianza, ya no hay remedio.

—Podríamos tener un matrimonio típico de la alta sociedad. Todo el mundo los tiene. Permaneceré fiel hasta darte un heredero y un hijo de reemplazo, y luego cada cual seguirá su camino.

St. John pegó un bufido.

—Ni me molestaré en responderte.

Se dio la vuelta para marcharse, pero ella corrió tras él y lo sujetó del brazo.

—¿Me concederás unos días para decidir qué le voy a decir a mis padres? ¿Y a mis amistades?

Alex hizo un gesto de desdén con la mano.

—Tómate todo el tiempo que quieras. Pero ten por seguro que no habrá boda.

La dejó entre sollozos, incapaz de sentir el menor asomo de compasión.

A decir verdad, no estaba tan mal. Su corazón nunca se había comprometido con ella. Mildred le gustaba y disfrutaba de su compañía. Era ingeniosa y encantadora, y la habían criado para ser la esposa de un noble. Pero de algún modo, en su formación, sus institutrices y preceptores pasaron por alto el capítulo referente a guardar la virtud.

¿La amaba? No. No tenía intención de enredarse de esa manera en ese matrimonio, y lo ocurrido acababa de demostrar que

estaba en lo cierto. A decir verdad, en el fondo había aceptado el compromiso para apaciguar a su madre, que llevaba años martirizándolo con los deberes a los que estaba obligado por ostentar su título.

Salió por la parte trasera y se dirigió a las caballerizas que había tras la hilera de casas donde vivía la familia Walsh. Después arrojó una moneda al mozo para que le trajera el caballo. Aún aturdido por lo sucedido, decidió que lo que procedía era tomarse un brandy, o dos, ponerse ropa cómoda y pasar la velada en su despacho, ante la chimenea encendida, contemplando su vida.

Ya más tarde, y haciendo exactamente lo que había pensado, Alex hizo girar el líquido ambarino en la copa y volvió a recordar la escena con Mildred. Daba gracias por haber visto lo que vio. Con la boda a pocas semanas, bien podría haberse visto atrapado en un matrimonio donde jamás habría podido confiar en su esposa.

Un matrimonio típicamente mundano, le había propuesto ella. Negó con la cabeza. Había visto suficientes uniones de ese tipo como para saber que no eran para él. Los votos matrimoniales eran para siempre y no debían quebrantarse. Dejó la copa vacía en la mesita de madera oscura junto al sillón, se puso en pie y se ciñó el cinturón de su bata estampada blanca y marrón.

Al día siguiente iba a ir a su casa de campo para revisar la contabilidad con su mayordomo. Hacía unos veinte años, su padre tuvo la clarividencia de advertir por dónde iban los tiempos e inició en la finca un negocio de cría de caballos de primera. Muchas grandes casas estaban en apuros; quienes no habían logrado casarse con una rica heredera americana, y ya no contaban con un montón de arrendatarios que los sostuvieran, estaban tambaleándose. Pero la propiedad de Alex, gracias a su difunto padre, marchaba bien.

Había planeado llevar a Mildred a Irlanda en su viaje de bodas, donde podría adquirir algunos de los mejores corceles del mundo. Tal vez aún fuese buena idea ir desde su casa de campo a Irlanda, y dar así a los chismosos la impresión de que Mildred había roto el compromiso y que él se había marchado a lamerse las heridas.

¡Ja! Lamerse las heridas. Si daba saltos de alegría por no haber quedado atrapado en un matrimonio que le habría amargado la vida.

Tres meses después
Consultorio de la doctora Rayne Stevens

—Natalie, ¿dónde están las gasas limpias? Has vuelto a cambiarlo todo y ahora no encuentro nada.
La doctora Rayne Stevens tenía las manos en las caderas y miraba a su hermana con visible fastidio.

—Mil perdones, hermana. Pensaba rotular todos los armarios y cajones para encontrar las cosas más deprisa, pero me entretuve cosiendo el corte de la pequeña Amy en la frente.

Natalie se secó las manos en el delantal después de despedir a la niña con una golosina de las que guardaban para los que salían llorando.

—Me pondré a ello en seguida.

Abrió un cajón, sacó las gasas y se las entregó.

La hermana de Natalie, la doctora Rayne, en realidad lady Sterling, desde que se casó con Edwin, era una mujer adelantada a su tiempo. A pesar de dirigir su consulta, era también una esposa, una hermana y una madre magnífica. Natalie la admiraba y se sintió dichosa cuando, tras la muerte de su marido, Rayne y Edwin le ofrecieron un hogar para ella y su hija, Annalise.

Rayne la había tomado bajo su protección y le había enseñado a ser su ayudante. Aquello ayudó a Natalie a sentirse útil, y que podía aportar su parte, en lugar de sentir que Rayne y Edwin las mantenían a ella y a su pequeña.

Tras guardar las gasas en su bolso, Rayne se despidió con un gesto y salió a visitar a sus embarazadas. Natalie se dedicó entonces a etiquetar los cajones y armarios donde guardaban los suministros de uso habitual.

Tarareaba mientras trabajaba, y contando con los dedos cayó en la cuenta de que ella y Annalise llevaban ya dos años con su hermana y su cuñado. Al principio había sido incómodo, porque no

quería hablar de su matrimonio, aunque sabía que, para estar tranquila, su hermana tenía derecho a saber lo sucedido.

Una noche, después de que Rayne cumpliera con su ritual de leer un cuento a su hijo de cuatro años, Arthur, a Annalise y a la pequeña Melissa, de dos, una vez que la niñera les había dado de cenar, bañado y metido en la cama, ambas se sentaron en el patio trasero de la casa de los Sterling, y Natalie abrió su corazón ante su hermana entre tazas de té. Por fortuna, el asunto no volvió a mencionarse, lo cual había hecho la convivencia mucho más agradable para Natalie. No quería recordar su matrimonio y, menos aún, repetir ese estado conyugal.

La puerta de la calle se abrió y entró Annalise a la carrera, como de costumbre, con la respiración entrecortada. Natalie sonrió.

—Mamá, hoy el señor Brooks nos ha reñido por no hacer los deberes.

—¿Cómo es eso? Si tú los haces todas las tardes.

La llevó a la cocina, donde la esperaban una taza de leche y bizcochos como merienda.

—Oh, pero no era a mí. Dijo que yo y las demás niñas, y Johnny McIntyre y Steven Clark, no éramos unos bribones ¿Qué significa?

Natalie sonrió ante la energía inagotable de su hija.

—Se refería a los que no hacen lo que deben hacer. Anda, respira hondo, come tus bizcochos y bébete la leche.

En ese momento se abrió la puerta de la entrada.

—Termina la merienda y ponte a hacer los deberes. —Dijo Natalie, que salió de la cocina y se encontró de frente con lord Sterling.

—Edwin, ¿qué te trae por aquí?

—Busco a mi esposa.

—La ha llamado una embarazada.

—Ajá. —Se llevó las manos a la cintura—. Ya que estoy aquí, voy a echar un vistazo a sus libros de contabilidad.

A Natalie siempre le había parecido extraño, aunque muy de agradecer, que lord Sterling se ocupara de las cuentas de Rayne. Cuando se conocieron, él era su paciente y, mientras convalecía, se

ofreció a ayudarla con la contabilidad. Se escandalizó bastante al descubrir cuántos pacientes no le habían pagado por sus servicios. También se dio cuenta de que sus proveedores de víveres y medicinas le cobraban en exceso.

Una vez de vuelta a su tarea de rotular cajones y armarios, Natalie no pudo evitar comparar su propio matrimonio con el de su hermana. Siempre que se permitía pensarlo, llegaba a la misma conclusión.

Un hombre adecuado hace una gran diferencia.

Capítulo 2

—Sterling, aquí.

Alexander se puso en pie y saludó con la mano a Edwin al ver que entraba en el *Bath and County Club*.

Edwin se acercó y ocupó la cómoda butaca de cuero que tenía frente a él. Sobre la mesa reposaba una botella de brandy y una copa medio llena.

—¿Me acompañas? —Preguntó Alex.

—Gracias, pero me conformaré con una taza de café.

Sterling hizo una seña a un lacayo y pidió que le trajera café.

—¿Todo va bien en tu casa, Sterling? Debo decir que me impresiona que tengas a tu cuñada y a su hija, además de a tu propia esposa y tus dos pequeños. Debe de haber mucho alboroto en vuestro hogar.

—A veces, pero Melissa y Arthur están muy controlados por la niñera, y Annalise, la hija de Natalie, es bastante callada. Ni siquiera notas que está. Ahora asiste al colegio. Yo había querido contratarle una institutriz porque me parecía demasiado pequeña para ir al colegio. Pero Natalie se mostró inflexible: no quería que asumiéramos gastos que fueran de ella ni de su hija.

Edwin dio un sorbo a su café.

—De todos modos, Rayne me contó que Natalie tuvo un matrimonio bastante difícil antes de que su marido falleciera. Creo que eso fue lo que volvió a la niña tan retraída, como si no quisiera hacerse notar, por miedo a meterse en problemas.

Alex negó con la cabeza.

—El matrimonio. Una institución encantadora si te gusta vivir en una institución.

—Eso suena muy cínico. Parece que todavía no te has repuesto del desplante de la señorita Walsh.

St. John alzó la copa y la contempló.

—Ah, sí. El desplante que me hizo. No estuvo bien por su parte.

Edwin se recostó en su silla.

—Nunca has hablado mucho del asunto, pero siempre he tenido la sensación de que había más de lo que ella explicó. El hecho de que tu ex prometida no se casara con otra persona y que se retirara al campo siempre me pareció desconcertante.

—No te preocupes por eso, Sterling.

Edwin lo observó un instante.

—Lo que ocurre es que el muchacho alegre que conocí cuando éramos unos mocosos se ha vuelto cínico y cortante.

Y cínico, en efecto. Había tenido que aprender a superar la infidelidad y la perfidia de las mujeres. Aún se estremecía al recordar el momento en que dejó a Mildred unos meses atrás. No cabía duda de que esa repugnante mujer se había retirado al campo porque estaba embarazada. Maldita sea. Si se hubieran casado, ahora estaría criando al hijo de un lacayo y, de haber sido varón, habría entregado el título a un bastardo.

—Sin embargo, mi querida ex prometida me ha generado un problema. —dijo Alex.

Sterling sonrió.

—¿Solo uno?

—Sí. Y serio. Todas las mujeres de mi familia, además de muchas de sus amigas, han decidido que su deber es ayudarme a que me "recupere" de mi rechazo reemplazando a la señorita Walsh por otra mujer. —Hizo girar el brandy en la copa—. Que me libren si la cambio por otra mujer como ella.

Por la manera en que Sterling lo miraba, Alex sospechó que el amigo estaba cerca de descubrir que, en realidad, había algo más tras la ruptura; pero a pesar de la falta de honor de Mildred, él sí lo tenía, y había prometido guardarse la verdadera causa.

—Lo peor es que mi prima, lady Vivian Beauchamp, se casa dentro de dos semanas. Vendrán todas las mujeres de la familia y muchas más, que querrán presentarme a todas las solteras que puedan. La celebración se hará en la casa de mi tío en Hampshire. Cinco malditos días rodeado de parientes femeninos acosándome e intentando hacerme capitular.

Sterling echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—¿Obligarte a capitular? Veo que no has perdido el sentido del humor.

—¿Quién dice que hablo en broma? —Replicó Alex.

Después, hablaron de otras cosas, sobre todo de la esposa y los hijos de Sterling. Alex seguía asombrado por la transformación de Edwin: aquel hombre, antaño había sido un completo disoluto hasta que conoció a la doctora Rayne Steven y dio un gran giro a su vida. Cuando Alex estaba con ellos tenía que hacer un esfuerzo para no envidiar su relación.

—Rayne piensa hacer una pequeña cena el sábado próximo. Tienes que venir. Aún está entregando las invitaciones, así que puedo decirle que la tuya ya ha sido comunicada. De palabra. —dijo Sterling.

—Me encantaría pasar una velada contigo y tu encantadora esposa.

Se pusieron en pie y Sterling le dio una palmada en el hombro.

—A las ocho.

Alex asintió y salieron juntos. Como Sterling se dirigía al consultorio para recoger a su esposa, y a su cuñada y su sobrina, fue a las caballerizas para recuperar su carruaje, mientras que Alex se montó en su caballo Diamond y se fue directamente a su casa.

—Mi lord. Lady St. John y lady Denise han venido. Están en la biblioteca.

Mitchell, su mayordomo, que llevaba años a su servicio, lo saludó en la puerta y lo ayudó a sacarse el abrigo y el sombrero.

Suspiró. Ya comenzaba lo de siempre. Su madre y su hermana venían con frecuencia a verlo desde el fiasco del compromiso. Por alguna razón extraña creían que necesitaba ser animado.

—Recuerda decirle a la cocinera que habrá dos comensales más para la cena, —dijo Alex mientras se arreglaba la chaqueta y se dirigía a la biblioteca.

—Alexander.

Su madre cruzó la estancia con los brazos abiertos, dispuesta a darle un abrazo maternal. Era otra de las cosas que había comenzado a hacer desde que rompió con Mildred.

—Buenas noches. —Hizo un gesto mirando a su hermana—. Denise.

La joven tuvo la osadía de sacar un pañuelo y secarse el borde del ojo.

Él puso los ojos en blanco.

—¿Por qué no nos sentamos? ¿Puedo ofreceros algo de beber?

—Una copita jerez, quizás, —dijo su madre.

—Yo tomaré lo mismo, —añadió Denise.

Alexander sirvió las copas y, aunque ya había tomado brandy en el club, sintió que necesitaba algo que le diera fuerzas para soportar la visita. Rellenó un par de dedos en una copa, llevó las bebidas y se sentó frente a ellas, sorbiendo su bebida poco a poco.

—¿A qué debo el placer de vuestra visita?

La madre adoptó lo que él llamaba la "mirada de la madre afligida".

—Me preocupas mucho, Alexander —le dijo suspirando.

Respiró hondo. Ahora venía lo de siempre.

—¿Por qué, madre?

Ella se removió en el asiento y él rezó para que no se levantara y se sentara a su lado, como solía hacer, dándole palmaditas en la mano.

—Deberías estar felizmente casado a estas alturas. —Más suspiros—. ¿Estás seguro de no haber dicho algo a la señorita Walsh que no tenga remedio?

—No, madre. Ya hemos hablado de esto. La señorita Walsh va seguir su camino y yo el mío.

—No se ha casado, ¿lo sabes? —Dijo Denise.

Él apuró el brandy.

—Lo sé ya que me lo recordáis cada vez que venís. —Se levantó. Empezaba a sentir el picor que siempre le recorría el cuerpo cuando comenzaba esa conversación—. Necesito un rato para

asearme antes de la cena. Tomad otra copa jerez si os apetece; volveré enseguida.

Subió a su alcoba y se fijó en lo cerca que estaba el árbol de su ventana. Era un hombre hecho y derecho, todo un vizconde, y no debería tener que escaparse por la ventana para librarse de su madre.

Tras lavarse, afeitarse y ponerse una camisa limpia, volvió a la biblioteca, donde vio que su madre y su hermana hablaban muy cerca en tono de conspiración, lo que no presagiaba nada bueno. Por fortuna Mitchell anunció la cena.

Acompañó a su madre, y Denise los siguió detrás. Cuando estuvieron sentadas, hizo una seña al lacayo para que comenzaran a servir la cena.

Pasaron apenas cinco minutos cuando su madre dijo:

—La señorita McIntyre y su hermana, la señorita Minnie McIntyre, asistirán a la boda de la prima Vivian dentro de dos semanas. Son unas niñas encantadoras.

—¿Niñas? Madre, si rozan los treinta años.

—Y están más que preparadas para encontrar un marido.

Consideró que lo mejor era fingir que disfrutaba de la sopa e intentó de ignorar la conversación.

—La amiga íntima de Vivian, la señorita Walton, también vendrá, —añadió Denise agitando la cuchara—. Siempre me pregunta por ti cuando la veo.

Si gruñir hubiera sido aceptable en la mesa, lo habría hecho. La señorita Walton tenía unos dientes prominentes, una nariz larga y una figura tan plana como una cama bien hecha.

Estaban ya en la segunda ración cuando el tema volvió a surgir. Su madre se limpió la boca con la servilleta y la dejó junto al plato. Se aclaró la garganta como quien quiere dejar claro que va a hablar en serio.

Él la miró.

—Alexander, has tenido tiempo suficiente para afrontar la decisión de tu prometida de romper vuestro compromiso. Pero siempre, lo mejor después de caerse de un caballo, es volver a subirse a otro.

—¿Está comparando a la señorita Walsh con un caballo? —Replicó.

La madre levantó el mentón.

—No seas impertinente, Alexander. Soy tu madre.

Por supuesto. Si no lo hubiera sido, ya la habría echado a la calle hace tiempo.

—Sabes bien que me refiero a que no permitas que este desengaño te impida buscar esposa. —Entonces comenzó a restregarse un ojo—. Quisiera tener nietos antes de morir.

Después venía lo de siempre. Si no conseguía convencerlo con insinuaciones y suspiros, tiraba de la artillería: los nietos.

—Madre, aún te quedan muchos años de vida. Yo tengo apenas treinta y un años, y no veo por qué no habré de encontrar a alguien apropiada para casarme y tener un heredero cuando llegue el momento. Sin embargo, si me atosigas constantemente, o arrastras a jovencitas ante mí, no servirá en nada.

Y así transcurrió el resto de la cena. Cuando pasaron al salón para tomar el té y su madre reanudó su monólogo, desesperado levantó una mano para pedir silencio.

—¿Qué ocurre, Alexander? —Preguntó la madre.

Suspiró y se pasó la mano por el cabello.

—Madre, no quería hablar de esto todavía, pero es muy posible que ya esté prometido para cuando asistamos a la boda de Vivian.

Madre e hija se llevaron las manos a la boca, con expresión de asombro.

—¿Quién es ella? —Balbuceó la madre.

Realmente no lo sabía. Desde el fiasco con Mildred había evitado a las mujeres, y cualquier enredo con ellas. Pero después de lo que había dicho, ya no tenía vuelta atrás. —Prefiero no decirlo, pues la dama aún no me ha aceptado formalmente. Estamos preparando los documentos matrimoniales.

Las cejas de su madre se alzaron hasta la línea del cabello.

—¿No puedes, al menos, decirle a tu madre quién es?

Hubiera podido, si tal mujer hubiera existido, pero tenía poco más de una semana para encontrar a alguien lo bastante loca como

para aceptar representar el papel de su prometida.

—Pronto lo sabrá, madre, la boda de Vivian no está tan lejos.

Comenzó entonces el juego de adivinanzas.

—¿Señorita Devins? —Propuso Denise.

Maldita sea. No confiaban en su capacidad de encontrar una mujer decente.

—La señorita Devins tiene casi la edad de nuestra madre.

—¿Lady Penelope? —Propuso la madre volviéndolo a insultar.

El dolor de cabeza que le estaban provocando sus visitas ya se había convertido en una migraña. Alex se puso en pie.

—Señoras, se me hace tarde. Voy a pedir que preparen mi carruaje.

Ninguna de las dos se movió, y tuvo imágenes horrorosas de ellas ancladas a su salón hasta que les desvelara la identidad de su especie de prometida. Corrió a la puerta donde estaba Mitchell.

—Por favor, traiga la carroza de lady Sterling —dijo, y cuando el hombre asintió, añadió—: cuanto antes.

—¿La señorita Evergreen? —Dijo Denise cuando regresó al salón.

—¿Lady Charlotte?

—¿La señorita Johnson?

—¿Lady Belkins?

—Está casada, madre.

Pero desdeñó que tuviera marido con un gesto.

—Belkins es viejo; probablemente pronto morirá durmiendo.

—¿Lady Elizabeth?

—¿La señorita Turner?

Le estaban lanzando nombres como si fuera un partido de tenis. Finalmente Mitchell anunció que el carruaje estaba esperando.

Se despidió de su madre y de su hermana y las acompañó al carruaje. Su madre le dio una palmada en la mejilla.

—Creo que sería justo, Alexander, que organizaras una pequeña cena para que tu prometida conozca al menos a los familiares más allegados antes del enlace.

Conociendo a su madre, no entendió si hablaba de la boda de Vivian o de la suya propia. Que si fuera por él tal vez nunca llegaría

a celebrarse.

Besó a ambas en la mejilla y las acompañó escaleras abajo hasta el carruaje. Cerró la puerta y el vehículo partió.

—Lo sé, —gritó la madre desde el carruaje como una pescadera agitando un pescado—. ¡Es la señorita Catherine Munson!

Alexander negó con la cabeza y subió las escaleras para dirigirse a su alcoba. Por fortuna guardaba una botella de brandy y varias copas en una bandeja. Tras cambiarse y ponerse su bata, se sentó ante la chimenea con una copa y analizó el lío en el que se acababa de meter.

Capítulo 3

Natalie se echó un último vistazo en el espejo de su alcoba y sonrió. Rara vez se ponía otra cosa que no fuera un vestido de trabajo cubierto por un largo delantal. Por mucho que disfrutase de su trabajo con Rayne, en ocasiones le habría gustado poder llevar algún tipo de vida social.

Su hermana y su esposo preferían las veladas en casa con sus hijos, y las únicas ocasiones en que parecía que animaban a ir a algún evento social eran cuando Edwin insistía en que debían salir de su caparazón y codearse con la alta sociedad.

Todos los sábados por la noche había una fiesta en el hermoso *Assembly Hall*, y ella había asistido algunas veces acompañando a Rayne y a Edwin, y a su círculo de amigos. Aunque disfrutaba de su compañía, no dejaba de sentir que sobraba, pues todos tenían matrimonios dichosos. Los caballeros se animaban a solicitarle un baile, e incluso uno o dos asistentes más lo habían hecho, pero la situación seguía resultando algo incómoda.

Hacía dos años, cuando por fin quedó liberada de su matrimonio, se prometió no volver a pensar en casarse jamás. No es que ahora tuviera ningún motivo para considerarlo, y aun lo tuviese, no había conocido a nadie que le despertara suficiente interés como para contemplar un paso de ese calibre.

Tras una última mirada en el espejo, bajó para reunirse con Rayne y Edwin en el piso inferior, donde esperaban a sus invitados. El vestido azul que se había puesto era nuevo, comprado con lo que había ganado con su trabajo. Mary, la doncella de Rayne que compartían, le había arreglado el pelo con una bonita cinta azul a juego. Completaban su conjunto elegante y discreto un sencillo collar de perlas y unos pendientes a juego, regalos de su hermana y de Edwin.

Rayne le había asegurado que en esa cena conocería a gente nueva, y ella la esperaba con interés. Conforme se iba acercando al salón, comenzó a sentir las voces que salían de su interior.

—Ah, aquí está mi encantadora cuñada —anunció Edwin, ofreciéndole una mano para guiarla hacia el grupo.

Señaló a las pocas personas con quien conversaba.

—Señora Natalie Shaw, permítame que les presente a lord St. John, a lord David Campbell y a su madre, lady Mary Campbell.

Natalie hizo una leve reverencia al recibir los saludos. Se sintió especialmente impresionada por lord St. John, que la miraba con expresión pensativa. Quizá le recordaba a alguien.

—¿Le traigo algo de beber, señora Shaw? —Preguntó St. John.

—Sí. Una copa de jerez, por favor.

El hombre regresó con la copa y se colocó junto a ella en el corrillo. Lord Campbell entretenía al grupo con la historia de una persecución por su propiedad intentando atrapar a su perro, que de vez en cuando lo obligaba a pegarse unas divertidas carreras.

—Creo que lo hace porque intuye que necesito conservar una figura muy varonil —bromeó.

Aparte de los nuevos invitados, Natalie distinguió a Pamela y a su marido, Nick, y a Lottie con su esposo, Carter, conversando con Rayne. Las otras amigas del grupo, Addie y Lizbeth, se habían quedado en casa porque sus hijos estaban enfermos.

—Tengo entendido que trabaja con su hermana en la consulta —murmuró lord St. John en voz lo bastante baja como para que solo lo oyera ella. Mientras, los demás proseguían discutiendo de política, tema que Natalie agradecía no tener que abordar.

—Sí. Cuando me mudé aquí hace dos años, Rayne me ofreció formarme como su ayudante de enfermería, ya que la mujer que la ayudaba se casó y se trasladó a Londres con su marido.

No le pareció que fuera su imaginación, pero lord St. John había maniobrado muy sutilmente para que se apartaran del corrillo.

—¿Y le agrada ese trabajo? —Le preguntó—. Me pregunto si no es un poco sucio para una dama.

Al recordar las inmundicias que le tocó limpiar durante su matrimonio con Milton, sonrió con suavidad.

—No, puedo sobrellevar la mayoría de situaciones. Solo me revuelve el estómago cuando entra algún niño que necesita puntos de sutura.

—Ah. Comprensible. Creo que Sterling me contó que tiene una hija.

Natalie no pudo evitar la sonrisa que se dibujó en su rostro.

—Sí. Annalise es la luz de mi vida. Tiene seis años y me tiene entretenida la mayor parte del tiempo.

—¿Y cuando no la entretiene? —Inquirió él con una sonrisa pícara.

—Entonces, lo más probable es que esté sentada en su cama porque se ha portado mal.

Ambos rieron, y Natalie sintió con aquel caballero una familiaridad que no había experimentado con nadie desde hacía mucho tiempo. Sin duda, era un hombre bastante apuesto: cabello oscuro que le caía sobre la frente y le rozaba la nuca; ojos de color azul profundo que contrastaban con su cabello y acentuaban sus rasgos aristocráticos.

Pero, más allá de eso, la atención que le prodigó desde que entró en la estancia no pasó desapercibida para ella. Al carecer de vida social, era raro que pudiera disfrutar del interés de un caballero. Aunque no desease volver a casarse, le gustaba poder disfrutar, por una noche, de las atenciones de un hombre apuesto.

—¿Acude usted a las fiestas de la *Asamblea*, señora Shaw?

Natalie negó con la cabeza.

—No muy a menudo. He ido unas pocas veces, pero si Rayne y Sterling no tiene que ir, yo tampoco voy.

Alex bebió un sorbo de su copa.

—Parece que necesita más vida social.

Antes de que alcanzara a responder, Jasper, el mayordomo de los Sterling, apareció en la puerta para anunciar la cena. Lord St. John le ofreció su brazo.

—¿Me permite acompañarla?

Entraron en el comedor y, casualmente, o por disposición, se sentaron juntos.

Mientras servían el vino y se iban sirviendo los platos, Natalie no recordaba haber pasado jamás una velada tan agradable. Lord St. John era ingenioso, encantador y atento. Todo lo que su difunto

esposo no había sido con ella. Por un momento se sintió como la Cenicienta, deseando que nunca llegara la medianoche.

Cuando Rayne invitó a las damas a pasar al salón para tomar el té, mientras los caballeros se quedaban con el oporto, St. John se levantó de inmediato y dijo que prescindiría del licor.

Desilusionada de que su cuento de hadas hubiera terminado, se alegró un montón cuando St. John la invitó a dar un paseo por el jardín. Con la agradable temperatura veraniega ya aflojando y las noches volviéndose más frescas, envió a Mary a buscar su pelliza a su alcoba.

Bajaron al patio del brazo, y descendieron al jardín.

***

Alex se esforzaba por mantener la calma mientras paseaba con la encantadora señora Shaw. Las flores estivales casi habían desaparecido, pero las del otoño estaban en plena floración. Aquella era su oportunidad para resolver el dilema que se cernía sobre él. Cómo acabaría aquello era otro cantar. Pero dos compromisos rotos bastarían para provocarle un síncope a su madre. Y resolver un problema creando otro no tenía mucho sentido, pero se pensaba ocupar de cada asunto por separado.

Había hablado con Sterling de nuevo unos días después de su encuentro en el club, cuando lo invitó a cenar en su casa, y, mientras apuraban un brandy, Alex le confesó al amigo la artimaña a la que había recurrido para tranquilizar a su madre.

—Salvo que falte a la boda —y mi prima jamás me lo perdonaría —, la única solución es presentarme sin la prometida que mi madre espera. Y tal como conozco a mi madre, ya habrá corrido a contárselo a todo el mundo. Fue, verdaderamente, una tontería juvenil.

Sterling sonrió.

—Las madres son capaces de algo así, sean de la edad que sean.

—He repasado en mi mente a todas las damas que conozco para que me acompañen durante los días de la boda fingiendo ser

mi prometida. Incluso estoy dispuesto a pagar generosamente. Pero las únicas que aceptarían son, precisamente, mujeres que mi madre jamás aprobaría. Y estoy seguro de que entiendes a qué clase de mujeres me refiero. Una dama decente nunca se marcharía con un desconocido a pasar unos días fingiendo un compromiso que no existe.

Sterling se incorporó.

—Natalie.

—¿Quién?

—La hermana de Rayne, la señora Natalie Shaw.

Alex negó con la cabeza.

—Estoy desesperado, cierto, pero no tanto como para llevarme a una mujer casada y que luego su marido me persiga con una pistola bien engrasada.

Sterling negó con la cabeza.

—No, como te dije, Natalie enviudó hace dos años. Vive con nosotros y trabaja como asistente de mi mujer en la consulta.

El corazón de Alex comenzó a latir con fuerza.

—¿Crees que aceptaría? ¿No se escandalizaría por tener que guardar las apariencias?

—Escucha, St. John, no te propongo que la seduzcas. Es una mujer decente, y tiene una hija pequeña.

Alex alzó la mano.

—Tranquilo, amigo. Jamás haría tal cosa a una mujer de tu familia. Solo digo que ignoro si estaría dispuesta a acompañar a un hombre al que apenas conoce.

—Pues entonces comienza por conocerla. Estará en la cena de la semana que viene. Francamente, creo que le vendría bien una aventura, y de paso Rayne dejaría de preocuparse tanto por su hermana.

Esa conversación era la causa por la que ahora estaba dando un paseo con una mujer más atractiva de lo que se esperaba. Siendo hermana de Rayne, debía haberlo supuesto, pero encontraba que Natalie era muy hermosa: tenía el cabello rubio oscuro, los ojos color avellana y unos labios abundantes y tentadores muy besables.

—¿Dispone de tiempo libre después sus obligaciones en la consulta? —Preguntó.

—No mucho —suspiró Natalie—. Rayne y Sterling me han ofrecido que vaya a Brighton unos días con Annalise, pero aunque me gustaría tener unas vacaciones, nunca me ha gustado viajar sola.

—¿Y si tuviese la ocasión de hacerlo, pero en compañía?

Por todos los cielos. Sonaba a tener que ir acompañada de una mujer mayor que cuida de la virtud ajena.

Natalie inclinó la cabeza y lo miró con el ceño fruncido.

—No sé a qué se refiere.

Él suspiró.

—No le voy a dar vueltas: prefiero ir directo al grano. —Al no obtener respuesta, prosiguió—: Mejor sentémonos en aquel banco. Será más cómodo para conversar sin tropezarnos con las estatuas.

Una vez sentados, se volvió hacia ella.

—Estoy en un aprieto y preciso de la ayuda de una mujer. Antes de explicárselo, tiene que saber que lord Sterling me sugirió la idea y que, si la acepta, cuenta con su aprobación.

Ella frunció el ceño con más fuerza.

St. John respiró hondo.

—En unos días debo asistir a la boda de mi prima en su finca. Será un festejo que durará cinco días. Hasta hace un par de meses estaba prometido, pero por diversas razones rompimos el compromiso. Mi madre se pasó una semana en cama por el disgusto, y desde entonces se ha empeñado en buscarme una nueva prometida.

Natalie se puso en pie.

—Disculpe, creo que oigo a mi hija llamándome.

St, John le tomó la mano.

—Por favor, deje que termine, y después podrá abofetearme, darme un patada o, si lo prefiere, propinarme un buen puñetazo.

Para su sorpresa, ella estalló en risas y volvió a sentarse.

—Puede continuar, lord St. John.

—Mi madre tiene previsto presentarme a cuantas solteras pueda durante la boda, lo que será algo muy embarazoso. Para evitarlo, le

dije que ya estaba prometido y a punto de pedirle la mano a una dama.

Ella volvió a levantarse y él temió que le fuera a dar un bofetón, pero solo le dijo:

—No tengo intención alguna de volver a casarme, así que, por más que simpatice con su problema, no puedo ayudarle.

Una vez más, él le sujetó la mano.

—Le ruego que me escuche hasta el final.

Ella no se apartó, y él prosiguió:

—Necesito que una mujer que finja ser mi prometida durante los días de la boda. Todo será correcto: tendrá su propia habitación en el ala de las damas de la mansión. Disfrutará de unos días sin trabajar, conocerá gente nueva, gozará de la buena mesa y el buen vino y podrá descansar de sus rutinas.

Ella lo miró, meditando.

—¿Dice que mi cuñado lo aprueba?

—Sí. Le aseguré que no habría impropiedad alguna y que usted no correría el riesgo de ser seducida.

Pero, considerando cómo estaban las cosas se guardó de añadir: salvo que usted lo deseara.

Ella lo observaban dándose golpecitos en los labios con los dedos.

—¿Y que necesita de mí?

—Usted, evidentemente, tiene que parecer que es mi querida prometida. Tendremos que estar juntos y disfrutar de las celebraciones de la boda.

—¿Y qué pasa con su madre? ¿No le sorprenderá que se haya comprometido con una mujer que no pertenece a su círculo?

—Créame, señora Shaw, si mi madre me ve felizmente comprometido, no le importará demasiado quién sea la elegida. No olvide que es familia política de lord Sterling. Eso significa mucho en la alta sociedad.

Ella puso las manos sobre su regazo y se quedó un rato mirándose sus propios pies.

—Como es un compromiso falso, después nos separaremos, ¿eso no va a apenar a su madre aún más de lo que está?

—No necesariamente. Si disfrutamos de estar juntos, no será necesario separarnos en cuanto termine la boda. Dice que no tiene vida social. Yo estaría encantado de acompañarla a la *Asamblea*, al teatro y a museos. De vez en cunado podemos salir para dar un paseo por Parade Park y a tomarnos un refresco en *Sally Lunn's*. Lo suficiente como para que mi madre deje de estar preocupada por mí, y pueda encontrar algo para apaciguarla.

Ella sonrió.

—Pero, por lo que me ha contado, lo único que tranquilizaría a su madre es verlo recitando sus votos ante el altar.

St. John contuvo el aliento mientras ella seguía considerando su propuesta. Sin duda, si Natalie rechazaba su oferta, la boda de Vivian podría convertirse en una pesadilla para él.

Natalie respiró hondo y lo miró.

—No quiero volver a casarme de nuevo. Sin explicarle demasiados detalles, mi experiencia de casada no fue en absoluto dichosa. Tengo a mi hija, Annalise, y quiero que mi vida siga así. —Se detuvo un momento y dijo—: Si se trata de un compromiso fingido, y dado que me vendría bien distraerme, me parece que podría ser una aventura muy divertida. —Dijo sonriendo

Y, por fin, sonrió de verdad.

Alex no pudo contenerse y la levantó en el aire haciéndola girar hasta que ambos terminaron riendo a carcajadas.

Capítulo 4

—No sé por qué dije que sí a este plan tan extravagante. Debí de haber perdido el juicio. —Natalie se dejó caer en la silla de su alcoba y señaló con la mano su guardarropa—. No tengo ropa adecuada para una aventura así.

Rayne se acercó a su hermana, le tomó ambas manos y la obligó a ponerse en pie. —Ya te lo he dicho. Tengo vestidos que quizá no estén en la última moda, pero son más que apropiados para una fiesta de boda. —Sonrió—. Mi cariñoso esposo me obliga, de vez en cuando, a presentarme como lady Sterling y acudir a alguno de estos bailes o eventos de la alta sociedad. O incluso, ¡horror!, a recibir invitados en casa.

—¿Crees que debería escribir a lord St. John y decirle que tengo fiebre? ¿O jaqueca, o dolor de muelas?

Su hermana tuvo la osadía de reírse.

—Tranquila, hermana. Va a ser divertido. Lo más entretenido que has hecho en años. No te vayas a poner nerviosa y dejes a St. John colgado. Vendrá mañana para llevarte a una preciosa finca campestre donde habrá entretenciones, y buena comida y bebida. —Le apartó un mechón de pelo y puso sus manos en sus mejillas—. Dicho de otro modo: como doctora tuya que soy, te receto este fin de semana para mejorar tu salud.

Natalie abrazó a su hermana con lágrimas asomando en los ojos. Después de la indiferencia que había sentido su padre hacia ella y Mary Beth durante su infancia, y de haber estado con Milton que la humillaba a diario, sentir que alguien se preocupaba por ella aún la conmovía. Se secó los ojos y dio un paso atrás.

—Muy bien, entonces. Me probaré tus vestidos.

Tras horas de probándose vestidos, distintos peinados y las joyas que le prestaba Rayne, las hermanas se acomodaron en el salón a disfrutar de una taza de té y unos sándwiches.

—Creo que deberías llevar a Mary contigo a la boda.

—¿Me lo permitirían? —Preguntó Natalie—. Quiero decir que St. John es el invitado y, por él, me han incluido a mí. ¿Sería apropiado que lleve a una criada?

Rayne asintió sonriendo.

—Ay, cariño, te aseguro que todas las señoras tendrán su criada.

Los ojos de Natalie se abrieron.

—¿De veras?

—Sí. Lo sabrías si conocieras mejor a la alta sociedad, cariño. Hay mujeres que nunca se han vestido solas en toda la vida. Y algunos caballeros también.

—¿Sterling?

—No. En su día tuvo un ayuda de cámara, pero ahora si tiene cualquier problema al vestirse, o al desvestirse, —añadió con un guiño y ruborizándose un poco—, yo lo ayudo encantada.

Ambas se rieron y Rayne se puso en pie.

—Vamos a pedirle a Mary que termine de hacer las maletas mientras llevamos a Annalise a Milsom Street a comprar unos guantes para ti y unos lazos para su cabello.

Mientras recogían a Annalise y se subían al carruaje de los Sterling rumbo a las tiendas, Natalie reflexionó sobre la próxima boda. Le agradaba lord St. John y, sin duda, iba a disfrutar de su compañía, pero ¿sería creíble que fingieran estar comprometidos? Jamás había visto una pareja prometida: se fugó con Milton con diecisiete años, y con él comenzó una vida desgraciada hasta que le llegó la muerte. Su hermana mayor ya se había casado y, cuando Rayne la invitó a su boda, Milton se negó a acudir y tampoco le permitió asistir a ella.

Su lord le había dicho que ya había estado comprometido una vez, así que ella solo tendría que seguir su ejemplo. ¿Qué tan difícil podría ser?

Al día siguiente, St. John llegó a la mansión de los Sterling, y parecía muy alegre cuando saludó al mayordomo en la puerta. Sterling apareció por el corredor, le estrechó la mano y le propuso que se

reunieran en la biblioteca para dar tiempo a que los lacayos cargaran las maletas de Natalie.

Como Rayne ya estaba en su clínica y Annalise en el colegio, a Natalie no le quedaba más sentarse en la mesa del desayuno y contener el pánico. Trataba de poner en práctica las técnicas que Rayne le había enseñado para calmarse, pero nada parecía funcionar.

No mucho después, lord St. John entró en el salón donde desayunaban.

—¿Está lista, señora Shaw?

No. No estoy lista. Al contrario, preferiría a correr a mi alcoba y meterme debajo de la cama como una niña. Pero supongo que usted subiría y me obligaría a salir.

Tomó una profunda bocanada de aire y asintió.

Él le ofreció el brazo y ella entrelazó el suyo para bajar las escaleras.

Mientras el carruaje dejaba Bath, lord St. John se recostó hacia adelante, apoyando los antebrazos sobre los muslos. Ella hizo cuanto pudo por ignorar lo apuesto que era. ¿Se iba a creer alguien que se había comprometido conmigo? Ella no era más que una madre sencilla que trabajaba como asistente de enfermería, sin ninguna gracia ni refinamiento.

—Tenemos que hablar de algunos asuntos.

Natalie asintió con la cabeza; tenía la boca tan seca que no podía hablar. Con suerte, esa sequedad desaparecería antes de que tuviese que mostrarse como una feliz prometida ante docenas de desconocidos.

Oh, ¿en qué estaba pensando?

—Como hemos de fingir que estamos enamorados y prometidos, debe llamarme Alex y yo la llamaré Natalie.

Natalie asintió.

Después metió la mano en el bolsillo lateral de su chaqueta y sacó un anillo.

—Este es el anillo de compromiso de mi madre; me lo dio cuando empezó a apremiarme para que encontrara esposa. Creo que yo tendría unos siete años.

A pesar de sus nervios, ella se rio de su broma, suponiendo que lo era.

Tomó su mano, le quitó el guante y deslizó en su dedo un hermoso anillo de rubí rodeado de pequeños diamantes.

—Perfecto —dijo.

Temblando todavía por las sensaciones que le provocó el gesto de quitarle el guante, ella alzó la mano y admiró la preciosa joya.

—Es precioso.

St. John le sonrió.

—Y te queda perfecto. Ojalá que nuestra farsa resulte igual de perfecta.

Y ojalá que yo no haga el más espantoso de los ridículos al estar tan fuera de mi elemento.

El viaje transcurrió con St. John, Alex, preguntándole por sus gustos y descubriendo los suyos.

—Tendremos que comprimir un cortejo de un par de meses en un lo que tarde en carruaje en llegar —dijo, estirándose y recostándose contra el asiento.

—¿No sospechará tu madre que te hayas comprometido tan rápido después de haber sufrido una ruptura? —Preguntó ella.

Él se rió.

—No. Mientras vea que estoy a punto de casarme y de darle nietos, no se preocupará demasiado. Confía en mí.

Al oír la palabra «nietos», una oleada de pánico la invadió.

—¿De veras crees que podré con esto? Nunca antes he participado en nada semejante. Incluso he tenido que pedirle prestada la ropa a mi hermana.

Para su sorpresa, Alex alcanzó su mano, la tomó y la atrajo hacia el lado donde él estaba sentado.

—No pongas esa cara, mujer —dijo, y le pasó un brazo por lo hombros y la estrechó hacia él—. Sigue mi ejemplo.

***

Alex se reclinó en el asiento del carruaje manteniendo a Natalie abrazada. Se dijo a sí mismo que solo procuraba acostumbrarla a

que un hombre la abrazara. Ella se tensó cuando la atrajo más hacia él, pero pronto se relajó ante sus palabras tranquilizadoras mientras le frotaba la nuca con los dedos pulgar e índice.

Por mucho que a Natalie le preocupase su actuación, a Alex le inquietaba más la atracción que sentía hacia ella. Cada vez que esos grandes ojos avellana, enmarcados por largas pestañas oscuras, lo miraban, se perdía en ellos. Eso le facilitaría la representación de su falso compromiso, pero podía meterlo en problemas si dejaba que la atracción siguiera su curso natural.

Aún no estaba listo para confiar en otra mujer, y Natalie había dejado bien claro que no deseaba repetir las ataduras del matrimonio. Pero, cada vez que ella se acercaba, lo invadía su olor a lavanda algo dulce. Quizá procedía de las galletas que horneaba para su hija.

Cuando ella dejó de moverse, miró a la mujer que tenía en sus brazos y descubrió que estaba profundamente dormida. Sus labios carnosos estaban entreabiertos y enseñaban sus blancos dientes. Sus pestañas descansaban sobre sus mejillas como si fueran dos medias lunas. Sonrió por lo confiada que estaba con él. O tal vez era porque se habría pasado la noche despierta dando vueltas, preocupada por el viaje.

Afortunadamente, solo se tardaban unas cuatro horas desde Bath hasta la finca de Applethwaite. Le iba a costar soportar tenerla recostada contra él con sus suaves curvas pegadas a su cuerpo.

Recordó su breve encuentro con Sterling en la biblioteca, y las advertencias que le hizo sobre su comportamiento hacia su cuñada. Si aquello no hubiera sido un asunto serio, habría sentido la tentación de recordarle su propio pasado de juerguista.

Lo que había ocurrido fue que una noche Sterling fue abandonado borracho y herido por sus amigos en la puerta de la clínica de su futura esposa, tras sacarlo de un carruaje. Pero gracias a los cuidados y atenciones de la doctora Rayne pudo recomponer su vida. Ahora, que era padre orgulloso de dos niños muy alegres, y esposo de una médica admirable, podía permitirse hacerle advertencias sobre la mujer que tenía bajo su cuidado y protección.

Cuando Sterling le sugirió por primera vez que podría contar con Natalie, a Alex le daba igual la apariencia de la mujer; le bastaba con que solucionase su problema. Sin embargo, tras pasar tiempo con ella y disfrutar de su belleza y su temperamento jovial, tenía que recordarse que debía contenerse y no tocarla, salvo que estuvieran en público.

El carruaje comenzó a aminorar la marcha, lo que les indicó que estaban a punto de llegar. Ella se incorporó y retorció las manos en su regazo cuando se detuvieron frente a la puerta principal de Applethwaite Manor. St. John puso sus manos sobre las suyas.

—Tranquila, Natalie. Todo saldrá bien.

La puerta del carruaje se abrió y Alex descendió para ayudar a Natalie a bajar, mientras el lacayo atendía a Mary. Tomó el brazo de Natalie y le sonrió. Sus pobres manos estaban heladas; podía notarlo a través de los guantes.

—Sonríe, cariño, ha llegado la hora de que se levante el telón.

Para su asombro, ella enderezó los hombros y esbozó una sonrisa cálida cuando su madre y su hermana se apresuraron a recibirlos en la puerta. *Cielos*, debían de haber estado mirando por la ventana a la espera de su llegada.

—Alexander, qué alegría verle.

A escasos pasos, su madre lo abrazó, no sin lanzar al mismo tiempo una mirada hacia Natalie. Denise hizo lo propio y ambas retrocedieron excitadas, mirándole con expectación.

—Madre, permitidme que os presente a mi prometida, la señora Natalie Shaw. —Sonrió hacia ella—. Ella es mi madre, lady St. John, y mi hermana, la señorita Denise Hollingsworth.

Ella les ofreció una reverencia perfecta, lo que le hizo pensar que quizá había estado practicando.

Sin poder contenerse, su madre se adelantó y abrazó a Natalie.

—Me complace mucho conocerla, señora Shaw, y espero que me permita llamarla Natalie, pues pronto seremos familia.

Volvió la vista a Alex y enlazó su brazo con el de ella para llevarla hacia la casa donde los esperaba lady Applethwaite.

Alex saludó a su tía.

—Tía Jane, permítame presentarle a mi prometida, la señora Natalie Shaw. —Y, dirigiéndose a ella—: Esta encantadora dama es lady Applethwaite, mi tía y madre de la novia.

También ella sonrió efusivamente y abrazó a la pobre Natalie. Sin embargo, enseguida tuvo que acudir a rescatarla pues los saludos resultaban abrumadores y podía imaginar el efecto que causaban.

Tras llegar al vestíbulo y divisar a varias de sus parientes en el salón, dijo:

—Madre, me gustaría que le concediese a la señora Shaw un momento para recuperar el aliento antes de que la invada la muchedumbre de señoras.

Lady Applethwaite tomó la mano de Natalie y sonrió.

—Sí, cariño, debes de estar ansiosa por refrescarte después del viaje. Te mostraré tu alcoba.

Natalie le lanzó una mirada a Alex por encima del hombro mientras su tía, su madre y su hermana la arrastraban hacia la habitación. *Maldita sea*, la situación era más terrible de lo que había imaginado.

Lord Applethwaite, su tío Morris, se acercó y le dio una palmada en la espalda.

—¿Te cuesta ver cómo se llevan a tu prometida a rastras? Acostúmbrate. Mi mujer y todas sus hermanas y sobrinas llegaron temprano para poder conocer a tu amiga antes de que llegue todo el mundo.

Maravilloso.

—Ven a la biblioteca a tomar una copa. Tu tía ha dispuesto que tomemos el té en el salón, pero tengo a algunos hombres en la biblioteca. —Alex siguió a su tío a la biblioteca, donde varios de sus tíos y primos se estaban tomando una copa. Su tío lo condujo hasta un caballero que se encontraba rodeado de varios hombres, todos con copas en la mano—. Kenneth, te presento a mi sobrino, Alexander, vizconde de St. John.

El hombre le estrechó la mano y el tío dijo

—Él es el novio, el señor Kenneth Walker. Lo mantenemos ocupado para que no se escape.

Con una sonora carcajada, su tío le dio una palmadita en la espalda al pobre hombre, que dio unos pasos hacia delante.

—Mucho gusto —dijo Alex frotándose las manos—. ¿Dónde me pueden dar una copa?

—Aquí mismo. —Morris señaló a un lacayo que llevaba varias copas de brandy en una bandeja—. Tu tía tiene el almuerzo listo para servir en cuanto la prometida y todas las damas que la acompañan bajen las escaleras.

Alex asintió y se paseó por la sala conversando con familiares y amigos. Se unieron dos caballeros más, pero él estaba más pendiente de quién bajaba por las escaleras y se dirigiría al salón.

¿Cómo estaría Natalie? No había terminado de preguntárselo cuando la tía Jane, su madre, Denise y Natalie bajaron y se dirigieron al salón, donde oyó que las mujeres exclamaban admiradas por su presencia.

Maldita sea. Era la boda de Vivian. ¿Por qué no la adoraban a ella en lugar de atemorizar a Natalie? A pesar de lo que pudiese parecer, apuró su brandy y se dirigió al salón.

—¡Oh, mirad, no puede alejarse de su prometida! —Comentó Meredith con sorna, mientras se acercaba a Natalie, que parecía un conejo justo antes de que le disparen.

Se inclinó hacia ella.

—¿Cómo estás?

—Bien —respondió ella con la voz aguda—. Muy bien.

La sonrisa le quedó algo forzada y él se fijó en que le latía el pulso en el cuello. En ese momento, el mayordomo anunció que el almuerzo se iba a servir en el jardín.

Antes de que nadie se moviese, Alex tomó el brazo de Natalie para que fuera con él.

—Ven, te acompañaré al jardín.

Con un suspiro de alivio y algunas risas contenidas, ella asintió y tomó su brazo.

Creo que van a ser cinco días larguísimos.

Capítulo 5

Natalie estaba a punto de irse corriendo lo más lejos posible y lo más deprisa que sus piernas le permitieran. Aquello era una pesadilla. La madre, la hermana y la tía de Alex la habían asediado con un montón de preguntas. No era de extrañar que el pobre hombre hubiese tenido que presentarles a una falsa prometida. A juzgar por el modo en que hablaban aquellas damas, se notaban que llevaban mucho tiempo empujando a Alex hacia el altar. En cierto modo, casi prefería la indiferencia de su padre a la atención asfixiante que aquellas mujeres dedicaban al estado civil de su hijo.

Le habían preguntado con fingida sutileza por su edad, su matrimonio anterior, su hija, dónde se habían conocido Alex y ella, cuánto tiempo la había cortejado, y si ya habían fijado una fecha de boda. Esta última pregunta dio lugar a una disputa entre las tres sobre la fecha más conveniente. Si de verdad fuese a casarme con Alex, lo cual no iba a ocurrir, le sugeriría que huyesen a Gretna Green. Quien decida casarse con él tendrá que estar dispuesta a salir corriendo llegado el caso.

Dieron un lento paseo por el jardín. Alex la llevó a dar vueltas entre las mesas dispuestas para el almuerzo, lo que les proporcionó una cierta intimidad, aunque la mayor parte de las mujeres seguían observándolos con sonrisas inquietantes.

Alex le dio una palmada en la mano que reposaba sobre su antebrazo.

—Te pido disculpas por la conducta de mi tía, mi madre y mi hermana. ¿Ha sido tan terrible?

Natalie forzó una sonrisa.

—El problema ha sido que me han exigido respuestas sobre asuntos que no hemos decidido. Cómo nos conocimos, cuánto tiempo me llevas cortejando, y esas cosas.

—*Maldita sea*. —Dijo mirándola—. Lo siento. Se me escapó.

—No pasa nada. Oigo cosas peores mientras suturo a cualquier paciente en la consulta de la doctora Stevens. Y, si me permites,

puedes repetirlo por mí —dijo sonriendo.

—¿Y qué contestaste a todas esas preguntas? —Indagó.

Natalie suspiró.

—¿Sabes? Tuve que improvisar sobre la marcha.

St. John asintió.

—Les dije que nos conocimos en el teatro, que yo estaba con mi hermana y Sterling, y que tú y él erais amigos.

—Me parece una respuesta muy ingeniosa.

—Puede ser, pero luego les dije que llevabas un mes cortejándome. Me pareció tiempo suficiente para estar comprometidos, aunque no habíamos halado de esto antes.

—Señora Natalie Shaw, creo que serías una espléndida espía para la Corona.

Ella respiró hondo.

—Preferiría estar haciendo eso que estar aquí.

Alex empalideció un poco y la miró.

—Por favor, no me digas que piensas marcharte.

Ella negó con los labios apretados.

—No. Te he dado mi palabra y no la voy a romper.

La miró durante un instante, sorprendido por la fuerza de su resolución.

—¿Necesitas decirme algo más antes de que volvamos a mezclarnos con la gente?

—Solo que me pidieron que les dijera una fecha de boda.

Alex se frotó la nariz.

—¿Qué les dijiste?

—Les contesté que no lo habíamos decidido aún, y entonces tu tía, tu madre y tu hermana comenzaron a lanzarme fechas como si estuviéramos jugando al bádminton. —Se detuvo y lo miró.— ¿Por qué están tan ansiosas por verte casado?

Natalie entonces miró por encima del hombro a los numerosas parientes que los observaban con sonrisas blandas y casi almibaradas.

—Me dijiste que nunca habías asistido a fiestas de la alta sociedad. Debes comprendernos. En nuestro círculo, desde que nace un bebé, su madre empieza a planificar su boda.

—¡Seguro que lo dices en broma!

—Ojalá fuera así. Una madre no se considera realizada si sus hijos no se casan bien y no le traen nietos. Podría pasarse la vida sin ver a sus hijos más que un rato antes de cenar, cuando las institutrices los llevan a saludar a los padres, pero al llegar a la edad de casarse, cambia todo y se convierten en el centro absoluto de su atención.

—Las jóvenes son sometidas a una institutriz que pule sus modales y tienen que asistir a una "temporada de fiestas" en la que compiten entre ellas por encontrar la mejor pareja. Asisten a bailes, pícnics, fiestas en jardines y al teatro, todo para conseguir estar prometidas antes de que termine la temporada.

—Por otra parte, los muchachos, una vez salen de la universidad, son empujados a asentarse y a formar su hogar. Casi siempre sin resultado, además. Pero cuando llegan a los veintitantos, las madres se vuelven implacables y empieza a hablar de que se van a morir sin haber conocido a sus nietos.

—¡Oh! Parece una práctica muy bárbara.

—Lo es, sin duda. —Sonrió y añadió—: Me encargaré de llenar nuestros platos mientras intentas recuperarte.

Y con un guiño la dejó pensando en lo que acababa de escuchar. No era de extrañar que necesitase tener una prometida falsa.

Mientras la ayudaban a instalarse en su alcoba, la madre de Alex había mencionado con frecuencia a su ex prometida, la señorita Mildred Walsh. Aunque Alex le había contado que habían decidido que no encajaban juntos, lady St. John y Denise parecían creer que había sido ella la que había roto el compromiso y se había retirado al campo, dejando a Alex desolado.

Natalie lo observó mientras llenaba dos platos y charlaba con algunos hombres de su familia. Sospechó que quizá evitaba a las damas a propósito. Lo cierto es que la agotaban. Confiaba en que, al día siguiente, cuando llegasen más invitados, como le había dicho lady St. John, habría diversiones que las mantendrían ocupadas y dejarían de fijarse en ella. Al fin y al cabo, era la boda de la prima Vivian y quien acaparase toda la atención debía ser la novia.

***

Como era una mujer trabajadora y llegaba temprano cada día a la clínica para preparar el material, Natalie no era de las que holgazaneaba en la cama por la mañana. Se sorprendió cuando Mary apareció en su habitación con un chocolate caliente y la ropa que tenía preparada para el día.

—Oh, Mary, no por estar aquí, donde todas las demás damas se toman su chocolate por la mañana, voy a tener que hacerlo yo. Cuando me despierto tengo hambre y necesito algo más consistente.

La doncella dejó la taza y el plato al lado de la cama.

—No pensé que quisiese una taza de chocolate, pero las otras criadas me miraron de reojo cuando les dije que usted no lo tomaría.

—No te preocupes por eso —dijo Natalie y el dio una palmada en la mano con afecto—. Pero como me tengo que poner la ropa de Rayne para este evento, necesito que me ayudes a abrochar la espalda de este vestido.

—Cuando esté lista, la peinaré —dijo Mary mientras tiraba de los cordones y cierres—. Para ir a la consulta lo mejor es que vista de manera práctica, pero estoy segura de que estas señoras cada mañana tienen que pedir a sus criadas que las peinen con mucho esmero.

Cuando Mary terminó de arreglarla y el vestido quedó perfectamente abrochado, Natalie bajó y, con ayuda de un lacayo, encontró el camino para dirigirse a la sala del desayuno.

Tras hablar con Mary, no le sorprendió que la sala estuviera llena de hombres. La única otra mujer presente era una tía de Alex que parecía tener más años que Matusalén.

Alex se levantó y le tomó una mano.

—Permítanme presentarles a mi prometida, —dijo al grupo.

Tras las presentaciones, y con la certeza de que no iba a recordar la mayoría de los nombres, Natalie tomó asiento junto a Alex.

—Te guardé este sitio por si no te quedabas durmiendo.

Ella sonrió.

—No, no olvides que siempre me levanto temprano para preparar la consulta.

—¿Consulta, dijo? —Preguntó el caballero que había al otro lado frunciendo el ceño, y como no se parecía en nada a Alex, supuso que sería el marido de alguna de las damas.

Natalie le sonrió.

—Sí, trabajo como asistente de enfermería de mi hermana, la doctora Rayne Stevens.

Alex intervino al ver la expresión del hombre.

—Su hermana es lady Sterling.

El otro caballero preguntó con incredulidad.

—¿Lady Sterling? ¿Sterling permite que su esposa trabaje?

Natalie se tuvo que contener. Hasta entonces nadie la había impresionado en exceso. Además habían tenido la osadía de mirar por encima del hombro a su hermana, una doctora excelente, esposa y madre ejemplar. Sus propias mujeres, en cambio, holgazaneaban en la cama y se tomaban una taza de chocolate mientras decidían su atuendo. En cambio, Rayne salvaba vidas.

Abrió la boca para replicar, pero Alex posó una mano sobre la suya y la apretó suavemente. Con un leve gesto de reproche la instó a que se callara y se volvió hacia el caballero de la pregunta grosera.

—Sterling está muy orgulloso de su esposa. Ella le salvó la vida hace años, antes de casarse. De hecho, es él quien se ocupa de sus cuentas para evitar que la engañen, como sucedía al principio.

La mujer que estaba al final de la mesa golpeó el suelo con su bastón.

—Son una generación nueva. Sin respeto por los mayores ni por las normas que protegen la sensibilidad femenina. Una mujer no debería ocuparse de asuntos tan sucios.

Negó con la cabeza, y Natalie estuvo a punto de volcar el contenido de su plato sobre ella. En lugar de eso, respiró hondo, sonrió a Alex y se puso de pie.

Después se dirigió al bufé y se sirvió tranquilamente para darse tiempo para calmarse. Menos mal que el compromiso de Alex y ella

era simulado pues lo más probable es que nadie de su familia aprobaría su unión con una ayudante de enfermería.

Alex se puso en pie y le retiró la silla.

—¿Estás bien?

Natalie asintió, se sentó y sacudió la servilleta sobre su regazo. Tenía bastante apetito, y decidió permitirse platos que nunca comía pues normalmente desayunaba avena cocida, huevos y té, y con eso se mantenía hasta la tarde.

—¿Dónde vive usted, señora Shaw? —Preguntó un caballero que parecía más joven que los demás.

Le dio tiempo para pensar que tal vez el resto de su estancia lo mejor iba ser que se tomara un chocolate caliente en su habitación cada mañana.

—Mi hija y yo residimos en Bath con mi hermana, la doctora Stevens, su esposo, lord Sterling, y sus hijos.

—¿Tiene una hija? —Inquirió la anciana al final de la mesa.

Natalie oyó el suspiro de Alex.

—Sí, señora. Tengo una hija. Annalise, de seis años.

—Mmm. —Soltó la anciana—. No es buena idea criar la descendencia de otros, Alexander. Más le vale que te lo pienses bien.

Natalie ya había tenido suficiente. A pesar del apretón de Alex en su muslo, se secó la boca con la servilleta, la dejó a un lado y se puso de pie.

—Entonces creo que sería una magnífica idea que jamás intente criar al hijo de otro. —Dijo enfatizando la última palabra.

Después, se volvió hacia Alex.

—Si me disculpa, mi lord, daré un paseo por el jardín. —Se apartó en cuanto Alex le retiró la silla—. El aire del jardín es mucho más agradable que este.

Alex hizo un extraño ruido, como si contuviera la risa. En realidad no pretendía enfadarse con esa dama, pero después de tantos años de abusos por parte de Milton, se había prometido que nunca volvería a permitir que nadie le hiciera daño con sus palabras.

Se alejó a toda prisa pensando que quizá la invitarían a marcharse, lo cual habría aceptado encantada.

—Natalie, espera.

Sin darse cuenta de lo rápido que caminaba, Alex la alcanzó y le rodeó los hombros con un brazo.

—Por favor, ve más despacio.

Ella se detuvo en seco y él casi se tropieza.

Natalie se volvió y señaló con el dedo su pecho.

—Esa mujer ha insultado a mi hija. No es una "descendencia", sino una niña, una muchacha, una criatura concebida en un matrimonio. Podrían emplearse mil palabras antes que esa.

Sintió que una lágrima se deslizaba por su mejilla.

Alex le limpió la lágrima con el pulgar, la atrajo hacia su pecho y la abrazó.

—No llores, cariño. No merece la pena. Lady Beauchamp, a la que llamamos lady Demonio, es la tía más anciana de mi madre y nos asombra que siga tan enérgica.

Natalie apoyó la espalda en su pecho.

—Amo a mi hija. Es una niña maravillosa. Cualquiera estaría encantado de criarla. —Dijo entre sollozos.

—Natalie, cariño, creo que toda la tensión de esta farsa te está afectando. Siento mucho haberte involucrado en esto.

La atrajo de nuevo hacia él y le masajeó la nuca.

Cuando dejó de llorar y, sintiéndose un poco tonta por ello, se recompuso y lo miró a los ojos.

—Ya estoy bien. Como te he dicho, voy a cumplir con esto y no faltaré a lo prometido. Mi padre nos enseñó que hay que actuar con honor.

Alex le besó la frente y miró hacia la entrada.

—Parece que llegan más invitados.

Tomó su mano y se encaminó al lugar donde un carruaje acababa de detenerse.

Era un carruaje muy elegante. Respiró hondo y miró alternativamente a Natalie y a la dama que se bajaba, que le sonrió al verlo.

Maldita sea, maldita sea.

Capítulo 6

Alex hizo que Natalie se pusiera a su lado cuando la señorita Mildred Walsh, su antigua prometida, salió a toda prisa de su carruaje y se dirigió hacia él.

Natalie lo miró a la cara.

—¿Quién es esa mujer? ¿Otra prima? —Preguntó—. Parece estar tremendamente feliz de verle.

Cuando Mildred estaba a unos quince metros de ellos, Alex se inclinó hacia ella y le susurró al oído.

—Déjamelo a mí. Y no, no es una prima.

Cuando Mildred llegó frente a ellos no dejaba de sonreír y tenía la respiración entrecortada.

—Me alegra mucho verte, Alex.

Los músculos de él se tensaron al ver a la mujer a la que había despreciado y que jamás esperaba volver a encontrarse.

—No esperaba verte por aquí, señorita Walsh.

Su sonrisa se desvaneció un poco.

—Claro que iba a venir. No iba a perderme la boda de lady Vivian. —Echó un breve vistazo a Natalie y se dirigió directamente a él—. Debo hablar contigo en privado.

Alex negó con la cabeza.

—No tengo nada que decirte. En nuestra última conversación te expliqué todo lo que tenía que decir.

Ella frunció los labios haciendo el mismo gesto molesto que siempre precedía a sus peticiones.

—No lo creo. —Agitó una mano—. Aquello fue solo una discusión tonta entre dos personas que se quieren. Ya sabes lo impulsiva que soy. Jamás quise anular la boda.

Al sentir que Natalie estaba cada vez más tensa, Alex decidió que era hora de poner a Mildred en su sitio.

—Señorita Walsh, permíteme presentarte a la señora Natalie Shaw. —Hizo una pausa enfática—. Mi prometida.

Mildred miró a Natalie y vio que su rostro, hasta entonces perfecto, se transformó en algo feo y desagradable. Alex esperaba que la presentación iba a poner fin a aquel espectáculo absurdo.

La mujer resopló.

—¿De veras?

—Es un placer conocerte, señorita Walsh.

Natalie estaba serena y tranquila, al contrario que Mildred.

Mildred hizo girar su parasol y examinó a Natalie de arriba abajo.

—Ay, querida. Quien te haya dejado salir de casa con ese vestido debería ser despedido.

Esperaba que Natalie se hubiese acobardado ante la crítica, pero enseguida le respondió:

—Gracias por la información, pero dudo que a mi hermana, lady Sterling, le parezca adecuada, pues el vestido es suyo.

Alex se contuvo para evitar sonreír con suficiencia.

—Si nos disculpas, señorita Walsh, mi prometida y yo íbamos a dar un paseo por los jardines.

Mildred, como si le faltaran las palabras, lo cual raramente ocurría, se quedó paralizada mientras observaba cómo Alex llevaba a Natalie a los jardines que había detrás de la casa.

***

El señor Albert Walsh se acercó a su hija mientras contemplaba cómo la pareja se alejaba.

—¿Lo arreglaste todo, querida?

Mildred se volvió hacia su padre.

—No. Parece que St. John no ha perdido el tiempo. Está con una prometida.

El hombre apretó los dientes.

—No importa lo que tengas que hacer, quita de en medio a esa prometida y convence a St. John para que se case contigo. ¡Rápido!

Mientras hacía girar otra vez su parasol, ella se volvió hacia su padre.

—Ya le he explicado que no iba a ser fácil. Se enfadó mucho cuando me dejó.

—Entonces haz que deje de estar enfadado. Seguro que sabes cómo hacerlo. Haz que te ponga en un verdadero compromiso, de manera que no le quede otra opción que casarse contigo. —Le señaló con el dedo—. No voy a permitir que mi hija de a luz al hijo de un lacayo.

Con esas palabras, su padre se marchó dando grandes pisotones, dejándola frustrada y enfadada consigo misma por haber sido descubierta con Gerard. Si St. John no los hubiese sorprendido, se habrían casado y ella habría intentado contratar a Gerard para la casa de su marido para poder prolongar la relación que tenían.

Ahora estaba embarazada, y su padre lo suficientemente enfurecido como para volver a pegarle y echarla a la calle si las cosas no se arreglaban con St. John. Ya se había pasado un tiempo en la finca de su padre para recuperarse de los golpes que le propinó cuando le confesó su situación. Si eso no la hubiese mantenido alejada de Bath, habría encontrado la manera de apaciguar a su prometido.

Maldijo a la mujer que se agarraba al brazo de St. John. Parecía una don nadie. En todos los años que Mildred llevaba asistiendo a reuniones de la alta sociedad jamás había conocido a la señora Natalie Shaw. No le extrañaría que fuera una antigua criada, o una institutriz, que pretendía ganarse el favor de un noble acaudalado.

Si hubiese venido solo, habría tenido oportunidad de convencerle para partir esa misma noche hacia Gretna Green. Recordaba la manera cómo la miraba cuando estaban prometidos. Seducirle no habría sido difícil. Y después, en la noche de bodas, le habría sido sencillo fingir su virginidad. Y si después de un tiempo sospechara que el niño no era suyo, ya sería demasiado tarde para él.

Pisó con fuerza y se marchó con aire altivo a dar órdenes al torpe lacayo y a la dama de compañía para que arreglasen su equipaje antes de que lo estropeasen todo.

***

—No es asunto mío, pero —dijo Natalie mientras se alejaban de la mujer y se internaban en los jardines—, ¿quieres hablar de la señorita Walsh?

Alex posó una mano sobre la suya que descansaba en su brazo.

—Ha sido un encuentro muy desagradable.

—Tu madre tiene la impresión de que fue la señorita Walsh la que rompió el compromiso, y que tú te quedaste con el corazón hecho pedazos.

Alex sonrió con ironía.

—Sí, esa es la versión oficial para la familia. La que dejé que la señorita Walsh difundiera.

—Por eso se mostraron tan encantadas al saber que te habías comprometido de nuevo. Pensaron que se te había curado tu pobre corazón.

—¡Ja! Más bien se había recompuesto mi pobre ego .

Natalie no encontró respuesta para su broma. Aquello era un asunto muy personal entre él y la señorita Walsh, y más curiosidad que tuviese, no iba a traspasar ningún límite. Si quería compartirlo con ella, lo escucharía. Pero como era una falsa prometida, no tenía derecho a exigírselo.

Alex hizo que se dirigieran hasta el rosal. Su agradable perfume le gustaba, pues las rosas eran su flor preferida. Con la apretada agenda que tenía entre la consulta y el cuidado de Annalise, apenas tenía ocasión de pasearse por los jardines de la casa de los Sterling. Pero cuando iban al campo, sin la presión de los pacientes, solía dar largos paseos por los huertos que cuidaban tan bien los campesinos.

Volvió a centrarse en Alex, a ver si ampliaba su anterior comentario.

Justo cuando pensaba que no lo iba a hacer, le dijo:

—Por decirlo delicadamente, sorprendí a mi prometida en una escena amorosa con uno de los lacayos de su padre.

Natalie se llevó la mano a la boca, horrorizada.

—¡Qué espantoso debió de ser para ti!

Alex le apretó una mano.

—Sí. No fue algo agradable. Eché al lacayo y le dije a la señorita Walsh que habíamos terminado. Pero, por otra parte, me alegré de

no haberme tenido que casar con una mujer que mostraba tan poco respeto por sí misma y por mí.

—Estoy de acuerdo. Tuviste suerte de haberte enterado antes de dar ese paso. —Natalie guardó silencio unos momentos y añadió —: ¿Por qué dijo que había sido ella quien había cancelado el compromiso y que lo había hecho por su carácter impulsivo?

—Entiende que no comprendo la mente de la gente sin escrúpulos. —dijo él—. Intentó convencerme de que olvidara lo que había visto y que siguiéramos adelante con la boda. Creo que está embarazada y que busca un apellido para su hijo. Pero sea lo que sea en lo que se haya metido, ese niño no llevará el mío.

Natalie se mostró consternada.

—¿De verdad crees eso? Qué horrible.

No conocía bien a la alta sociedad, pero por lo que había visto en el breve tiempo que llevaba allí, no había mucho que admirar. La gente la atosigaba a preguntas antes de que pudiera respirar; la insultaban a ella y a su hija; criticaban la elección de Alex, que no era real, por supuesto, y finalmente se presentaba la señorita Walsh y, delante de propia la prometida de Alex, pretendía pasar página y seguir con la boda después de lo que él la hubiera sorprendido con un lacayo.

Escandaloso.

—Siento que voy a tener que pedirte perdón muchas veces —dijo él—. Siempre puedo decir que sufres de una fuerte jaqueca y que necesitas reposar un día o dos.

—No. No soy de las que se esconden cuando las cosas se ponen feas. —Natalie respondió—. Créeme, esto está lejos de ser lo peor que he tenido que vivir.

Probablemente no debería haberle dicho eso. Por la manera en que la miraba sabía que no pasaría demasiado antes de que le preguntara sobre su vida. Especialmente después de que hubiera compartido con ella parte de su vida personal.

—Vamos, volvamos a la casa y disfrutemos de esta reunión impuesta.

Cuando llegaron al salón era evidente que habían llegado más invitados. Lady St. John, lady Applethwaite, la señorita Hollingsworth

y la propia novia saludaban a los presentes y daban instrucciones a las doncellas y lacayos que llevaban a las damas a sus habitaciones.

—Es una gran reunión. ¿En vuestro círculo son así todas las bodas? —preguntó Natalie.

—No. Algunas sí, y otras no. Depende de cuánto quiera impresionar la familia —dijo sonriendo—. Mi tía es de las que quieren impresionar mucho.

—Alex, qué suerte la mía de haberte encontrado en medio de esta multitud. —La señorita Walsh se plantó delante de ellos con un plato en la mano—. Pensé que podríamos conversar a solas, —miró a Natalie—, un momentito.

Aunque Alex no fuera consciente, Natalie se dio cuenta de que numerosas damas de su familia y varios invitados los estaban observando. Lo que menos necesitaba la boda, y lord Alex St. John, era ese tipo atención.

Natalie se volvió hacia Alex.

—Si me disculpas, debo ir a buscar algo a mi alcoba.

Se escabulló antes de que pudiera detenerla. Alex y la señorita Walsh tendrían que resolver aquello en privado. Y tenía la impresión de que la señorita Walsh no cesaría en su empeño hasta hablar con él a solas.

***

Consciente de que los observaban y de que su familia creía que el compromiso se había roto porque Mildred lo había dejado a él, tenía que mantener esa conversación en un espacio privado si no quería decir algo que arruinara la reputación de la mujer. No es que le importase mucho, cualquier mancha que tuviera era por su propia culpa, pero seguía siendo un caballero.

—Sígueme, señorita Walsh.

Se dio la vuelta y, sin ofrecerle el brazo, se puso a andar sin preocuparse de si ella le seguía o no. Entró en un pequeño salón al fondo del corredor y, cuando Mildred cerró la puerta al entrar, él se dio la vuelta y la volvió a abrir.

St. John se cruzó de brazos.

—¿Qué estás intentando hacer aquí? Sabes perfectamente que fui yo quien puso fin a nuestro compromiso cuando te sorprendí *in fraganti* con uno de tus lacayos.

Mildred lanzó una mirada nerviosa hacia la puerta abierta.

—¿Puedo cerrar la puerta, por favor?

—Me temo que no, señorita Walsh. No soy un estúpido —respondió él, haciendo un gesto con la mano—. Ahora continúa con lo que me quieres decir.

Ella respiró hondo y sonrió.

—Solo pienso que deberíamos haber tenido tiempo para hablar de todo esto antes de que pusieras fin a nuestro compromiso de una forma tan precipitada.

St. John bajó las manos a los costados y levantó las cejas.

—Aparentemente, crees que soy un estúpido.

Mildred se puso a secarse los ojos con un pañuelo.

—Sé lo que viste, pero no era lo que parecía.

—Sí, parece que definitivamente crees que soy un tonto.

Se dirigió hacia la puerta.

—Gerard me amenazó, —balbuceó ella.

—¿El lacayo? —Replicó él.

—Sí —contestó con la voz débil.

—¿Quieres decir que te violó? —Preguntó Alex duramente.

—Qué palabra tan horrible, —murmuró mientras tocaba los muebles con la punta de los dedos—. No exactamente.

—Señorita Walsh, no tengo tiempo para tus artimañas. Sé lo que vi y no me casaré con una mujer que desprecia su virtud. —Le dijo mientras se disponía a salir.

—Estoy embarazada, —dijo ella con la voz entrecortada.

St. John se detuvo.

—Eso no es asunto mío.

—¿Y si digo a todo el mundo que es tuyo y que te niegas a hacer lo correcto?

Él se plantó frente a ella, casi rozándola.

—No lo intentes. Por mi honor, si haces algo así, me encargaré de que se sepa quién es el verdadero padre.

Ella entonces rompió a llorar de verdad.

—Mi padre me echará a la calle si no consigo que vuelvas conmigo.

Alex se pellizcó la nariz.

—No tengo intención de hacer nada al respecto, señorita Walsh. No me casaré con una mujer en la que no puedo confiar, y jamás avergonzaría a mi inocente prometida cambiando de opinión. Lo que sea que debas hacer para protegerte, recae sobre tus hombros. O sobre el hombre que engendró a tu hijo.

—Mi padre lo despidió cuando se enteró de lo que había pasado. No he sabido nada de él en semanas.

—Vuelvo a repetirte que no tengo intención de dejar a mi prometida para casarme contigo.

Se detuvo un momento al darse cuenta de que, en efecto, sentía que Natalie era su verdadera prometida, y que jamás podría hacerle daño de esa manera. Sacudió la cabeza,intentando aclarar sus pensamientos.

—Tienes que encontrar otra manera de solucionar tu problema.

Con esas palabras salió del salón muy afectado por el encuentro. En qué desastre se estaba convirtiendo la celebración de la boda.

Capítulo 7

Los invitados siguieron llegando hasta bien entrada la tarde, de modo que Lady Applethwaite decidió servir un bufé en el patio, aprovechando que el tiempo acompañaba. Alex llevó a Natalie al patio, intentando evitar a Mildred. Cuando fuera posible y las cosas se tranquilizaran, pensaba preguntarle a su tía por qué había invitado a Mildred y a sus padres. Pero, como la familia entera pensaba que ella había sido la que había anulado el compromiso, y que él se había quedado con el corazón roto, quizá la tía Jane suponía que esa boda los podría acercar de nuevo.

No le gustaba nada haber permitido que Mildred difundiera la historia de que ella había roto el compromiso, pero, como caballero que era, no pensaba contradecirla. Si se hubiera sabido la verdad habría sido muy difícil para ella.

Había pasado la tarde paseando por los jardines con Natalie y jugando una partida de ajedrez en la biblioteca de su tío. Las damas se habían reunido en el salón, pero Natalie le dejó bien claro que no deseaba unirse a ellas. Después de lo que ya había sufrido, lo comprendía y no le importaba nada dedicarle toda la tarde.

Lo sorprendente era lo cómodo que se sentía junto a ella, y lo difícil que le resultaba recordar que su compromiso era fingido.

—Buenas noches, lord St. John, y señorita... —dijo Mildred—. Lamento no recordar su nombre.

Natalie sonrió y contestó.

—Señora Natalie Shaw. —Respondió y volvió a su comida.

—¿Puedo acompañaros? —Preguntó Mildred.

Con el patio lleno de invitados, muchos de ellos observándoles, no iba a armar un escándalo, así que se levantó y ofreció una silla a su enemiga.

—Sí, claro.

Mildred rió y batió tanto las pestañas que casi echó hacia atrás el cabello de Alex. Y al sentarse, giró el cuerpo de tal modo que

quedó prácticamente dándole la espalda a Natalie. Esta apenas se inmutó y continuó comiendo.

Bravo Natalie.

—Eché de menos haberte visto hoy, Alex, —dijo Mildred entre susurros mientras sacudía la servilleta y se la colocaba en el regazo.

Alex enseguida la corrigió:

—St. John, por favor, señorita Walsh.

—Ay, qué despiste el mío. Olvidé que prefieres que te trate con formalidad. —Miró a Natalie—. No como antes.

Él siguió con su comida y se volvió hacia Natalie.

—Los langostinos a la mantequilla están muy ricos, cariño. ¿Los has probado ya?

Ambas mujeres respondieron a la vez.

Mildred miró a Natalie y luego a Alex, llevándose la mano al pecho.

—Ay, perdón. Pensé que me hablabas a mí.

Alex consideró que lo mejor era no hacer ningún comentario y siguieron comiendo en silencio. Pero en pocos minutos Mildred se inclinó tanto hacia él que casi se cayó de la silla. Después le habló en voz baja.

—¿Recuerdas nuestro viaje al museo de arte? ¿Y esas estatuas horribles? —Se rió como una debutante.

—No, lo siento. Me parece que lo he olvidado, —le respondió él secamente.

Por fortuna, Natalie terminó de comer y él aprovechó para retirar los platos. Ladeó la cabeza en señal de disculpa y se levantó. Aunque no era de buena educación marcharse estando Mildred todavía en la mesa, ya no podía más.

Le ofreció una mano a Natalie, y ella se la tomó y se incorporó. No se molestó en que le pasara un brazo entre el suyo, y salieron del patio para entrar en la casa.

—No os vayáis muy lejos, Alex, —dijo Vivian apresurándose en llegar hasta ellos—. Tengo preparados unos juegos de salón cuando terminemos de cenar. Espero que participéis.

Alex gruñó. Detestaba los juegos de salón, pero se volvió hacia Natalie.

—Cariño, ¿qué te apetece hacer?

Vivian suspiró y se llevó las manos al mentón.

—Qué amable eres, Alex.

Él hizo una mueca extraña.

—Por favor, no digas en público que soy cariñoso. Estropearás mi reputación.

Vivian se inclinó hacia ellos.

—¿Qué hacía señorita Walsh en vuestra mesa?

Alex encogió de hombros.

—Pidió sentarse con nosotros y no pude negarme para no armar un escándalo.

Vivian frunció el ceño.

—Fue algo bastante grosero por su parte. —Puso una mano en el hombro de Natalie—. No le hagas caso, señora Shaw. Nunca me gustó esa mujer cuando Alex pensaba casarse con ella.

Se volvió hacia Alex.

—Nunca entendí qué veías en la señorita Mildred Walsh.

Alex no lo recordaba con claridad. Lo único que sabía era que había aceptado prometerse por agradar a su madre. Mildred era bonita, encantadora y había sido educada para ser esposa de un noble.

A diferencia de Natalie, que no había sido criada para vivir entre la nobleza, aunque su hermana se había casado con lord Sterling, que no era una mujer de su círculo social, pero era honrada, leal, hermosa y bondadosa.

Eso lo dejó pensativo. ¿Por qué no te casas con ella?

La idea le sobresaltó, aunque había surgido después de pasar un tiempo juntos y de disfrutar de su compañía. Sin embargo, no estaba seguro de que Natalie quisiera convertir esa farsa en algo real. Había sido terminante cuando le dijo que no pensaba casarse de nuevo. Quizá algún día confiaría en él lo suficiente como para contarle cómo había sido su matrimonio con Milton.

Entonces se dio cuenta de que Vivian y Natalie continuaba charlando mientras él permanecía ensimismado.

Vivian se volvió hacia Alex.

—Me alegraría que participéis en los juegos esta noche.

Maldita sea. Pensó Alex. Mientras estaba distraído, Natalie había aceptado.

Pero asintió.

—Con mucho gusto, Vivian. Todo por complacer a la novia. Antes de que sigamos, ¿por qué tu madre invitó a señorita Walsh y sus padres?

Vivian negó con la cabeza.

—Mi madre se molestó cuando vio llegar su carruaje. La invitación se envió cuando planificábamos la boda y aquello fue antes de que señorita Walsh anunciase que no estabais hechos el uno para el otro. Y, por supuesto, hasta que aparecisteis juntos, nadie conocía a la señora Shaw, así que la situación es bastante embarazosa.

—No te preocupes, lady Vivian. Es tu día y lo tienes que disfrutar.

Natalie sonrió a la novia y aquel gesto encendió algo en Alex.

Verla sonreír y escucharla hablar despertaba en él un sentimiento muy distinto. Natalie era una mujer admirable. Afrontaba las dificultades que tenían con dignidad para no perturbar a la novia.

Un punto más para ti, señora Shaw.

Sin poder evitarlo, alzó su mano, que tenía entrelazada con la suya, y besó sus nudillos.

—Mi prometida es una mujer maravillosa.

Las mejillas de Natalie se colorearon y Vivian asintió.

—Al fin, estoy deseando que llegue vuestra boda.

Los abrazó y corrió a ocuparse de su madre.

—Alex, todo esto me pone muy nerviosa, —dijo Natalie mientras observaban a Vivian.

—Vamos a dar otro paseo, —propuso Alex, y la condujo fuera del patio para ir al jardín.

Caminaron de la mano por varios senderos hasta llegar al cenador que rodeaba el rosal. Subieron los escalones y se sentaron en un banco blanco entre las flores.

***

Las cosas se estaban complicando para Natalie. Lo que comenzó siendo un favor a un amigo se había convertido en algo inquietante.

—Alex, ¿has pensado en lo duro que será anunciar que rompes otro compromiso? Puede que tengas que marcharte del país.

Él se levantó y paseó delante de ella frotándose la nuca.

—Sobre eso...

Ella esperó su respuesta.

—¿Qué?

Alex dejó de andar y la miró.

—¿Y si no rompiera ningún compromiso?

A Natalie le costó asimilarlo.

—No lo entiendo, y no sé si quiero hacerlo.

Él se sentó y tomó su mano.

—¿Y si siguiéramos con el compromiso y lo convertimos en algo real?

—¿Real? —Replicó ella—. Me prometiste que era algo fingido y solo durante la boda.

—Lo sé. Pero nos llevamos tan bien que creo que podríamos intentar algo serio. Necesito una esposa, y tu hija necesita un padre.

Natalie se levantó de un salto y levantó una mano para que parara.

—Un momento. Dejé claro que no volvería a casarme.

—Lo sé. No pretendo obligarte. Solo te pido que lo consideres.

Ella cerró los ojos.

—Tiemblo cuando escucho esa palabra.

—Vamos, vosotros dos, estáis demasiado juntos. Tendremos que convencer al vicario que además de casarnos a nosotros, os case a vosotros también.

Lady Vivian apareció con su prometido, el señor Kenneth Walker.

Natalie no conocía mucho al señor Walker, pero le parecía un buen hombre y que estaba muy prendado de Vivian. Esperaba que tuvieran un matrimonio agradable. Seguro que iba a ser mejor que el suyo, pues por lo que se había enterado por las damas mientras la estaban interrogando, el señor Walker tenía una posición muy acomodada.

La pobreza había sido una de las causas de sus problemas con Milton. Aunque trabajaba, despilfarraba en alcohol y apuestas, y cuando faltaba dinero para pagar el alquiler, o le pedía que le comprara una tela para hacerle un vestido a Annalise, descargaba su rabia en ella.

Todos esos pensamientos la devolvieron a la propuesta de Alex. ¿Había sido una propuesta? No estaba segura. Y no sabía qué pensar. Sí, había tenido un mal matrimonio y, sí, Alex no se parecía en nada a Milton y parecía ser muy querido por sus amigos y su familia. ¿Pero volverse a casar? ¿Y si quedaba atrapada, y si tenía que obedecer cualquier orden que su marido le diera?

Antes de que pudiera ordenar sus pensamientos, Lady Vivian ya le había enlazado el brazo, mientras el señor Walker y Alex caminaban detrás de ellas.

—Los juegos serán divertidos, te lo prometo —dijo por encima del hombro a Alex, que como sabía Natalie era conocido porque no le gustaban los juegos de salón.

Al llegar a los escalones del patio, vieron que la señorita Walsh parecía estar esperándolos. Se acercó contoneándose hacia los dos hombres y se colocó entre ellos, tomando a ambos del brazo.

—Os pido que seáis mis compañeros para jugar las charadas —dijo con audacia, dirigiéndose a Alex.

Pero Vivian intervino:

—Señorita Walsh, hay muchos más hombres dispuestos a jugar. Habrá más de dos personas por equipo.

—Muy bien, entonces. Estaré en el equipo de Alex.

Vivian miró a Natalie, suspiró y le dijo en voz baja:

—Siento mucho que esté por aquí. Pero consuélate con la idea de que Alex ha decidido casarse contigo —se inclinó un poco más hacia ella—. Y no con esa bruja.

Ambas se rieron. Y el estómago de Natalie dio un vuelco. ¿Cómo iban a salir de todo esto sin herir a tanta gente? Cuando aceptó participar en esa farsa, no conocía a ninguno de los familiares de Alex. Eran personas sin rostro que no significaban nada para ella.

Pero ahora que los había conocido, salvo algunas excepciones, ya les había tomado cariño, y no le parecía tan sencillo romper el compromiso y marcharse.

Aunque, por supuesto, no iba a ser ella quien tuviera que enfrentarse a sus preguntas y decepciones cuando todo terminara. Sería Alex. Bueno, se consoló, al fin y al cabo, todo había sido idea suya.

Apartó de su mente aquella especie de propuesta. Era demasiado pronto para decidir si quería continuar con ese falso noviazgo. El matrimonio era para toda la vida, y no era algo en lo que uno debiera precipitarse. Ya lo había hecho una vez, y podía culpar a su juventud por ello. Ahora era una mujer madura con una hija que criar. Miró hacia atrás, donde Alex conversaba con el señor Walker, y supo en su corazón que Alex sería un marido maravilloso. Pero por culpa de su experiencia, recelaba de la idea de continuar con el cortejo.

La cena en el patio terminó y todos se reunieron en el salón para los juegos.

Alex se acercó a ella y la abrazó por los hombros.

—Por favor, Natalie, no me dejes otra vez con señorita Walsh.

Sentía un cosquilleo cuando se acercaba tanto a ella que sentía el calor de su cuerpo y el aroma de su jabón. Le revoloteaban mariposas en el estómago. Era un hombre apuesto y encantador, pero ella necesitaba pensar con calma antes de convertir esa farsa en realidad.

—Haré lo posible, mi lord, pero esa mujer es persistente.

—No es asunto mío lo que haga ella —dijo él, atrayéndola hacia él—. Prefiero hablar de nosotros.

—No existe un «nosotros», Alex.

Vivian entonces hizo una llamada en voz alta:

—¡Es la hora de los juegos!

La señorita Walsh se aproximó a Alex y dijo muy decidida:

—Seré tu compañera en las charadas.

Vivian enseguida respondió:

—Habrá más jugadores; no os preocupéis.

—Muy bien, estaré en el equipo de St. John.

—Pero por mi parte prefiero que en mi equipo está mi adorable prometida, la señora Natalie Shaw.

Aunque Alex se alejó de Mildred, ella lo siguió.

***

A la mañana siguiente Mary entró en la alcoba con una bandeja con una taza, un platillo y dos panecillos.

—Perdone, señora Shaw, las otras damas pidieron chocolate y temí parecer descortés si no se lo traía.

Natalie se incorporó y sonrió a la desconcertada criada.

—No pasa nada, Mary. Hoy me daré el gusto y probaré el chocolate que tanto aprecian.

Mary dejó la bandeja sobre las rodillas de Natalie y ajustó la servilleta en su camisón.

—Qué trato tan aristocrático, Mary, —sonrió ella mirando la bandeja—. Podría acostumbrarme a esto.

Se tendría que acostumbrar si aceptaba la proposición de Lord St. John.

Para ella el matrimonio había sido una cárcel. Si aceptaba a Alex, tal vez después cambiara y dejaría de tratarla bien sin que nadie pudiera impedirlo. Necesitaba tiempo para meditar.

Levantó la taza de chocolate y se la bebió de un solo trago. Le pareció agradable, aunque no tan dulce como esperaba. Era bastante amargo, en realidad.

Capítulo 8

Alex miraba nervioso hacia la puerta cada vez que alguien entraba en el salón donde estaban desayunando, a la espera de ver a Natalie. Continuó desayunando, pensando que llegaría en cualquier momento y preguntándose por qué estaba tan ansioso por verla.

Cada día que pasaba en su compañía le resultaba más difícil recordar que todo aquello era una estratagema. Pero, aunque sus sentimientos estuvieran cambiando, Natalie ya le había dejado claro que el suyo no había sido un matrimonio feliz y que no tenía ningún deseo de volver a repetir lo mismo.

—Buenos días, mi lord. Un día precioso, ¿verdad?

Gruñó cuando Mildred llegó a su lado y se situó frente a la silla que había estado reservando para Natalie. No tenía ni idea de cuáles eran los hábitos de sueño de su antigua prometida, pero estaba seguro que levantarse temprano para desayunar no era su costumbre.

A pesar de su desagrado, se puso de pie, hizo una reverencia y le retiró la silla.

—Sí, un día precioso, es verdad.

El lacayo colocó una jarra de té caliente frente a ella.

La puerta se abrió de nuevo, y cuando alzó la vista vio a lady Beauchamp en el umbral. La vieja bruja golpeó su bastón.

—¿Esperando a la señora Shaw, eh, Alexander? ¿O has vuelto con ella? —Le dijo soltando una carcajada mientras agitaba su bastón en dirección a Mildred.

Alex se puso de pie y avanzó hacia donde estaba su tía abuela.

—Permítame que la ayude a sentarse, tía.

—Buena manera de esquivar mi pregunta, joven. ¿Dónde está tu prometida?

—Aquí mismo —dijo Mildred, lo suficientemente alto como para que unos cuantos la oyeran, y los que lo hicieron miraron de un lado a otro entre él y Mildred.

—¿Qué has dicho, muchacha?

Lady Beauchamp miró hacia ella.

—Nada, tía —se apresuró a decir Alex—. Déjame ayudarte a sentarte en una silla cómoda.

La mujer se agarró al brazo de Alex y se dirigieron hacia una silla vacía.

—¡Eh! Ninguna de estas sillas es cómoda. Tengo que hablar con Jane para que ponga algo mejor para huesos viejos como los míos.

Un lacayo corrió hacia la silla más cercana y la sacó hacia adelante. Una vez que Alex vio que la tía Jane estaba cómodamente instalada, decidió renunciar al resto de su desayuno y salió del salón. Lo último que quería hacer era sentarse junto a Mildred a desayunar. ¿Esa mujer nunca lo iba a dejar nunca tranquilo?

Entonces, decidió dar un paseo a través de las vastas tierras de la finca de su tío, con la esperanza de que el aire de la mañana le despejara la cabeza. Con suerte, para cuando regresara, Natalie ya estaría despierta y podrían encontrar algo que hacer. Preferiblemente lejos de la casa. Tal vez una excursión a la aldea local podría ser una buena idea.

Al día siguiente era la boda propiamente dicha, seguida de un extravagante, estaba seguro de que sería así, banquete nupcial. La noche sería tranquila y se haría un baile para celebrar el final de las festividades de la boda. Lo que significaba que todavía tenía tres días más para fingir que él y Natalie estaban enamorados y perder de vista a Mildred. Oh, ¿esa mujer pensaba seguirlo y acosarlo todo el tiempo?

—Buenos días, mi lord. ¿Quiere dar un paseo? —Le dijo el mozo de cuadra al saludarlo cuando llegó a la puerta del establo.

—Sí, me gustaría. ¿Puede prepararme un caballo con el que pueda darme una buena carrera?

Como Diamond no era un caballo de carruaje, lo habían dejado en casa. Con suerte, Daniel, su mozo de cuadra, le haría que pudiera tener una buena carrera todos los días, o el pobre caballo se podría poner nervioso.

Había visitado la finca de su tío muchas veces a lo largo de los años, por lo que se sentía cómodo cabalgando, y no le preocupaba demasiado por la posibilidad de perderse. Finalmente llegó al pueblo. Era un lugar próspero donde los viandantes entraban y salían de las tiendas. Podía ser un buen lugar para ir con Natalie, posiblemente esa misma tarde, o al día siguiente por la tarde una vez que terminara el banquete de bodas.

Cualquier cosa con tal de salir de la casa y alejarse de Mildred.

Después de casi dos horas de haber salido cabalgando y tras detenerse en la posada local para tomar una jarra de cerveza fría, regresó al establo, donde el mismo hombre que le había entregado el caballo lo recuperó para darle un cepillado.

Alex buscó en todas las habitaciones del piso principal de la casa y en la sala de estar de la tía Jane del primer piso, pero no vio a Natalie por ningún lado. Volvió al jardín y después, cada vez más preocupado, buscó a su doncella, Mary.

La joven agachó la cabeza cuando se acercó a ella.

—Buenos días, mi lord.

—Buenos días, Mary. Estoy buscando a la señora Shaw, pero no la encuentro. ¿Tienes idea de adónde ha ido?

—No, mi lord. La última vez que estuve con ella fue cuando le llevé el chocolate por la mañana. Volví a verla poco después de eso, pero se había vuelto a dormir.

—¿Y no ha vuelto a llamarla desde entonces?

—No. —Dijo frunciendo el ceño—. He estado preparándole su vestido para mañana. ¿Cree que debería ir a verla?

—Sí, por favor, vaya a verla. Esperaré en la biblioteca de lord Applethwaite.

Mary se marchó enseguida, y él se dirigió a la biblioteca, donde se habían reunido algunos de los invitados.

—Ah, justo a tiempo, Alex —dijo su tío al entrar en la habitación—. Estábamos organizando unos juegos de cartas y nos vendría bien otra mano.

Como estaba esperando a que Mary regresara, asintió con la cabeza aceptando jugar. Prefería no hacerlo, pero no tenía excusa

para no jugar con ellos. Pues si les decía que su prometida había desaparecido era demasiado inquietante.

Ya se había sentado a jugar cuando Mary entró en la biblioteca.

—¿Puedo hablar con usted, mi lord?

—Sí, por supuesto. —Se volvió hacia los hombres de su mesa —. Volveré en un momento. Tengo que hablar con la doncella de mi prometida.

Hizo señas a Mary para que saliera de la biblioteca y se detuvieron en el pasillo.

—Mi lord, la señora Shaw sigue durmiendo. Me parece bastante extraño, ya que siempre ha sido muy madrugadora. Me preocupa que esté enferma.

En ese momento, Mildred se acercó y entrelazó su brazo con el suyo.

—Alex, estaba buscando a alguien para dar un paseo por el jardín.

—Si me disculpas, señorita Walsh, tengo que atender algo importante ahora mismo.

Ella suspiró.

—Muy bien. Esperaré a que vuelvas.

—No me esperes. Cuando termine lo que tengo que hacer, regresaré a la biblioteca, donde estoy jugando a las cartas con algunos caballeros.

Entonces tomó a Mary por un codo y avanzaron juntos por el pasillo.

—No puedo ir a su dormitorio para ver cómo está, así que, por favor, ¿podría buscar a mi hermana y hacer que eche un vistazo a la señora Shaw?

—Sí, mi lord.

—Estaré en la biblioteca, pero por favor no dude en interrumpirme.

La mujer se fue en un abrir y cerrar de ojos, y Alex regresó a regañadientes a la biblioteca. Jugó dos manos, siempre pensando en Natalie y en por qué seguía dormida a media tarde.

—St. John, no estás prestando atención. Esa carta es probablemente la peor que podrías haber jugado. —El señor Walker, el novio, que era su pareja de juego, negó con la cabeza.

—Lo siento, tienes razón. Pero creo que me retiraré. Parece que mi mente no está lo suficientemente concentrada para el juego.

Empujó la silla hacia atrás y salió de la biblioteca. No había rastro ni de Mary ni de su hermana, Denise.

Terminó paseándose frente a las escaleras, con las manos en las caderas.

—Alex. Veo que estás libre. Vamos a dar un paseo por los jardines.

Mildred se aferró a su brazo, con una sonrisa brillante, pero había algo en sus ojos que lo preocupaba.

Retiró el brazo.

—No, señorita Walsh, no estoy libre de pasear por los jardines. Además, no tengo intención de pasear, caminar, bailar, correr, o acompañarte en ningún lugar ni en ningún momento. Nuestra relación ha terminado y nunca se va a restablecer.

Mildred lo fulminó con la mirada.

—Te *casarás* conmigo, Alex. No tengo otra opción. Necesito un marido.

St. John negó con la cabeza.

—Ese esposo nunca seré yo, así que te sugiero que te inventes un plan mejor.

—Mi lord —dijo Mary mientras bajaba las escaleras—. Lady Denise no tardará en bajar. Ahora está hablando con la señora Shaw.

—Gracias, Mary.

¿Cómo demonios iba a deshacerse de Mildred? La mujer parecía querer quedarse acompañándolo, pero él quería que se fuera para poder averiguar qué le pasaba a Natalie.

La criada se escabulló y él se quedó con Mildred. Suspiró y se volvió hacia ella.

—Señorita Walsh, no hay mucho más que pueda decirte. Hemos terminado nuestro compromiso. Como caballero, no discutiré las razones porque no quiero que nadie las conozca. Sin embargo, si sigues presionándome para que haga algo que no quiero hacer, es

posible que tenga que hablar con tu padre y explicarle que jamás me casaré contigo. Tengo a una prometida maravillosa que me importa mucho. Quiero asegurarme de que lo entiendas y dejes de molestarme.

Se encogió cuando ella empezó a llorar, pero la imagen que tenía en su mente del lacayo y ella hizo que se mantuviera fuerte. Incapaz de permanecer allí por más tiempo, se dio la vuelta y subió las escaleras. Aunque no podía ir a la alcoba de Natalie, sí podía esperar afuera hasta que Denise saliera.

Finalmente, después de unos diez minutos, apareció su hermana.

—Oh, Alex. Me alegro de que estés aquí.

—¿Qué le pasa a la señora Shaw?

—Nada.

—Me cuesta creerlo. Es muy madrugadora, y si todavía está en la cama a esta hora, algo debe haber mal.

Denise suspiró.

—Lo que está mal, hermano, es que alguien le puso láudano en el chocolate que María le trajo esta mañana. Por eso ha estado durmiendo todo el día.

Mildred.

—¿Puedo verla o sería inapropiado?

Denise sonrió.

—Comprendo tu inquietud, Alex, pero no puedes entrar en su dormitorio. Vamos a hacer que le lleven una bandeja con un té bien fuerte. Una vez que coma, Mary la ayudará a vestirse y entonces podrá estar contigo.

Él asintió bruscamente.

—Estaré en la biblioteca. Por favor, pídele a Mary que me avise cuando la señora Shaw haya salido de su habitación.

Con una leve sonrisa, Denise le dio una palmada en el brazo.

—Es muy bonito verte feliz de nuevo, hermano. La señora Shaw es una mujer encantadora y una excelente pareja para ti. Mamá y yo no podríamos estar más felices.

¿Y qué tan felices vais a estar tú y tu madre cuando os diga que se ha anulado el compromiso?

Pero ese era un problema para otro día. Ahora se iba a dedicar a jugar a las cartas, con suerte más concentrado, y después llevaría a Natalie a dar otro paseo por los jardines para poder tener una conversación privada.

* * *

La comida, el té y un baño caliente devolvieron a Natalie a sí misma. No tenía ni idea de lo que le había pasado. Nunca antes había dormido un día entero. Recordaba que Mary la estaba vigilando, pero simplemente estaba demasiado cansada como para levantarse de la cama. Cuando lady Denise llegó a su cama y le pidió que se levantara, comiera algo y tomara un baño refrescante, recién pudo salir de su estupor.

Se sorprendió bastante al encontrar a Alex dando vueltas al pie de la escalera cuando finalmente salió de su habitación.

—¿Pasa algo, Alex?

Se volvió hacia ella con una sonrisa que iluminaba su rostro. Un enjambre de mariposas se soltó de nuevo en su estómago y su corazón se aceleró hasta dejarla casi mareada. Debió de habérsele notado en la cara porque Alex frunció el ceño e inmediatamente se acercó a ella, tomándola del brazo.

—¿Estás bien? ¿Deseas volver al dormitorio?

Ella negó con la cabeza, pero lo agarró del brazo para estabilizarse.

—No entiendo qué me pasó. Fue un día muy extraño. Nunca duermo tanto tiempo.

Alex estuvo a punto de decir algo, pero enseguida cambió de opinión.

—Has estado sufriendo mucha tensión los últimos días. Lo más probable es que tu cuerpo haya necesitado un descanso.

Como trabajaba con Rayne en la clínica, y a veces durante horas y horas seguidas, no creyó lo que le dijo. Parecía como si le estuviera ocultando algo, pero volvió a sonreír y dijo:

—Creo que un paseo al aire libre debería despejarme.

Decidieron ir por el camino que daba a la zona boscosa en lugar de volver a pasear por los jardines.

—Estoy seguro de que serás feliz cuando todo esto termine y puedas volver a tu vida.

Alex la miró con una leve sonrisa.

—En realidad, a pesar de lo que ha sucedido hasta ahora, creo que este ha sido un buen cambio para mí. —Dio una patada a un pequeño guijarro que se cruzó en su camino—. Me he dado cuenta de que, a pesar de mi hermana y su familia, y por supuesto de mi hija, mi vida es solitaria, o... —Lo miró, sin saber qué más decir.

Lo que quería decirle era que había disfrutado tanto de su compañía que empezaba a darse cuenta de que no todos los hombres eran como Milton. Había sido muy inflexible en cuanto a no querer volver a llamar la atención de ningún hombre, y ahora, con Alex, había empezado a pensar que, en realidad, tal vez era demasiado joven para pasar el resto de su vida atendiendo a los pacientes y criando a Annalise. Y a Annalise le encantaría ser hermana mayor.

Él le sujetó la mano donde descansaba sobre su brazo.

—Supongo que tuviste una experiencia infeliz con el matrimonio. Eres una mujer extraordinaria, Natalie, y una vez más me gustaría decirte que parecemos muy compatibles, y creo que deberíamos explorar eso cuando regresemos a casa. Sé que fui un poco contundente cuando te mencioné la posibilidad de convertir esto en un compromiso real. Quiero decir que creo que la manera de decirlo no fue la correcta, o el momento no era el adecuado...

Ella le sonrió. Su manera de expresarse era un poco vacilante, y tenía la sensación de que le costaba decir lo que ella misma había estado pensando.

—Lord St. John, ¿me está preguntando si puedes cortejarme?

St. John, exhaló un suspiro de alivio.

—Sí, señora Shaw, eso es precisamente lo que estoy tratando de decirte de una manera muy torpe.

Caminaron unos minutos y ella dijo:

—Creo que me gustaría.

Entonces Alex se giró hasta quedar uno frente al otro.

—Sé que es lo que deseo hacer.

Extendió la mano, le acarició las mejillas y le dio un beso en la boca.

Cualquier duda que tuviera, debido a la forma en que Milton la había tratado, se disolvió en las sensaciones que le había provocado en todo el cuerpo ese beso inesperado.

Alex le tocó los labios con la lengua y ella abrió la boca para dejar que entrara. El terciopelo de su lengua y el olor a menta y brandy de su aliento la excitaron y, por alguna razón, se sintió querida y segura. Entonces la estrechó hacia él hasta que quedó completamente apoyada en su cuerpo y pudo sentir todos sus músculos y calor que se transmitía a través de la ropa de ambos.

—Oh, lord St. John, qué indecorosos sois los dos.

Esas fuertes palabras hicieron que se separaran, pero Alex le rodeó la cintura con un brazo. Enseguida vieron a la señorita Walsh y a su madre, la señora Walsh.

Capítulo 9

Maldición.

Que Mildred y su madre los sorprendieran a él y a Natalie besándose podía traer consecuencias buenas y malas. Con suerte, reafirmaba ante Mildred que no tenía intención de romper su compromiso para después casarse con ella. Por otro lado, lo más probable es que como eran unas chismosas de lo más retorcidas se iban a dedicar a difundir lo ocurrido. A menos que fueran lo suficientemente inteligentes como para darse cuenta de que eso iría en contra suya, si su objetivo era que se reanudara su antiguo compromiso.

—Buenas tardes, señora Walsh, señorita Walsh. Qué sorpresa verte aquí en la zona boscosa en lugar de en el jardín, que es un lugar mucho más agradable para pasear y disfrutar del buen tiempo.

Mildred levantó la barbilla.

—Podemos dar paseos por donde queramos, Alex.

St. John le hizo una leve reverencia.

—Entonces disfruten de su paseo, señoras.

Con esas palabras tomó la mano de Natalie y se alejaron.

No podía probarlo, por supuesto, pero había muchas posibilidades de que los hubieran seguido. No podía imaginar con qué propósito.

Alex había estado hablando con la criada de Natalie, Mary, quien le mencionó que cuando le había llevado el chocolate contaminado a su señora, había dejado la taza de chocolate durante unos minutos porque la doncella de Mildred la llamó para que la ayudara con algo. Ya no le cabía la menor duda de que Mildred estaba detrás del láudano que habían puesto en la bebida de Natalie.

Pero si hubiera pensado por un instante que habría podido poner lo suficiente como para matarla, se habría tenido que marchar con Natalie de inmediato, independientemente de que fuera la boda de su prima. No sabía si podría ser capaz de estar vigilando de cerca a

Natalie hasta que terminara la boda. Por mucho que tratara de evitar pensar en ello, en pocos días se había vuelto muy importante para él.

* * *

El día de la boda finalmente llegó y, con toda la atención que Alex había recibido por parte de Mildred y de la madre de ella, estaba más que preparado para terminar con el asunto y emprender el camino de regreso a casa, con Natalie a salvo en el carruaje junto a él. Parecía que cada vez que se daba la vuelta, ahí estaban Mildred, o la señora Walsh, que le hablaban ignorando que Natalie estaba a su lado, o solo la reconocían para lanzarle comentarios mordaces. Natalie había mantenido la cabeza bien alta y sonreía cada vez que le lanzaban un insulto. Era una gran estrategia, ya que eso parecía molestar aún más a las dos mujeres que hubieran preferido que les hubiera contestado con la misma moneda. Sin embargo, eso lo llevaba a desear que esas dos arpías hubieran sido hombres, para poder molerlas a golpes. Su falsa prometida también había sido víctima de varios accidentes con su vestido, tropezones con objetos que no deberían estar en su camino, y volvieron a intentar drogarla con láudano. De manera que finalmente le había tenido que contar lo que había en el chocolate que se había bebido, para que estuviera alerta con cada cosa que se tomara. Natalie se había horrorizado al saberlo, porque en su trabajo con su hermana había administrado láudano muchas veces y se reprochaba no haberlo detectado en el chocolate por su olor. St. John le tuvo que recordar que se suponía que estaban en una celebración, y no en un hospital, así que no era culpa suya.

Pero al fin se dirigía en el carruaje con ella a la iglesia donde se celebraría la boda. Natalie se veía preciosa con un vestido de color rosa pálido con una banda de color rosa intenso en el escote, debajo del corpiño y en la parte inferior del vestido.

—Llevas un vestido muy bonito —dijo mientras el carruaje se unía a la fila de otros vehículos que salían de la casa y se dirigían a la iglesia.

—Ah, también es de mi hermana.

Alex le pasó un dedo por la suave piel de su mejilla.

—Te mereces tener tus propios vestidos. Y joyas, y todas las cosas que una dama debe poseer.

Ella le ofreció una sonrisa cómplice.

—Sí, pero yo no soy una dama, mi lord.

Podrías ser mi lady.

Como su madre continuaba presionándolo para que se casara, y el matrimonio seguía siendo algo que debía hacer de todos modos, tenía bastante sentido considerar que Natalie podría ser su elegida. Puede que no naciera siendo una dama, pero era guapa, graciosa, amable, considerada y poseía tantas otras cualidades que muchas verdaderas damas desafortunadamente no tenían.

Varios de los invitados que habían llegado para la celebración de la boda no iban a asistir a la ceremonia religiosa, lo cual no era extraño. Por lo general, solo los amigos más cercanos y familiares presenciaban el matrimonio en sí.

Natalie y él se acomodaron en un banco y pronto se sintieron invadidos por la llegada de Mildred, y el señor y la señora Walsh. El señor Walsh lo fulminó con la mirada, lo que casi le pareció gracioso, ya que era su propia hija la culpable del lío en el que se encontraba.

Pero no le importaba nada porque, en lo que a él respectaba, esa parte de su vida había terminado, y no pensaba ser la salvación de Mildred sacrificando el resto de su vida por una mujer en la que no confiaba. Y además, de todos modos, había descubierto que nunca le había convenido.

La boda terminó rápidamente, ya que al parecer el vicario no era de los que hablaba sin parar de las alegrías del matrimonio. La novia se veía hermosa y, con la forma en que su nuevo esposo la miraba, era evidente que su prima tenía la suerte de tener una pareja que la amaba.

Natalie y él se unieron a la cola para felicitar a la pareja, y después se dirigieron a su carruaje para emprender el corto trayecto de regreso a la finca. El clima continuó cooperando con la boda, y el personal de servicio pudo organizar el banquete al aire libre.

Se repartió champán a todo el mundo y las mesas estaban llenas de bandejas de comida. Los que no habían asistido a la ceremonia se dirigieron al banquete y, a los pocos minutos de llegar de la iglesia, el patio y los jardines se llenaron de invitados.

Acababan de sentarse a comer cuando Sylvia, una de las primas de Alex y parte del grupo de señoras que prácticamente había abordado a Natalie a su llegada, se sentó junto a Natalie. Apoyó un codo en la mesa y sostuvo su barbilla en una mano. Con una amplia sonrisa, les dijo:

—Supongo que tu boda será la próxima. ¿Ya has fijado una fecha?

Él y Natalie se miraron el uno al otro, obviamente con la esperanza de que alguno respondiera a la pregunta. Finalmente, compadeciéndose de Natalie, dijo:

—Lo hemos pensado y todavía estamos resolviendo algunas cosas. Por supuesto, avisaremos a todo el mundo cuando hayamos tomado una decisión.

Si a Sylvia le pareció una respuesta vaga y extraña, no se lo hizo saber, sino que se limitó a hablar con Natalie de todas las cosas que debía tener en su boda, de lo que había que ponerse, de cómo debía ser el banquete de bodas y de las actividades que debían acompañar al evento.

—Sylvia, tenemos tiempo para hablar de estas cosas, y estoy segura de que la señora Shaw tendrá sus propias ideas.

Miró a Natalie, que se esforzaba por controlar la risa. Incluso hasta el punto de que le lloraban los ojos.

Sylvia se dirigió a Natalie.

—No le hagas caso a Alex. Los hombres no tienen ni idea de cómo hacer una boda. Déjalo todo en nuestras manos y tendrás un evento fabuloso.

Cuando se levantó, dio un abrazo a Natalie y regresó a una mesa muy larga donde había muchos miembros de su familia, en su mayoría mujeres. Inmediatamente comenzó a hablar y a agitar las manos. De pronto dos o tres primas y tías los miraron, y él se quejó.

—Alex, no les hagas caso. Nos iremos pronto y enseguida se olvidarán de nosotros.

—No es probable —dijo—. Seguro que todos los días a partir de mañana me van a comenzar a llegar cartas consultándomelo.

Cuando ya habían terminado de comer y se estaban bebiendo una copa de vino se acercó un lacayo.

—Mi lord, el señor Walsh solicita su presencia en la biblioteca de lord Applethwaite.

Natalie se volvió hacia Alex con una mirada inquisitiva.

—Tengo la fuerte sensación de saber de qué se trata esto. Probablemente debería ignorar su cita, pero estoy seguro de que seguirá acosándome hasta que escuche lo que tiene que decir. —Después se puso de pie y se dirigió hacia la puerta lateral más cercana a la biblioteca, pero antes se dio la vuelta—. Espérame aquí. Te prometo que esto no me llevará mucho tiempo.

Natalie asintió y bebió otro sorbo de su vino.

Con casi todos los invitados en el patio y el jardín, la casa estaba inquietantemente silenciosa. Respiró hondo y abrió la puerta de la biblioteca. El señor Walsh se había acomodado en un sofá frente a la ventana que daba a la reunión que se estaba produciendo al exterior.

—¿Desea hablar conmigo, señor?

El hombre hizo un gesto con la mano hacia una de las sillas que estaban frente al sofá.

—Siéntate, St. John.

Una vez que Alex se sentó y apoyó un pie en una rodilla, el señor Walsh se inclinó hacia él.

—Tienes que casarte con mi hija.

St. John suspiró.

—Si esa es la razón por la que me ha traído aquí, pierdes tu tiempo, y el mío. No tengo intención de casarme con Mildred. Me traicionó una vez y nunca volveré a confiar en ella. No puedo casarme con una mujer que piensa tan poco en su virtud.

El señor Walsh frunció el ceño.

—Necesita un marido.

—Si está buscando uno, te sugiero que busques en otra parte. Además, en caso de que lo haya olvidado, estoy comprometido con una mujer encantadora y estamos pensando en

nuestros planes de boda. Nunca la decepcionaría ni le haría daño de esa manera. Nos queremos mucho, y estoy seguro de que tendremos una vida feliz.

Le sorprendió que se sintiera tan cómodo diciendo esas palabras. ¿Podría ser que su falso compromiso finalmente se convirtiera en algo real?

—Te pagaré diez mil libras.

Alex dio un silbido. El hombre estaba desesperado. Pero su oferta no era una tentación para él. Se puso de pie y tiró de los puños de su camisa.

—Le sugiero que busque a un hombre que no sea demasiado exigente sobre la paternidad del hijo de su esposa y necesite el dinero. Yo no lo necesito, y me temo que no hay nada que pueda ofrecerme que me haga cambiar de opinión. Ahora, si me disculpas, mi prometida me está esperando. Que tengas un buen día.

Al salir de la casa para buscar a Natalie, se preguntó por qué el señor Walsh estaba tan decidido a que él se casara con Mildred. Como le dijo, lo más probable es que hubiera docenas de hombres a los que no les importaría que estuviera embarazada. Por diez mil libras, algunos venderían hasta a su madre.

Encontró a Natalie justo donde la había dejado, pero no estaba sola. Varias de sus tías, primas, así como su propia madre y hermana, la rodeaban. Por su expresión, se dio cuenta de que estaba buscando una escapatoria.

En cuanto se acercó a ellas les dijo:

—Señoras, por favor, dejen espacio a mi prometida —Después cogió una mano de Natalie—. Ven, cariño, daremos un paseo por los jardines. —Hizo una reverencia a las mujeres—. Disfrutad de lo que queda de la celebración.

Cuando se alejaron se rieron a la vez mientras entrelazaban las manos. Habían hecho tantos paseos por el jardín que estaba seguro de que ya podía identificar cada flor. Incluso con los ojos vendados.

* * *

Natalie se miró por última vez en el espejo. Se había puesto otro de los vestidos de Rayne, que tenía una preciosa sobrefalda dorada, y una suave enagua blanca hecha con una seda muy delicada. Ese vestido de noche hacía que se sintiera como una reina. Rayne le había contado que una vez que ella y Sterling se casaron, él le insistió en que hiciera un guardarropa completamente nuevo, y que fuera apropiado para la esposa de un aristócrata.

Mary había hecho maravillas con su cabello, y había rematado el conjunto con un collar de perlas y pendientes. Con suerte, a Sterling no le importaba que se pusiera los vestidos que le había comprado a su esposa, pero Rayne le había asegurado que no le importaba en absoluto. Por la forma en que su cuñado miraba a su esposa, lo más probable es que le permitiera regalar todo su guardarropa, y después le compraría prendas nuevas encantado.

La celebración de la boda terminó por la noche con un baile. Los novios ya se habían marchado a su viaje de bodas esa misma mañana, y Natalie y Alex habían vuelto a pasar la mayor parte del día paseando por el jardín y jugando al ajedrez. Estaban muy igualados, por lo que los partidos eran apasionados. Le habían pedido varias veces que se uniera a algunos de los hombres que jugaban al billar o a las cartas, pero lo había dejado pasar. Además, había recibido unos cuantos reproches por estar tan enamorado de su prometida.

Como no quería volver a ver a Natalie tragada por sus parientes femeninas, aceptó sus reprimendas, y se rio para sí mismo al comprobar que su artimaña estaba teniendo tanto éxito. A decir verdad, cada día ella se sentía menos como una falsa prometida.

Alex le había explicado lo que el señor Walsh quería, y ella se había quedado atónita de que le ofreciera diez mil libras. ¡Una fortuna! Pero estaba de acuerdo con él. Habría un gran número de hombres que por esa cantidad de dinero aceptarían con todo gusto tomar a Mildred como esposa.

Se dio la vuelta cuando Mary colocó el hermoso chal dorado alrededor de sus hombros.

—Señora Shaw, se ve espectacular. Cuando la veo a usted y a lord St. John juntos, y observo la forma en que la mira me hace

preguntarme si ha olvidado que se suponía que era una relación fingida.

Natalie se limitó a sonreír a su doncella y salió de la habitación.

Encontró que Alex la esperaba al pie de las escaleras. Ciertamente era muy atento y, después de vivir con Milton, disfrutaba mucho de sus atenciones.

Era alto, guapo y vestía como debe ser un noble. Su vestimenta, obviamente, había sido confeccionada por los mejores sastres. Sus zapatos brillaban, y la luz de las velas rebotaba en ellos. Nadie tenía que acolchar los hombros de su chaqueta, y sus pantalones negros y formales se ajustaban a sus piernas de una manera tentadora.

Sintió una oleada de calor que subió hasta sus mejillas y, cuando lo miró, vio que le sonreía, obviamente disfrutando de su admiración. Le tomó la mano y la besó, y enseguida hizo que entrelazara su brazo para dirigirse al salón de baile.

—Señora Shaw, por mucho, eres la mujer más guapa que hay en el salón —le dijo Alex mientras le entregaba una copa de champán que había sacado de la bandeja de un lacayo.

Ella tomó un sorbo de su bebida y miró alrededor del gran espacio.

—Gracias por el cumplido, mi lord, pero hay muchas damas muy guapas por aquí.

St. John sonrió.

—Ah, pero las superas a todas.

Inclinó la cabeza de una manera que nunca antes había hecho, pero que había visto hacer a otras jóvenes.

—¿Estás coqueteando conmigo, mi lord?

—Sí. En realidad, sí. —Colocó su vaso vacío sobre una mesita pegada a la pared—. Estoy oyendo que comienza la música y sé que es un vals. —Le hizo una reverencia y le quitó el vaso de la mano—. ¿Me honrarás con este baile, cariño?

Ella se sentía como una princesa con su príncipe azul, y se derritió en los brazos de Alex mientras flotaban por la pista. No era

una gran bailarina, pero con Alex como pareja no se notaba. Corrigió con gracia sus errores y evitó chocarse con las demás parejas.

Mientras se miraban el uno al otro mientras recorrían el salón de baile, ella sentía mariposas revoloteando en el estómago y el corazón le latía intensamente.

Estoy metiéndome en un gran problema.

Como el brillo de sus ojos coincidía con el de los de él, no había nadie en el baile que pudiera adivinar que su compromiso era una estratagema.

¿Por qué sentía que ya no era algo falso?

—No te lo pienses tanto, Natalie —dijo Alex mientras hacía que giraran.

Ella lo agarró por el hombro, temerosa de caerse.

—No temas, cariño. Nunca voy a dejar que te caigas.

Sí, cada minuto que pasaba le resultaba más difícil recordar que su relación no era real.

Capítulo 10

—Me alegro mucho de verte —dijo Rayne mientras abrazaba a Natalie en el momento en que regresó a la casa de los Sterling.

—Yo también estoy encantada de estar en casa.

Natalie se preguntó si habría estado tan feliz de despedirse de Alex si no le hubiera recordado, cuando la acompañó hasta la puerta, que iba a cumplir su promesa de comenzar a cortejarla de verdad. Incluso le había dicho que vendría a buscarla la noche siguiente para ir al teatro.

Estaba encantada con la idea de ser cortejada de verdad y de ir al teatro. Eran cosas que ella y Milton nunca habían hecho antes de casarse. Milton le había prestado bastante atención, le había comprado algunas baratijas y habían salido un par de veces, pero ella debió haber adivinado que no tenía ningún interés por las cosas que a ella le gustaba hacer y que no sería el mejor de los maridos. El mejor regalo que le había hecho había sido Annalise. Y por eso estaba eternamente agradecida.

—¡Mamá! —En ese momento, su hermosa hija bajó corriendo las escaleras y se lanzó a sus brazos—. ¡Estás en casa!

Natalie la abrazó, y la sensación suave y cálida de su pequeño cuerpo y su aroma de niña casi le hicieron llorar. Se echó hacia atrás y observó a su hija.

—Estoy muy feliz de verte, pero recuerda, las niñas no bajan corriendo las escaleras y se lanzan a los brazos de la gente.

—Lo sé, mamá, pero no pude evitarlo. Te he extrañado mucho.

A pesar de lo duro que le resultaba a Natalie reprender a su hija cuando estaba tan contenta de verla, sabía que, debido a su relación con lord Sterling, Annalise tendría su temporada de fiestas de sociedad cuando cumpliera los diecisiete años. Se sobresaltó al pensar que si ella y Alex continuaban con su cortejo y se casaban, Annalise pasaría a ser la hijastra de un vizconde, lo que

seguramente la haría participar en un montón de eventos de la alta sociedad.

Pero eso estaba demasiado lejos todavía, si es que llegaba algún día.

Natalie le dio otro rápido abrazo.

—Yo también te eché de menos. Ahora vuelve arriba a la habitación de los niños y te veré dentro de un rato para tomar el té.

Dado que Annalise no se consideraba lo suficientemente mayor como para sentarse a la mesa con los adultos, algo que Natalie y sus hermanas ciertamente podían hacer, ya que su infancia había sido muy diferente, a su hija se le permitía tomar el té con su madre y su tía para que aprendiera la forma correcta de hacerlo.

Natalie estaba muy agradecida de las oportunidades que su hija tenía ahora y que nunca tuvo. Se iba a preparar para su vida adulta junto a sus primos. Natalie había insistido en pagar su ropa y sus adornos, así como los suyos propios, a lo que Sterling se había opuesto.

Cuando Natalie le explicó que era importante para ella saber que su hija iba a estar preparada para ser una dama, y que los fondos para su formación los procuraría ella, Sterling se sometió a sus deseos, pero insistió en que cuando llegara el momento pagaría todas las necesidades de Annalise, incluyendo una institutriz que puliera su comportamiento y un vestuario adecuado para sus salidas.

Rayne enlazó su brazo con el de Natalie.

—Tengo que salir enseguida para visitar a un paciente, pero tienes que contarme todo sobre su viaje. ¿Alguien se dio cuenta de que tú y lord St. John no estaban realmente comprometidos?

—No —dijo sonriendo y sintió un fuerte calor en las mejillas.

Rayne colocó sus manos sobre los hombros de Natalie y la miró con una sonrisa. —¿Qué es esto? ¿Por qué te sonrojas?

Natalie se encogió de hombros.

—Por nada. Si me disculpas, me gustaría desempacar mis cosas y recostarme un poco antes de bajar a tomar el té.

Rayne continuaba mirándola fijamente, golpeándose los labios con el dedo.

—Si no tuviera un paciente a quien visitar en este momento, no dejaría que te escapes de esta manera.

Antes de volver a sonrojarse todavía más, Natalie se dirigió a su dormitorio. Mary estaba allí desempacándolo todo.

—Muchas gracias, Mary. Puedo terminar yo misma. Estoy segura de que lady Sterling tiene muchas cosas por hacer.

—Si quiere hágalo. Pero puedo atenderla a usted, y luego voy a ver lo que su señoría necesite.

Pero como deseaba estar un tiempo a solas para reflexionar sobre todo lo que había ocurrido en la boda, y hacia dónde se dirigían Alex y ella, despidió a la doncella. Le hizo bien recordar su lugar mientras terminaba de desempacar sus cosas, y después se se metió en su gran cama.

A pesar de que su mente daba vueltas en círculos debido a todo lo que le había sucedido desde que había salido de esa habitación segura, cayó en un profundo sueño a los pocos minutos de que su cabeza se apoyara en la almohada.

* * *

Alex entró en su club e inmediatamente lo saludó lord Sterling. Después se dirigió a un círculo de cómodos sofás donde estaban Carter Westbrooke, lord Grayson, Nick Smith y Marcus Mallory. Los conocía a todos y se alegró de verlos allí juntos.

Sterling se puso de pie y le hizo señas a Alex para que se sentara en un sofá vacío situado entre Westbrooke y Smith.

—Alex, supongo que conoces a todos estos caballeros. Cenaste con Smith y Westbrooke hace un par de semanas en mi casa.

Alex saludó con la cabeza a cada uno de los hombres.

—Os conozco a todos. Es un placer veros de nuevo.

Sterling sonrió.

—Creo que nunca te lo dije, pero estos hombres son personas especiales. ¿Has escuchado el término "*Las alegres inadaptadas de Bath*"?

Alex pensó durante un minuto.

—Me suena conocido, pero no estoy seguro dónde lo he escuchado.

Carter se reclinó en su silla y apoyó un pie en la rodilla.

—Somos los hombres que nos hemos casado con *"Las alegres inadaptadas de Bath"*.

Alex sonrió.

—¿Y quiénes son esas mujeres?

Sterling se rió.

—En realidad, Rayne es una de ellas, al igual que lady Pamela Smith, lady Addie Grayson, la señora Lottie Westbrooke y la señora Lizbeth Mallory. Hace un par de años, metieron también a Natalie en el grupo.

Alex arqueó las cejas.

—¿De veras?

Carter se echó a reír.

—Sí, todas nuestras esposas estaban decididas a no casarse. Empezaron siendo un grupo con la idea de disfrutar juntas de su soltería.

Un sirviente se acercó y colocó una botella de brandy sobre la mesa, así como varios vasos.

Sterling pasó la botella sin servirse nada. Alex había escuchado la historia del mal estado en el que se encontraba cuando lo dejaron en la puerta de la clínica de su esposa una noche de hacía unos años. Prometió alejarse de las bebidas alcohólicas y no había vuelto a beber nada de alcohol desde entonces.

Sterling se inclinó hacia delante, con los antebrazos apoyados en los muslos.

—¿Cómo fue la celebración de la boda?

Alex bebió un trago de brandy.

—Muy bien. Aparte de los constantes codazos para preguntar sobre la fecha de nuestra boda, creo que Natalie se lo pasó bien.

Todos los hombres se miraron unos a otros.

—¿Qué nos falta saber? —Preguntó Mallory.

Sterling hizo un gesto a Alex.

—Adelante.

—La hermana de la doctora Rayne, la señora Natalie Shaw, tuvo la amabilidad de ayudarme a hacer una estratagema. —Hizo una pausa mientras las cejas de sus amigos se levantaban—. Por razones que no vienen a cuento, hace poco terminé mi compromiso con la señorita Mildred Walsh, y mi madre me ha estado molestando desde entonces para que me busque otra novia.

>Cuando me invitaron a la celebración de boda de cinco días de mi prima, mi madre me envió una lista de todas las mujeres solteras que iban a asistir. Consiguió los nombres gracias a su hermana, la madre de la novia, y calificó con un número a cada mujer. La lista que iba desde la mejor novia en potencia a la peor.

Nick pegó un gruñido.

—Para evitar la catástrofe personal que podría significarme asistir la boda, la señora Shaw fue lo bastante amable como para asistir conmigo a la boda fingiendo ser mi prometida.

—Un falsa prometida —añadió Sterling con el ceño fruncido.

—Sí, una prometida falsa.

Aunque tenía ganas de reírse por los besos que habían compartido, se contuvo porque Sterling era muy protector con sus mujeres. Y como Natalie residía en su casa, era una de "sus mujeres". Aunque, si las cosas sucedían como él quería, y sí, creía estar seguro, él iba a ser quien se encargaría de cuidar de Natalie y su hija.

Pero enseguida pasaron a otros temas, sobre todo las inversiones, al aumento del coste de la vida y lo que estaba tramando el Parlamento. Después de un par de horas, todos se marcharon alegando una razón similar. Querían estar con sus hijos, a quienes generalmente los traían antes de la cena. Pero todos estaban de acuerdo en que pasaban mucho más tiempo con ellos de lo que era normal en su clase social.

Alex y Sterling salieron juntos y se dirigieron al establo para recoger sus caballos.

—Quiero que sepas que Natalie y yo hemos decidido seguir viéndonos.

Sterling sonrió.

—No es ninguna sorpresa. Cuando te sugerí a Natalie, tuve la sensación de que encajaríais muy bien. Pero recuerda, ella no fue criada para capear la tormenta que significa relacionarse con la clase alta. Y, aunque ya ha estado casada, en muchos sentidos sigue siendo muy inocente. —Se detuvieron un rato a la espera de que el mozo les trajera sus caballos—. Su marido era un bruto, y por lo que le permitió a Rayne que me contara, recibió muchos abusos verbales de ese malnacido.

Alex sintió que los músculos de su estómago se tensaban.

—¿Recibió palizas?

Sterling negó con la cabeza.

—Por lo que le dijo a Rayne parece que no. Su arma preferida era su boca afilada y su carácter.

No era de extrañar que lo primero que Natalie le contó fue que no tenía ningún deseo de volver a casarse. Si ese bastardo no hubiera estado muerto, le daría una paliza con su arma preferida. Sus puños.

—Una de las cosas que me atrajo de Natalie es que no tenía los comportamientos de las jóvenes que se han cruzado en mi camino a lo largo de los años. Como bien sabes, siendo tú mismo aristócrata, *muchas* madres buscan la mejor pareja, el título más elevado y la mayor cantidad de dinero. No es que no esté de acuerdo con que las madres deseen que sus hijas estén bien provistas, pero creo que nunca su intención es la felicidad de sus hijas.

—Muy perspicaz, St. John, y estoy totalmente de acuerdo. Mi atracción por Rayne nació porque era diferente a las otras mujeres que me presentaban todo el tiempo. Me gustaría decir que esa era la razón por la que bebía tanto y cometí tantos excesos, pero sería falso.

Alex se encogió de hombros.

—Todos hemos tenido nuestros momentos vergonzantes, pero tuviste la suerte de encontrar a una mujer que miró más allá de lo aparente, y vio al hombre que había debajo de tu coraza.

—Maldita sea, hombre, si seguimos así, tendré que sacar el pañuelo para secarnos los ojos. —Sterling cogió las riendas de su

caballo y se subió de un salto—. ¿Y qué vas a hacer para seguir enamorando a mi cuñada?

—Vamos a ir al teatro mañana por la noche. Me inquieta que está preocupada por no tener la ropa adecuada para asistir los eventos a los que pienso llevarla. Ya tomó prestados algunos vestidos de lady Sterling, pero creo que necesita algo propio. —Levantó la mano mientras Sterling abría la boca para hablar—. Soy plenamente consciente de lo inapropiado que sería pagarle un vestuario nuevo a la señora Shaw.

—Me aseguraré de que tenga lo que necesite para ir a eventos sociales contigo. Mientras tanto, puede seguir tomando prestados los vestidos de mi esposa, que se queja de que después de dos hijos la mayor parte de su ropa ya no le quedan bien.

Alex movía una pierna sobre su caballo.

—Tal vez no pase mucho tiempo antes de que pueda proporcionar a Natalie todo lo que necesite.

Sterling lo observó un instante.

—Te deseo lo mejor, St. John. Recuerda que aunque Natalie sea viuda, no es una de las típicas mujeres que buscan a un amante para calentar su cama. Si sucede algo que haga sufrir a Natalie, entristecerá a mi esposa, y yo me veré obligado a darte una paliza. Después de decirle eso, Sterling apartó a su caballo y se dirigió a su casa.

Alex continuó el trayecto hasta su casa pensando en Natalie y en lo que sentía por ella. Entonces se dio cuenta de que si quería conquistar a la madre, primero tenía que ganarse el respeto de su hija. Después de su velada en el teatro, sería bueno que organizara una salida por la tarde con Natalie y Annalise. Tendrían que ir a un lugar divertido para la niña.

Mientras se dirigía a su casa con una sonrisa en la cara, pensó en todas las formas en que su vida iba a cambiar si Natalie accedía a casarse con él. Se convertiría en padre al instante. ¿Cómo era Annalise? ¿Simpática? ¿Difícil? ¿Aplastada por la terrible boca de su padre?

Muy asombrado se dio cuenta de que estaba ansioso por conocer a la niña. Cualquier hija de la señora Natalie Shaw tenía que

ser un encanto.

Cuando llegó a la casa lo recibió su mayordomo, Mitchell, con la noticia de que tenía una visita. Le entregó el sombrero y el bastón y preguntó:

—¿Quién ha venido a esta hora tan intempestiva?

Era cerca de la hora de la cena y, aunque no se molestaba en vestirse de manera especial ya que estaba solo la mayoría de los días, le gustaba tomarse una copa de brandy en su biblioteca antes de que lo llamaran para ir al comedor.

- —La señorita Mildred Walsh ha venido a verlo, mi lord —dijo Mitchell, con expresión de desaprobación al ser una joven que visitaba la casa de un soltero.

Alex se pellizcó la nariz.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí la señorita Walsh?

—Aproximadamente una hora, mi lord.

Suspiró y dijo:

—Dile al cocinero que retrase la cena media hora.

– Entonces, ¿la señorita Walsh cenará con usted?

—¡Oh, no! Quiero deshacerme de ella lo antes posible.

Capítulo 11

—¿Qué quieres, Mildred? —Preguntó Alex sin sentir lástima por ella a pesar de que tenía los ojos hinchados, sin duda por haber estado llorando.

—Mi problema pronto se hará evidente, y mi padre ha prometido echarme de la casa si no te casas conmigo.

Se pasó los dedos por el pelo.

—¿Por qué, Mildred? ¿Por qué te pone en esta posición? Debería dedicar su tiempo a buscar a un hombre al que no le importe que el hijo que va a tener su esposa no sea suyo.

Ella negó con la cabeza.

—No tengo ni idea de por qué. Parece obsesionado con que recuperemos nuestro compromiso y nos casemos.

—Entonces me temo que estamos en un punto muerto. No tengo ninguna intención de romper mi compromiso con la señora Shaw y casarme contigo. E incluso si no existiera la señora Shaw, no me casaría contigo. Si yo estuviera en tu posición, intentaría convencer a otra persona. Sé con certeza que tu padre está dispuesto a pagar bien por un marido.

Ella asintió.

—Estoy seguro de que sé lo que quieres decir. Sospechaba que te ofrecería dinero. —Se llevó las manos a la frente—. Muy bien. No te molestaré más.

Giró sobre sus talones y salió de la habitación. Cuando Alex oyó sonido de la puerta principal abriéndose y cerrándose pudo liberar el aliento que estaba conteniendo.

A pesar de que le había dicho que no lo volvería a molestar, lo mejor era seducir cuanto antes a Natalie y a su hija, y conseguir una licencia especial para casarse. No confiaba en Mildred. Y tampoco su padre.

* * *

Natalie le había enviado una nota pidiéndole que llegara pronto antes de salir al teatro, y así podría conocer a Annalise. Pensó en llevar algún tipo de juguete para la niña, pero decidió no hacerlo. Llegar temprano e intentar conversar con la niña probablemente era la mejor manera de tener un primer encuentro. No quería dar la impresión de que intentaba comprar su aprobación.

El sirviente que estaba en la puerta le hizo una reverencia y llevó a Alex un salón bien equipado. Quedó impresionado con lo cálida y acogedora que era la casa. Parecía que Rayne tenía tiempo suficiente para salvar vidas y, además, conseguir de que su casa fuera un lugar agradable para su familia.

A los pocos minutos, Natalie entró de la mano de una hermosa niña. Llevaba un vestido de muselina azul con bordados en el corpiño y a lo largo del dobladillo. Unos zapatos negros con medias blancas completaban su atuendo. Su cabello rubio oscuro, como el de su madre, estaba sujeto con dos trenzas, atadas en los extremos con cintas del color de su vestido. Un grandes ojos azules lo observaban. Cuando sonrió, vio que le faltaban sus dos dientes delanteros, lo que la hacía parecer aún más adorable.

Enseguida miró a su madre, que le hizo un gesto de asentimiento. Entonces la niña le hizo una reverencia y Alex quedó cautivado de inmediato.

—Buenas noches, señorita Annalise —dijo, haciendo una leve reverencia—. Soy amigo de tu madre. Mi nombre es lord St. John.

—Sí, mi lord. Lo sé.

Su voz era aguda y suave, y se sonrojó intensamente cuando se dio cuenta de que podría haber dado un *paso en falso* al decir eso.

—¿Por qué no te sientas en el sofá para que lord St. John pueda sentarse a tu lado? —Dijo Natalie.

Parecía que la madre estaba tan nerviosa como la niña. Annalise tomó el asiento que su madre le había sugerido, y Natalie se sentó frente a ellos, con una evidente expresión de orgullo y cariño.

Se decidió por una pregunta fácil para tratar de aliviar un poco la tensión en la habitación.

—¿Qué estás estudiando en el colegio ahora?

Annalise lo miró directamente, no a sus zapatos ni al suelo, algo que no esperaba de una niña de seis años.

—Estamos estudiando matemáticas, lectura y caligrafía.

—¿Y cuál es tu tema favorito?

La niña pensó durante un minuto.

—Matemáticas. Creo que es divertido cuando todo se resuelve bien al final.

Alex miró a Natalie, que sonreía dulcemente ante la respuesta de su hija.

—Eres una chica muy inteligente.

La niña pensó un momento, y enseguida dijo:

—Sí, mi lord. Yo creo que sí. Verá, mi tía es doctora porque es muy inteligente. —Miró a Natalie—. Y mi mamá también es muy inteligente.

Tuvo que controlarse para no reírse de la seriedad de la niña. Mostraba bastante madurez para su edad, lo que le hizo preguntarse si la maldad de su padre había hecho que la niña creciera más rápido. Recordaba que Sterling, o Natalie, le habían dicho que llevaban dos años viviendo en su casa, lo que significaba que la señorita Annalise tenía cuatro años cuando fue liberada de la triste vida que su padre les proporcionaba.

Charlaron durante unos minutos más, y se reforzó su primera opinión sobre la niña. Si las cosas funcionaban entre él y Natalie, iba a ser un honor para él que Annalise fuese su hijastra.

Pasaron la siguiente media hora conversando sobre las cosas que a Annalise le gustaba hacer, y le prometió que el sábado siguiente irían los tres al museo. Para cuando llegó la hora de irse al teatro, estaba completamente encantado.

La niñera vino a buscar a la niña, y les recordó a todos que ya había pasado la hora de acostarse de Annalise. Después de dar un abrazo de su madre, la niña se acercó a él y volvió a hacerle una reverencia.

—Ha sido un placer conocerlo, mi lord.

St. John se arrodilló frente a ella y tomó una de sus manitas entre las suyas.

—Ha sido un gran placer conocerte a ti también. Tengo muchas ganas de que vayamos al museo el sábado.

Natalie dio un último beso y un abrazo a su hija, y Alex y ella se marcharon al teatro.

Alex ayudó a Natalie a subir al carruaje, y después se subió él y se sentó frente a ella.

—Natalie, tu hija es adorable. Es verdad que sabe comportarse, y es un ejemplo perfecto de los cuidados y el amor que le ha dado su madre.

Natalie sonrió.

—Gracias, Alex. Estoy muy orgullosa de ella, teniendo en cuenta lo que tuvo que superar los primeros cuatro años de su vida.

Esperó a que ella continuara y, como no lo hizo, le preguntó:

—¿Me lo quieres contar?

Natalie suspiró.

—Milton era un hombre muy infeliz. Desafortunadamente para Annalise y para mí, se desquitaba con nosotras. Nunca estaba contento con nada de lo que yo hacía o decía. Annalise sobrevivió apartándose siempre de su camino. —Se miró las manos enguantadas—. Me avergüenza decir que simplemente sentí un gran alivio cuando se murió.

—No tienes por qué sentirte avergonzada, Natalie. Parece que era una persona horrible, y estoy seguro de que era un hombre infeliz. Es una desgracia estar con un individuo así, que solo se siente bien cuando hace infelices a todos los que lo rodean.

Después de unos momentos de silencio, pensó que era necesario un cambio de tema, y preguntó:

—¿Has ido mucho al teatro?

—No, en realidad no he ido nunca. A mi padre no le gustaban esas cosas. Las consideraba frívolas —dijo—. Y cuando me casé, bueno, Milton era aún más inflexible con estos temas que mi padre.

Se dio cuenta de que Natalie había pasado de tener un padre negligente a un marido cruel.

—Lamento saberlo, pero ahora tengo el privilegio de introducirte en uno de mis pasatiempos favoritos.

—¿Vas a menudo al teatro? —Preguntó ella sonriendo alegremente.

—No tanto como me gustaría. Muchas de mis tardes están ocupadas con los *eventos* habituales de la clase alta. Musicales, bailes, excursiones.

—¿Alguna vez vas a Londres a eventos de la clase alta? Me han contado que pueden ser bastante, digamos, desafiantes.

Le encantaba ver su sonrisa al salir de la oscuridad cuando el carruaje pasaba bajo una farola. También veía mucho de Annalise en Natalie. Con suerte, gracias a la muerte de su padre, se iba a poder convertir en una mujer tan maravillosa como su madre.

—Sí, de vez en cuando asisto a algunos de los eventos de Londres. Pero desde que me mudé de Londres a Bath, descubrí que disfrutaba más de los asuntos de esta pequeña ciudad. —Sonrió—. Allí hay veladas donde te presentan a un montón de chicas jóvenes y atolondradas. He descubierto que los bailes a los que he asistido aquí en Bath no están tan atiborrados de gente, y las debutantes no parecen tan desesperadas.

Ella sonrió, e inmediatamente él sintió que el carruaje se quedaba sin aire. Su sonrisa hacía que pasara de ser una mujer bonita a verse realmente guapa.

—Ah, entonces eres un caballero muy sociable.

—Sí y no. Voy a muchas actividades para evitar que mi madre me acuse de haber descuidado mi deber y responsabilidad con respecto a mi título por no haberme casado y tener al menos a un heredero, y otro hijo que eventualmente pueda reemplazarlo.

Natalie negó con la cabeza.

—Supongo que esas cosas son importantes, pero insistir a alguien para que se case, cuando esa es una decisión que debe tomar la persona involucrada, me parece extraño. Aunque, en retrospectiva, podría haber sido beneficioso para mí si mi padre hubiera estado más interesado en la persona con la que me iba a casar. —Se detuvo un momento y añadió—: Pero no hubiera tenido a mi preciosa hija.

—Es realmente extraño que en ocasiones algo muy bueno salga de algo tan malo.

—Parece que eso puede ocurrir, ¿verdad?

Llegaron al teatro justo cuando empezaba a llover. Cuando el chofer de Alex abrió la puerta llevaba un gran paraguas. Alex ayudó a Natalie a salir del vehículo, después le pasó un brazo alrededor de su cintura y la estrechó hacia él para evitar que se mojaran demasiado. Le gustaba abrazarla de esa manera, sentir su delicado cuerpo apretado contra él, y oler su conocido aroma a flores y a algo único. Era como si estuviera destinada a ser suya. Lo cierto es que era algo que no había sentido con ninguna otra mujer, incluida Mildred.

Sí, estaba muy seguro de lo que quería; tenía que convencer a una mujer que había tenido un matrimonio espantoso.

* * *

Natalie se sacudió las gotas de lluvia de la parte inferior de su vestido, y avanzó con Alex hacia el teatro. Se esforzó mucho por no parecer demasiado emocionada, como si fuera una niña que asiste por primera vez al circo *Astley's*.

Lord Sterling y Rayne no dedicaban mucho tiempo a los eventos de la clase alta que Alex le había descrito. Sterling le dijo que no le importaba lo que pensaran los demás por haberse casado con una médica, por más no se consideraba que no era apropiado que un noble lo hiciera.

Por lo tanto, para evitar desaires a su esposa, limitaron su vida social a las fiestas semanales de la *Asamblea,* y a cenas con sus amigos. Ocasionalmente aceptaban una invitación a un baile, o a una fiesta, donde Sterling sabía que Rayne se iba a sentir cómoda. Al parecer, el teatro no era una de las actividades que hicieran fuera de su círculo de amigos del que disfrutaban.

Desde el momento en que entraron en el edificio, era evidente que Alexander, lord St. John, era un hombre muy popular. Varias parejas se acercaron a ellos, así como algunas mujeres que obviamente tenían algo más en sus mentes que la próxima representación. Alex fue amable con todos los que se encontraron y presentó a Natalie con mucho orgullo.

—Señora Natalie Shaw -dijo una de las mujeres que miraban a Alex—. No creo que la conozca. ¿Ha estado en la temporada de fiestas de Londres?

—No. Me he quedado con mi hermana, lady Sterling, y su familia aquí en Bath.

Una segunda mujer se acercó a Alex y le colocó una mano sobre el pecho como si fuera su dueña.

—Te echo de menos, Alex. Ha pasado mucho tiempo desde que no nos honras con tu presencia. —Enseguida miró fijamente a Natalie y dijo—: Hemos pasado *muchos buenos momentos* juntos.

Natalie le sonrió y dijo:

—Sí, sé exactamente lo que quiere decir.

Alex prácticamente se atragantó al escuchar lo que dijo Natalie, pero la acercó más hacia él.

—He estado muy ocupado últimamente. Si nos disculpas, creo que la obra está a punto de comenzar y tenemos que ir a mi palco en el teatro.

—Oh, sí,— dijo la mujer—, tengo tantos recuerdos maravillosos de ese palco —dijo sonriendo a Natalie.

Natalie le devolvió la sonrisa.

—Sí. Espero que guardemos muchos recuerdos de esta noche.

La llevó a su palco y se acomodaron en los asientos.

—Entonces, ¿te gustaría conservar buenos recuerdos del palco esta noche?

Él sonrió al darse cuenta de que Natalie se había ruborizado.

Pero levantó la barbilla y lo miró a los ojos.

—Tengo muchas ganas de que comience la función.

Alex se echó a reír.

—Y estoy deseando verte disfrutándola. —Le pasó un brazo por los hombros y la estrechó más hacia él—. Por favor, no permitas que esas mujeres te molesten. Créeme, nunca ha pasado nada entre ella y yo.

—Eso no me importa, mi lord. Al fin y al cabo, soy yo la que está aquí contigo.

Alex entonces le acarició las mejillas.

—Eres increíble, señora Shaw.

Entonces, se inclinó hacia ella y le besó la boca. Aparentemente, como era consciente de que estaban a la vista de cualquiera que estuviera al otro lado del palco, solo le dio un beso corto.

Natalie se acarició el pelo, a pesar de que no tenía ni un mechón fuera de su lugar. Incluso cuando estaba en pleno romance con Milton, sus besos nunca la emocionaron tanto como los de Alex.

—Debemos comportarnos, mi lord. Hay gente mirando.

Alex sonrió y dijo:

—Dijiste que íbamos a guardar buenos recuerdos de esta noche.

Ella lo golpeó con su abanico.

—Sabes perfectamente que lo dije para molestar a esa mujer. Sin duda, se lo merecía.

—Ahora entiendes por qué los eventos de la clase alta pueden ser tan desagradables. Y para que quede claro, nunca he coqueteado con lady Danvers. De hecho, probablemente soy uno de los pocos que no ha calentado su cama.

Natalie respiró hondo y justo la orquesta comenzó a sonar.

—Voy a disfrutar de la obra.

Alex pasó las siguientes dos horas admirando a Natalie observando cómo disfrutaba de la representación.

* * *

—¿Ya está aquí? —Preguntó Annalise por décima vez dando saltos con sus pequeños pies.

Natalie suspiró.

—Todavía no, cariño. Tan pronto como oiga que su carruaje se detiene, te lo diré. Ahora déjame unos minutos para que recoja mis cosas.

Odiaba reconocerlo, pero estaba tan emocionada como Annalise por ir al museo. Había ido un par de veces antes, pero siempre había cosas que quería ver pero no había tenido tiempo de hacerlo. Iban a pasar toda la tarde juntos. Alex le había enviado una

nota en la que le decía que cenarían fuera una vez que terminaran de visitar el museo.

Como el museo cerraba a las cinco, tomarían una cena temprana, pero lo más probable es que era consciente de la hora de acostarse de Annalise y querría asegurarse de que llegaran a casa a tiempo.

En ese momento, Annalise corrió a su dormitorio.

—¡Está aquí! Acabo de ver detenerse un carruaje que, como me dijiste, tiene el escudo de St. John.

Natalie se cubrió los hombros con el chal, recogió la retícula y le dio la mano. —Entonces debemos irnos. No hay que hacer esperar a su señoría.

Bajaron juntas las escaleras, y cuando llegaron al piso inferior justo Alex entraba en el vestíbulo.

—Buenas tardes, *ladies*. Estáis muy guapas.

Annalise se sonrojó y le susurró a Natalie.

—Me ha llamado *lady*.

A pesar del intento de Annalise de evitar que Alex la oyera, su sonrisa le indicó que había escuchado su comentario.

Jasper, el mayordomo de la casa Sterling, abrió la puerta y los tres salieron para dirigirse al carruaje que los esperaba.

Cuando subieron y se acomodaron, Natalie y Annalise se sentaron mirando hacia adelante, y Alex hacia atrás. La niña entonces dijo:

—Estoy muy emocionada, mi lord.

Alex le sonrió.

—Y yo también, señorita Shaw.

Capítulo 12

—¡Gerard!

Mildred salió corriendo hacia el hombre que caminaba hacia ella en el parque Victoria. Había salido a pasear sola aprovechando que su madre le había dicho que tenía jaqueca y se había ido a la cama. Desde que sus padres se dieron cuenta de la desgracia de Mildred, su madre se pasaba mucho tiempo en cama. Sobre todo cuando llegaba el momento de salir a pasear al parque o de visitar las tiendas de Milsom Street.

—Shhh, Mildred. Habla en voz baja. —Gerard miró a su alrededor, la tomó por un codo y la llevó por un sendero que serpenteaba por la zona boscosa—. ¿Quieres que todo el mundo se entere de que tenemos una relación?

Como de costumbre, Mildred se estremeció cuando la tocó, aunque solo fuera el codo. Gerard no era el hombre con el que había perdido la virginidad, pero era su actual amante, el padre del niño que llevaba en su vientre y el hombre al que amaba.

—¿Por qué no te has puesto en contacto conmigo?

—¿Quieres decir después de que St. John me pegara y tu padre me echara de la casa, y después desaparecieras?

Sin estar muy segura de cómo Gerard se tomaría la noticia sobre el bebé, decidió no decírselo todavía.

—¿Encontraste otro trabajo?

El hombre esbozó una sonrisa sombría.

—¿Sin poder ofrecer referencias?

Su sonrisa se oscureció.

—Oh, sí. Me había olvidado de eso.

Mientras caminaban Mildred estaba muy feliz de volver a escuchar su voz y de que todavía estuviera en Bath.

—Me las arreglé para conseguir un trabajo en un establo, pero yo no estoy hecho para sacar excrementos de los animales a palas —dijo temblando.

Ella le pasó la mano por el brazo.

—Mis disculpas. Lamento mucho que St. John nos haya descubierto.

—Tengo un plan.

—¿De verdad?

A pesar de lo emocionada que estaba por ver a Gerard, realmente no creía que fuera posible hacer ningún plan que pudiera mantenerlos juntos. Y además estaba el problema del bebé.

—Primer paso, te casas con St. John.

Ella negó con la cabeza.

—Si ese es tu plan, me temo que tendrás que inventar otra cosa.

—No me digas que rompió el compromiso.

—Por supuesto que lo hizo. ¿Qué clase de hombre no lo habría hecho? Quiero decir que su obligación es proporcionar herederos, y a los hombres les importa mucho saber que su título y su dinero van a ir a su propio hijo.

Gerard la miró fijamente entrecerrando los ojos.

—¿Y hay alguna razón por la que tendría que preocuparse por eso?

Oh. Tenía que haber mantenido la boca cerrada.

Mildred miró hacia el camino y apartó una bellota de una patada.

—Uhm, podría haber alguna.

—Mildred, ¿estás embarazada?

Ella lo miró, esperando... No sabía qué. ¿Cómo reaccionaba un hombre en su posición ante una noticia así? Suspiró. No tenía sentido ocultarlo. Ya se había dado cuenta de que había tenido que aflojar la cinta que ceñía su vestido.

—Sí, me temo que sí.

En lugar de enfadarse, el hombre se detuvo, se llevó las manos a las caderas y miró al horizonte. Después de unos minutos, cuando ya a Mildred le costaba respirar, dijo:

—Mi plan seguirá funcionando.

Ella respiró hondo.

—¿Cuál es tu plan ahora?

—Te casas con St. John. —Levantó una mano cuando ella abrió la boca para hablar—. Después insistes en contratarme en alguna de tus propiedades, y te mudas a ella en cuanto te cases. Cuando St. John se dé cuenta de que estás engordando, estará encantado de que te vayas a esa propiedad.

Ella negó con la cabeza.

—Ya te lo he dicho. No se casará conmigo. Y ya sabe lo del bebé. Y para complicar más las cosas, tiene una nueva prometida.

—¿Qué? ¿Tan rápido? ¿Estás segura?

Volvieron a ponerse a caminar.

—Sí. Estuvo en la boda de la prima de St. John el fin de semana pasado.

—Entonces nos desharemos de ella.

Mildred tragó saliva.

—¿A qué te refieres?

Oh, puede que no fuera la más virtuosa de las mujeres, pero nunca jamás toleraría un asesinato.

—No me mires así. No estoy hablando de matar a esa mujer. Quiero decir que debe haber algo que podamos usar contra ella para que rompa el compromiso.

Mildred suspiró, y miró a lo lejos donde había una pareja joven y una mujer mayor, probablemente una dama de compañía, disfrutando de su paseo.

—No la conozco lo suficientemente bien, en realidad nada, como para saber qué podría llevarla a hacer eso. Parecían bastante enamorados el uno del otro.

Siguieron avanzando en silencio durante unos minutos mientras el sol se asomaba a través de los árboles provocando motas de sombra a su alrededor.

—Necesito que me des su nombre y su dirección.

—Su nombre es señora Natalie Shaw. Viuda, supongo. Todo lo que sé de ella es que vive con lord Sterling y su esposa, porque es su hermana. Además, la hermana es doctora.

El hombre levantó las cejas.

—¿Doctora? ¿Y lord Sterling lo acepta?

Ella asintió.

—Sterling era un libertino cuando conoció a la médica. Al parecer, ella lo ayudó a recomponerse, se enamoraron y se casaron.

Gerard negó con la cabeza.

—Tonterías. Necesito el nombre y la dirección del consultorio de la doctora. Le haré una visita y veré qué información puedo encontrar. Todo el mundo tiene algo por lo que daría la vida. Debe de haber algo que sea importante para la señora Natalie Shaw.

* * *

Natalie tiró los paños manchados de sangre en la papelera que había junto a la puerta para que la sirvienta los recogiera y los llevara a la lavandería. Se volvió hacia el señor Martin y le sonrió.

—Ya hemos terminado, señor. Solo recuerde mantener la herida limpia y vuelva en unas dos semanas para que la doctora Rayne o yo misma le saquemos los puntos.

—Oh, vaya, mi esposa puede hacerlo. Sin embargo, no pudo coserme. Se le revolvió un poco el estómago al ver el corte. No la habría molestado si no hubiera sido estado embarazada.

David Martin y su esposa, Beverly, estaban esperando su primer hijo. Rayne la había atendido en la otra habitación mientras Natalie cosía la profunda herida que el señor Martin se había hecho cuando al intentar cortar una rama de uno de sus árboles y el hacha se le resbaló.

Por lo general, el tiempo pasaba rápido cuando estaba trabajando en la enfermería, pero ese día sus pensamientos seguían entretenidos en recordar a Alex y el paseo que habían hecho al museo. Annalise se lo había pasado de maravilla, y Alex había sido encantador con ella. Si había tenido alguna duda sobre su relación con Alex, se lo pasaron tan bien en el paseo que cualquier preocupación que tuviera se había disipado.

Miró el reloj una vez más, pero solo habían pasado cinco minutos desde la última vez que lo había visto. Alex la iba a recoger para ir a una reunión de sus amigos para pasar la velada jugando a las cartas. Natalie nunca había sido muy buena con los juegos de

cartas, pero Alex le había asegurado que algunas de las mujeres que había allí tampoco lo eran y que podía entretenerse con ellas.

No le había mentido cuando le dijo que iba a cortejarla. Y los besos que compartían cuando surgía la oportunidad eran cada vez más inquietantes. Empezaba a desear más y una vez sintió la aterradora necesidad de quitarse la ropa cuando las cosas se les estaban yendo un poco de las manos. Las manos de Alex también habían comenzado a moverse por su cuerpo y había descubierto que a ella no le parecía mal en absoluto.

Oh, se estaba excitando simplemente pensando en lo que hacían juntos. Pero justo en ese momento, el portero, Jacob, entró en la habitación.

—Hay un paciente nuevo que quiere ver a la doctora Stevens. Señor Gerard Nichols. ¿Lo hago pasar, o prefiere que espere en la recepción?

—Mejor en la recepción, ya que tendré que hacerle preguntas para saber qué le pasa. La doctora Rayne está ocupada con la señora Martin en este momento.

Jacob se marchó y Natalie fue al fregadero a lavarse las manos. Después de secarse con una toalla limpia, tomó un lápiz y un bloc y se dirigió a la recepción.

El hombre estaba de pie en la habitación, frente a la ventana, con las manos apoyadas detrás de la espalda. Se volvió al oír que ella entraba en la habitación.

Natalie le tendió una mano.

—Señor Nichols, soy la señora Shaw, la auxiliar de enfermería de la doctora Rayne.

El hombre pareció sorprenderse, pero ella supuso que era porque esperaba ver a la doctora Rayne.

—Me temo que la doctora Rayne está con otro paciente en este momento. Si toma asiento, recopilaré su información para que la doctora pueda ayudarlo.

El señor Nichols se sentó con la espalda recta y una pierna cruzada sobre la otra. —Debo reconocer que me ha sorprendido descubrir que la doctora Rayne era una mujer. Y ahora

estoy doblemente sorprendido al ver que su asistente de enfermería también es una mujer.

Natalie se echó a reír.

—Soy la hermana de la doctora Rayne, y ambas nos criamos en la casa de un médico. Nuestro padre ya fallecido era médico. —Bajó la vista hacia su libreta—. ¿Cuál es su nombre completo?

—Señor Gerard Nichols.

—¿Su dirección?

Después de que pasaran unos minutos hablando sobre la dolencia del señor Nichols, que parecía ser que tenía dolores de cabeza recurrentes. Natalie tomó abundantes notas para asegurarse de que Rayne tuviera toda la información que necesitara.

Ambos levantaron la vista cuando Annalise entró en la casa.

—Mamá, tengo que leer un libro para mañana. ¿Crees que lord St. John podrá ayudarme?

Natalie sintió que sus mejillas se calentaban.

—Estoy segura de que tiene muchas cosas que hacer, cariño. ¿Por qué no vas a la cocina y tomas tu leche con galletas? Nos iremos a casa en aproximadamente una hora. Puedo ayudarte con tu libro esta noche.

La niña continuó esperando y, finalmente, después de un resoplido, salió de la habitación. Esa actitud era algo que Natalie tenía abordar con ella cuando regresaran a casa. Especialmente por hacerlo delante de un nuevo paciente. Miró al señor Nichols.

—Lo siento, señor Nichols.

El hombre hizo un gesto con la mano indicando que no le daba importancia.

—Es una niña encantadora. ¿Cuántos años tiene?

—Seis años. Muchas gracias.

Para su sorpresa, el hombre se puso de pie.

—Me estoy dando cuenta de que voy a tener que pedir una cita para otro día. Acabo de recordar que debo hacer algo esta tarde. ¿Le da toda mi información a la doctora Rayne y después me pongo en contacto con ella?

—Sí, por supuesto. —Natalie se puso de pie sin saber qué hacer con la libreta y el lápiz que tenía en el regazo—. Estamos

abiertos de lunes a viernes desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde aproximadamente. Algunos días más tarde, si surge algo que requiera la atención de la doctora Rayne.

—¿Entonces no viven aquí?

Natalie negó con la cabeza.

—No. Cuando mi padre trabajaba aquí, mis dos hermanas y yo vivimos toda nuestra vida en el piso de arriba. Pero cuando mi hermana se casó con lord Sterling, y él insistió en que mi hermana tenía que vivir en su casa, para así alejarla de su trabajo como doctora. No está lejos de aquí, y siempre puede hacer algo en la clínica después de cerrar.

El hombre recogió su sombrero, que estaba apoyado en la silla que tenía junto a él.

—Bueno, entonces me voy. Gracias por su atención, señora Shaw.

—¿Quién era ese hombre? —Preguntó Rayne después de acompañar al señor y a la señora Martin hasta la puerta principal.

Natalie vaciló un momento.

—Un tal señor Nichols. Levantó la libreta en la que había tomado sus notas. Dijo que a menudo sufría dolores de cabeza, pero, antes de poder verte, recordó algo importante que tenía que hacer esta tarde.

Rayne se encogió de hombros y miró su reloj.

—No espero a nadie más hoy, así que creo que deberíamos lavarnos e irnos a casa. ¿Está Annalise aquí?

—Sí. Está en la cocina comiendo algo.

Las hermanas fueron a la cocina y se detuvieron frente a la puerta. Annalise estaba hablando con la cocinera.

—Imagínate que me ha dicho que tiene un libro que tiene que leer para mañana antes de ir al colegio. Después me preguntó si Lord St. John podía ayudarla.

Los dos se echaron a reír, y Rayne dijo:

—Parece que St. John ha conquistado a Annalise. —Se detuvo justo antes de la entrada de la cocina—. ¿Y qué hay de su mamá? ¿La ha conquistado?

Natalie se cruzó de brazos.

—No estoy segura. —Miró a su hermana—. Si nunca hubiera estado casada con Milton y no hubiera sufrido lo terrible que puede ser un hombre con su esposa, no dudaría ni un minuto sobre Alex. Pero en el fondo de mi mente...

—Estuviste con él cinco días. ¿En todo ese tiempo viste algún comportamiento inapropiado?

—No.

—¿Alguien en la boda, que estoy seguro de que conocía a St. John mejor que tú, te habló mal de él?

—No.

—¿Has averiguado por qué rompió su compromiso?

Natalie vaciló.

—Sí. —Suspiró—. Resulta *que fue él* quien rompió el compromiso, no ella. Como le permitió decir que ella *había* terminado la relación, no creo que deba romper su palabra de que no haría nada que pudiera mancillar su reputación.

Rayne arqueó las cejas.

—Bueno, entonces. Creo, por lo que no has dicho, que St. John hizo lo correcto. —Entrelazó su brazo con el de Natalie y entraron en la cocina—. Creo que deberías pensar con mucho cuidado hacia dónde parece llevarte St. John. Me encantaría verte felizmente asentada, y que Annalise pueda tener un padre decente y algunos hermanos.

—Lo hago. Créeme, lo estoy considerando todo con mucho cuidado".

* * *

—Gerard, debemos buscar un lugar mejor para vernos.
Mildred cerró bien su abrigo y trató de aferrarse a su paraguas, lo cual no era una tarea fácil por culpa del viento que soplaba.

—Se me ha ocurrido un plan perfecto.

La tomó de un brazo y fueron a una glorieta del parque que estaba un poco más protegida de donde estaban.

—Espero que sea algo que mi padre apruebe. Todos los días me habla de St. John y de lo cerca que estoy de que cambie de

opinión. —Negó con la cabeza—. Pero no va a cambiar de opinión.

—Sí. Lo hará. —Le dijo sonriendo.

—Pareces bastante seguro de ti mismo. Dudo mucho de que puedas hacer algo que ni siquiera mi padre, que le ofreció diez mil libras, haya podido hacer.

Los ojos de Gerard se abrieron de par en par.

—¿Diez mil libras?

—Sí. Pero los rechazó.

Gerard sacudió la cabeza.

—Qué insensato. Sin embargo, algunas cosas son más importantes que el dinero. —Vaciló un instante—. Este es el plan. Vamos a secuestrar a la hija de la señora Shaw.

—¿Tiene una hija?

—Sí. Su madre dice que tiene seis años.

Mildred se hizo a un lado para evitar el viento que hacía que le golpeara la lluvia en la cara.

—¿Qué tiene que ver el secuestro de la hija de la señora Shaw con mi situación?

Gerard giró los hombros para aliviar la tensión. Si esa mujer no estaba tan dispuesta a experimentar en la cama, y si no tenía la posibilidad de ofrecerle la vida que quería vivir, pensaba dejarla de inmediato.

—Escucha, Mildred. Secuestramos a la niña, enviamos una nota a St. John diciéndole que la tenemos y, a menos que se presente en un lugar y hora determinados para casarse contigo, la niña desaparecerá. Si se preocupa tanto como creo que se preocupa por esta mujer Shaw y su hija, seguro que cooperará.

—¿Y después qué?

—Fácil. Yo, tú y la niña llegamos a su casa. En la carta que le escribas, insistirás en que tiene que conseguir una licencia especial para casarse. Estos imbéciles pueden conseguirla fácilmente. Y una vez que os caséis, no habrá nada que pueda hacer al respecto.

>Después haces lo que dije antes. Insistes en mudarte a una de sus fincas de campo. Me contratas para hacer un trabajo fácil, y nos pegamos la gran vida con el dinero de St. John.

Mildred frunció el ceño.

—¿Pero no le haremos daño a la niña?
Gerard sacudió la cabeza.
—Pero él no lo sabrá.
Mildred asintió.
—¿Cuándo puedes secuestrarla?
—Tan pronto como sea posible.

Capítulo 13

Habían pasado dos semanas desde que Natalie regresara de la celebración de bodas de cinco días. Alex continuaba cortejándola y rápidamente se había ganado a su hija, que estaba completamente maravillada con él.

Sonrió recordando sus salidas a la sabrosa heladería, *Sally Lunn's Bunns*, los paseos por el parque y el espectáculo de marionetas al que asistieron del que Annalise no había dejado de hablar en varios días.

Esa noche iba a ir a una cena en casa de Alex. Le dijo que solo irían a algunos amigos a los que tenía programado invitar. Tuvo que reconocer que estaba un poco preocupada por conocer a los amigos de Alex. Le había dicho que eran de su época universitaria. ¿Y si la encontraban poca cosa? Tal vez a Alex no le importaba, pero lo cierto es que ella no pertenecía a su clase social.

¿Habían cambiado tanto sus sentimientos hacia Alex y el matrimonio que estaba empezando a preocuparse por esas cosas? Tenía que reconocer que si sus besos se volvían más intensos, Sterling hablaría con Alex. Las dos últimas veces que la había acompañado a casa, su cuñado había fruncido el ceño y murmurado en voz baja cuando se encontró con ella en el vestíbulo mientras se quitaba la capa.

Iba con el cabello desordenado, tenía los labios hinchados y rojos, y se notaba que había abrochado a toda prisa el corpiño de su vestido. Ella se había limitado a asentir con la cabeza y se había dirigido a su dormitorio donde había respirado hondo después de cerrarse la puerta.

—Mamá, ¿por qué no puedo ir contigo a casa de lord St. John a cenar?

Annalise estaba de pie en el umbral de la puerta, retorciéndose un mechón de pelo, ya vestida con su camisón para dormir.

—Cariño, ya te lo he dicho antes. Las niñas no asisten a las cenas para adultos. —Se miró en el espejo mientras se abrochaba los pendientes—. Lord St. John ha sido muy amable al llevarnos a varios lugares donde lo has pasado muy bien, pero no puedes ir a todos los sitios a los que voy yo.

Annalise entró en el dormitorio y se sentó en el borde de la cama de su madre.

—Lo sé. Es que nunca tuve un papá que hiciera esas cosas conmigo.

Natalie respiró hondo y se volvió para mirar a su hija.

—Annalise, lord St. John no es tu papá.

—Lo sé —sonrió—. Pero imagino que lo es.

Natalie observó después que su hija estaba abrazando una muñeca de trapo que Alex le había regalado la última vez que la visitó. ¿Se les estaban yendo las cosas de las manos? Hubo un tiempo en el que se habría sentido agobiada y aterrorizada ante la sola idea de que Annalise se encariñara con un hombre. Pero ahora que había estado con Alex y lo había visto de muchas maneras, sus temores de que para ella el matrimonio siempre se iba a convertir en algo horrible se habían esfumado.

—Mamá, ¿crees que te casarás con lord St. John?

Su suave voz de niña trajo calidez a su corazón y a su cuerpo.

Natalie le ofreció una mano.

—Annalise, ven aquí. —Tomó las manos de su pequeña entre las suyas y la miró a los ojos—. Tengo mucho cariño a lord St. John, y sé que tú también. Y parece que él también disfruta de nuestra compañía, pero un matrimonio es algo que no se haga a la ligera. Hay que pensarlo y…

Se quedó ensimismada sin saber cómo continuar.

Annalise le dio unas palmaditas en la cabeza como si ella fuera la mamá.

—Entiendo, mamá.

La niña se inclinó hacia ella, le besó la mejilla y salió corriendo de la habitación tan rápido que dejó a Natalie preguntándose qué acababa de suceder.

Era reconfortante que su hija de seis años lo comprendiera, porque ella no lo hacía en absoluto.

* * *

Alex había tomado una decisión. Esa misma noche le haría saber a Natalie que estaba listo para seguir adelante. Sacudió la cabeza y sonrió cuando se lo repitió en la mente. Oh, iba a proponerle matrimonio a una mujer que había pasado de gustarle a amarla, y parecía como si fuera a hablar con su administrador sobre una nueva empresa que iban a iniciar.

Se paseó por la habitación esperando su llegada recordando lo ocurrido en las últimas semanas desde que conoció. Natalie y él encajan en todos los sentidos. Era guapa, inteligente, amable y una madre maravillosa. Había soportado el antagonismo y las críticas de Mildred en la boda con mucha gracia y encanto. Su madre la quería, lo cual era importante, aunque tenía la sensación de que le iba a gustar cualquier mujer que le presentara.

Le había dicho a Natalie que los invitados comenzarían a llegar alrededor de las siete y que enviaría su carruaje a buscarla. En realidad, no esperaba a nadie hasta las ocho. Quería tener tiempo para pedirle matrimonio de manera adecuada, de rodillas. A pesar de que estaba un poco de nervioso, se negaba a tomarse un brandy hasta que no le pusiera el anillo en el dedo.

Pensando en eso, se revisó el bolsillo. Natalie le había devuelto el anillo que le había dado para fingir que estaban comprometidos y, aunque era el de su propia abuela, quería que Natalie tuviera uno nuevo. Una joya que realmente le quedara bien. En cuanto lo vio en la joyería supo que el anillo de diamantes, con perlas rodeando la piedra principal, era justo el indicado para ella. Por eso había guardado el anillo de su abuela. Tal vez algún día se lo podría entregar a su hijo para que se lo regalara a su prometida.

Vaya, la verdad es que se estaba adelantando bastante.

Quince minutos más tarde, estaba sentado en su estudio revisando unos papeles que no tenían ningún sentido porque no

podía concentrarse. Levantó la cabeza al oír el sonido de la puerta principal, y después a Mitchell saludando a Natalie.

Se alisó el pelo, tiró de los puños de la camisa y salió de la habitación. Natalie estaba de pie en el vestíbulo, con los ojos brillantes y una sonrisa cálida y cariñosa.

Llevaba un vestido azul oscuro con bordados de plata. El corpiño era lo suficientemente bajo como para provocar interés, pero no tanto como para ser inapropiado. Sin embargo, por mucho que disfrutaba de ver su piel cremosa, no le gustaba que los otros hombres que vendrían a la cena pudieran ver lo mismo.

Se acercó a ella y tomó su mano entre las suyas. Se inclinó, besó el dorso de su mano y enseguida la atrajo hacia él para darle un ligero beso en los labios, ignorando el carraspeo de Mitchell.

El pobre hombre tendría que acostumbrarse.

Volvió a tomar su mano y entrelazaron los dedos.

—Ven, cariño, podemos ir a la biblioteca hasta que lleguen los demás.

Una vez que ella se instaló en una cómoda silla frente a la chimenea, él se aclaró la garganta un par de veces y respiró hondo. Avanzó unos pasos hacia adelante, y después hacia atrás.

– ¿Va mal algo, Alex?

Él negó con la cabeza y sacó el anillo de su bolsillo. Después tomó su mano y se arrodilló frente a ella.

Natalie suspiró.

—Oh, cariño.

—No. La respuesta es sí, cariño, — respondió él, que la miró a los ojos y le dijo—: Señora Natalie Shaw, ¿me haría usted el gran honor de hacerme el más feliz de los hombres aceptando mi mano en matrimonio?

Natalie lo miraba fijamente con los labios entreabiertos por la sorpresa, pero no decía nada.

St. John se lamió los labios resecos.

—Habla, cariño, por favor.

Ella asintió con una sonrisa.

—Yo, mmm, yo... Sí, Alex. Claro que me voy a casar contigo.

El hombre dejó escapar un profundo suspiro mientras deslizaba el anillo en su dedo, luego la tiró al suelo hasta que ella acabó sentada sobre él con el vestido desparramado sobre su regazo.

Natalie soltó una risita.

—Alex, tus invitados llegarán en cualquier momento.

—No. Pedí a propósito que vinieras una hora antes porque quería darme tiempo suficiente para discutir contigo.

—¿Para discutir?

Le acarició la barbilla.

—Sí, cariño. En caso de que me dijeras que no.

En ese momento, Mitchell entró en la biblioteca y Natalie intentó levantarse del regazo de Alex.

—Está bien, cariño. Simplemente trae el champán que tenía enfriando en la cocina.

Se levantó de un salto y la ayudó a ponerse en pie.

—¿Champán? Parece que estabas bastante seguro de ti mismo —dijo ella con los ojos resplandecientes de alegría.

—Ah, pero no es que estuviera tan seguro. Simplemente soy optimista.

Mitchell les sirvió a ambos una copa de champán y luego colocó la botella en un cubo con hielo que puso sobre una mesa que había cerca de la puerta. Después, les hizo una reverencia.

—Mi lord, señora Shaw, permítanme que los felicite.

Alex sonrió al mayordomo.

—¿Y cómo sabes que nos tienes que felicitar?

—Porque la señora Shaw es una mujer muy inteligente, y sabía que no lo iba rechazar. —Hizo una pausa un instante y les ofreció una leve sonrisa—. Es que tuve que quedarme escuchando en la puerta para saber cuándo traer el champán.

—Gracias, Mitchell —dijo Natalie.

Entonces se dio cuenta de que viviría en esta maravillosa casa con personal de servicio que haría muchas cosas por ella. También había sirvientes en la casa de los Sterling, por supuesto, pero siempre sentía que no estaban allí para atenderla a ella.

Una vez que brindaron y tomaron unos tragos de champán, Natalie dijo:

—Casualmente, Annalise me preguntó esta noche antes de irme si me casaría contigo para que pudieras ser su papá.

Alex tomó la mano de Natalie, la llevó al sofá y ambos se sentaron.

—Eso es una ventaja para mí, ya sabes, cariño. Tengo la posibilidad de ser el esposo de una mujer maravillosa y el papá de una increíble niña de seis años.

Notó que Natalie tenía lágrimas en los ojos y se prometió a sí mismo que él nunca se las iba provocar, y que con todo gusto estrangularía a cualquiera que se atreviera a hacerla llorar. Debía cuidarla y protegerla el resto de sus vidas.

La observó durante un minuto por encima del borde de su copa de champán.

—Preferiría que nos casemos pronto, pero si quieres una gran fiesta, que llevaría tiempo organizar, también lo aceptaría.

Natalie negó con la cabeza.

—No. No quiero el tipo de boda que tuvo lady Vivian. Fue muy bonita y ella pareció disfrutar mucho, pero yo soy una mujer mayor, y tengo una hija. Cuanto más pequeño sea el asunto...

—Y cuanto antes. —Le dijo sonriendo

Ella se echó a reír.

—Sí. Ahora que nos hemos comprometido, no veo ninguna razón para posponer la boda.

—Y es un alivio para mí. No tener que hacer esos trayectos en carruaje de vuelta a casa sin haber terminado lo que habíamos iniciado. Ha sido vergonzoso enfrentarme a mi mayordomo, aunque supusiera que iba a ignorar mi situación cuando llegaba a casa.

Natalie se sonrojó, tenía tanto calor en la cara que sentía que iba a explotar. Las relaciones íntimas con Milton nunca habían sido buenas, ni siquiera al principio de su matrimonio. Era brusco, no le importaba si le hacía daño, y se daba la vuelta después de terminar, dejándola siempre con la sensación de que le faltaba algo.

A pesar de que ella y Alex nunca habían completado el acto sexual, por más cerca que llegaban en sus paseos en el carruaje, de alguna manera sabía que nunca la dejaría con las ganas. Tal vez tendría la suerte de tener un matrimonio como el de Rayne o su otra hermana, Mary Beth.

Hicieron varios brindis más en su honor, y continuaron celebrándolo hasta terminar la botella de champán. Simplemente hablaron de cosas que significaban mucho para ellos mientras planeaban su vida juntos. Nunca había sido tan feliz.

Habían olvidado por completo la hora, hasta que Mitchell apareció en la puerta, con una leve sonrisa en su serio rostro.

—Mi señor, los invitados están empezando a llegar.

—Bien, Mitchell, haga que vayan al salón. La señora Shaw y yo iremos en un rato.

Natalie miró de un lado a otro entre Mitchell y Alex.

—No debemos hacerlos esperar.

—Oh, sí, debemos. —Dijo atrayéndola hacia sus brazos—. Es hora de darnos otro beso de verdad, mi querida prometida.

Ella sonrió.

—Estoy de acuerdo.

Una vez que terminaron de besarse, Alex le dijo:

—Probablemente no debería haberlo hecho porque ahora lo único que quiero es levantarte en brazos y correr escaleras arriba hasta mi dormitorio, que pronto será el nuestro. —Continuó acariciando su cuerpo y no se detuvo hasta que ambos estuvieron jadeando y mirándose a los ojos—. Maldita sea esta cena.

Natalie se echó hacia atrás y soltó una carcajada.

—¿Cuándo vas a tener la licencia especial?

—Ah, mujer, veo que ya estás ansiosa. —Le sonrió y le colocó un rizo suelto por detrás de la oreja—. Ya la he pedido.

Ella le sonrió.

—¿Ah, sí? Diría que estabas muy seguro de ti mismo, lord St. John.

—En efecto, lo estaba, señora Shaw. —Después de otro beso que los dejó a ambos sin aliento, él le tomó la mano entrelazando

los dedos—. Vamos a ver a nuestros invitados, mi amor, y les contamos la maravillosa noticias.

* * *

—¿Cuánto tiempo tardarás en secuestrar a la niña? —Preguntó Mildred—. Ha pasado más de una semana.

—Lo estoy intentando. La seguí durante un par de días, pero es complicado. Sale por la mañana de la casa de Sterling para ir al colegio. Después, cuando sale del colegio por la tarde, va a la clínica.

—¿Y entonces?

Gerard vio cómo Mildred se comía otro trozo de pastel. De nuevo, se preguntó por qué se molestaba con esa muchacha. Su padre estaba a punto de repudiarla. La única salvación para ellos era secuestrar a la niña y ofrecérsela a St. John a cambio de casarse con Mildred.

Ya le había echado el ojo a una criada en la casa donde trabajaba como mozo de cuadra. Su plan era que solicitara un trabajo en la casa en la que Mildred convenciera a St. John para que la dejara esconderse hasta que naciera el bebé.

Dos mujeres.

Una con el dinero para darle la vida que se merecía, y la otra para calentar su cama de manera interesante. Todo lo que tenía que hacer era arrebatar a la niña de las manos de su madre.

Hubo momentos en los que se preguntaba si realmente le valía la pena. Era guapo, fuerte, alto, y podía encontrar a otra mujer, mayor y rica, por supuesto, que quisiera que alguien le prestara atención, la tuviera feliz en la cama y la hiciera sentir como si volviera a ser joven.

—Tienes que hacerlo pronto, Gerard. Mi padre me está amenazando con todo tipo de cosas. Si no me echa a la calle, me enviará a la casa de unos parientes en Estados Unidos. Lo último que quiero hacer es vivir entre bárbaros. Debes salvarme. ¡Todo esto es por tu culpa! Me dijiste que no tenía que preocuparme por quedarme embarazada porque sabías qué hacer.

—¡Silencio! —Dijo pellizcándose el entrecejo.

Estaba tan cansado de escuchar a esa muchacha. Si su plan no funcionaba, él mismo podría escaparse a Estados Unidos.

—Lo haré muy pronto. La he estado siguiendo y conozco su horario. En poco tiempo me la llevaré.

Tenía que terminar con esto antes de empezar a perder la cabeza.

¿Por qué diablos tenía una relación con esa mujer?

Capítulo 14

—Ya que eres el único miembro masculino de la familia para Natalie, me gustaría pedirte una cita para establecer los acuerdos matrimoniales.

Alex estaba sentado frente a Sterling en el club donde muchos de los caballeros de Bath se reunían por la tarde.

—Ah, entonces es oficial, ¿verdad? —Dijo Sterling sonriendo.

—Sí lo es. Le propuse matrimonio anoche. Y me dijo que aceptaba.

Todavía no se podía creer que se iba a casar con Natalie. Cuando pensaba en cómo se conocieron y cómo se sintieron tan rápidamente atraídos el uno por el otro, le parecía casi surrealista. Después, su atracción se convirtió en un cariño que todavía le costaba entender. Sobre todo teniendo en cuenta que Natalie al conocerlo le dijo que no tenía ninguna intención de volver a tener marido.

—Felicidades —dijo Sterling—. Te vas a casar con una muy buena mujer. He tenido tiempo de conocerla desde que vive con nosotros, y estoy seguro de que has hecho una excelente elección.

Alex hizo señas a un sirviente y pidió un brandy.

—Y me convertiré en padre tan pronto como prometamos nuestros votos. Annalise es una niña muy dulce.

Sterling bebió un sorbo de su café.

—Así es. Cuando llegó por primera vez con su madre, tenía cuatro años y estaba muy triste. Tenía miedo de su propia sombra. No habló conmigo hasta que llevaban con nosotros por lo menos un mes completo. Y después siempre me miraba como si fuera a regañarla.

Alex se reclinó en su silla y agitó el brandy en su copa.

—Natalie me ha contado muy poco de su matrimonio. De hecho, lo más que sé es lo que me dijiste que te contó Rayne. Que un hombre intimide a una mujer y a una niña pequeña me revuelve el estómago.

Sterling asintió.

—Lo entiendo. Se supone que un hombre debe proteger a su mujer y a sus hijos, no someterlos a golpes ni intimidarlos.

Otros dos hombres conocidos por Sterling y Alex pasaron junto a ellos y les saludaron. Después de que se fueron, Sterling preguntó:

—¿Cuándo quieres que hagamos los acuerdos matrimoniales?

Alex bebió un sorbo de brandy.

—Tan pronto como sea posible. Tanto Natalie como yo hemos acordado tener una boda rápida—. Levantó la vista y sonrió—. No me preguntes por qué.

Sterling se incorporó y miró a Alex.

—Creo que te lo advertí antes de que te fueras a la boda de tu prima. No te voy a preguntar más porque estoy seguro de que terminaríamos a puñetazos.

Alex le hizo un gesto con la mano desdeñando lo que insinuaba.

—No, todavía no. Pero estamos a punto.

Sterling bebió un sorbo de su café que ya se estaba enfriando.

—Si tus finanzas están en orden, podemos hacerlo cuando quieres. ¿Supongo que vas a solicitar una licencia especial?

—Ya lo he hecho. Pensé que si lo hacía, era un buen augurio tener una respuesta positiva de Natalie. Respondiendo a tu pregunta, sí, mis finanzas están en orden y llevaré a mi administrador y abogado a la reunión.

—¿Quedamos mañana a eso de las dos de la tarde? —Preguntó Sterling.

—Está bien.

Pasaron alrededor de una hora compartiendo sus pensamientos sobre el matrimonio en general, lo feliz que era Sterling estando casado, y la boda que Alex estaba a punto de celebrar. Sterling le contó algunas historias sobre Annalise que hicieron reír a Alex. Sí, ser de golpe el padre de una niña tan encantadora era bastante interesante.

Con la idea de que todo estaba bien, Alex dejó el club y se dirigió a casa. Después envió una nota a su abogado y administrador para que se reuniera con él en la casa de los Sterling la tarde siguiente. Pensaba pasar una velada tranquila, pediría que le trajeran una bandeja con la cena a su biblioteca, después leería un buen libro y se tomaría otro brandy antes de retirarse.

Ya le había dicho a su personal que pronto tendrían una señora en la casa, así como a una niña pequeña. La cocinera estaba especialmente emocionada de que tuviera una hija para prepararle galletas y otras golosinas. Todos estaban muy felices por él y, si hubiera sido pesimista, estaría preocupado de que la fortuna le diera la espalda, creando un caos con sus planes, pero su eterno optimismo le decía que todo iba a ir bien.

* * *

—Hoy voy a secuestrar a la niña —dijo Gerard mientras se acomodaba en una cómoda silla del salón de Mildred.

—Shh. —Ella se levantó de un salto de su asiento y se apresuró a cerrar la puerta—. Nunca se sabe quién pueda para escuchar nuestras conversaciones.

—Tonterías. Vi a tu padre salir de la casa hace más de una hora. Y me has dicho muchas veces que tu madre pasa la mayor parte del tiempo en su dormitorio.

—Las paredes tienen oídos —dijo ella—. Y también hay muchas personas del servicio.

Gerard hizo un gesto con la mano en señal de desdén.

—Mi plan es secuestrar a la niña cuando salga del carruaje que la lleva de ida y vuelta al colegio. La he observado durante días y sé exactamente cuál es su rutina. El carruaje siempre la deja al pie de la escalinata y después se va. Es un barrio muy tranquilo y no hay nadie por los alrededores en ese momento. He conocido a la niña, así que no tengo ninguna duda de que hablará conmigo. Voy a llevar un paño con una dosis de cloroformo para dormirla. Después la tomaré en brazos y haré señas para que pare un carruaje de pago.

Mildred movió la cabeza de un lado a otro.

—No. No. No es una buena idea. —Se puso de pie y empezó a caminar por la habitación—. A pesar de ser un barrio tranquilo, alguien podría verte. Y alquilar un carruaje es una tontería porque habría un testigo.

—Siéntate, Mildred. —Había pasado días elaborando el plan, y esa estúpida se levantaba para decirle diciéndole que no iba a funcionar—. En primer lugar, he estado observando el vecindario. Sí, puede que salga alguien, pero tardaré menos de un minuto. Al conductor no le importará nada si le digo que soy su padre, y que la niña está enferma. De todos modos, dudo que le importe. Llevaré a la niña al piso que tengo alquilado y créeme cuando te digo que nadie se dará cuenta de lo que hago allí, ni les importaría si lo hicieran. Cada cual tiene sus propios problemas.

Mildred lo observó durante un minuto.

—Si estás tan seguro de todo...

—Estoy muy seguro. Debo moverme rápido o no podremos llevar a cabo nuestro plan.

—Y que termine mi vida tal y como la conozco. Mi padre sigue insistiendo constantemente que encuentre la manera de hacer que St. John cambie de opinión. Lo que no entiendo es por qué insiste tanto en ese hombre, ya que estoy segura de que las diez mil libras que le ofreció se las podría llevar cualquier otro hombre que estuviera sin blanca.

Ambos se sentaron en silencio durante un momento. Entonces Gerard se dio una palmada en los muslos y se puso de pie.

—Escribe la nota a St. John. Me la llevaré para que en cuanto tenga a la niña, encargue a alguno de los pilluelos que merodean por mi piso para que la entregue.

—¿Qué quieres que diga?

De nuevo, los músculos de su estómago se tensaron de frustración.

—Creía que lo teníamos todo hablado, Mildred. Le dices que tenemos a la niña y que la podría recuperar la misma mañana en que se case contigo. Dile que consiga una licencia especial y que

envíe un mensaje en el momento en que la tenga. Después tendrá que hacer que algún vicario lo case contigo.

Ella le hizo un gesto con el dedo.

—Tiene que funcionar, o me quedaré en la calle, y tendrás que trabajar para ganarte la vida.

El hombre apretó los dientes.

—Escribe ya la carta. Te espero.

Mientras esperaba la nota se puso a dar vueltas por la habitación. Si mudarse a alguna de las propiedades de St. John donde enviaría a vivir a Mildred le significara tener una vida más fácil, entonces lo haría. Pero tan pronto como se establecieran, comenzaría a buscar otra forma de mantenerse que no implicara tener que trabajar. O estar con Mildred. No tenía ninguna duda de que con su aspecto y su encanto podría encontrar a otra mujer. Obviamente, si hacía a menudo viajes a Londres le podría ir bastante bien.

—Aquí está.

Mildred regresó a la habitación agitando el pergamino para secar la tinta.

Se la quitó de la mano.

Lord St. John. Tengo en mi poder a la hija de la señora Natalie Shaw. No será maltratada, sino que le será devuelta después de celebrar nuestra boda. Te sugiero que te des prisa. Lo mejor es que consigas una licencia especial y me envíes un mensaje cuando la tengas en tu poder. Preferiría que hiciéramos una pequeña ceremonia en tu casa. Tienes que traer tú al vicario. Si llevas a la policía, no volverás a ver a la niña.

Espero tu respuesta.

Señorita Mildred Walsh

Gerard asintió.

—Esto servirá. Te enviaré una nota cuando tenga a la niña.

Enseguida se metió la nota en el bolsillo.

—Pero, Gerard. —Movió las caderas y se puso a retorcerse un mechón de cabello—. ¿Tienes que irte tan rápido?

Por el amor, ¿cómo iba a soportarla hasta que todo terminara y encontrara a una nueva muchacha?

—Me temo que tengo que darme prisa, cariño. La niña saldrá del colegio en poco más de una hora y tengo que prepararlo todo.

Se dio la vuelta para irse, pero ella tiró de su brazo.

—Espera, ¿cómo sabré dónde enviarte el mensaje cuando tenga noticias de St. John

Gerard se pellizcó la piel del puente de la nariz.

—Cuando te envíe la nota informándote de que tengo a la niña, incluiré mi dirección.

Con esas palabras de despedida, finalmente pudo escapar de ella. Bajó corriendo las escaleras y se metió la nota en el bolsillo. Este era el primer paso para conseguir la vida que quería. Y merecía.

* * *

Natalie cortó el extremo del hilo de sutura con el que cerró la herida en la frente del señor Belkins. Se había hecho la herida por culpa de un golpe en la cabeza contra la esquina de una mesa de su casa. Al pobre hombre le quedaba muy poca vista, por lo que no era de extrañar que se tropezara en su casa.

—Ya está, señor. Todo cosido.

—Gracias, señora. Me hubiera gustado que la doctora tuviera un poco de whisky por aquí. Habría hecho que la sutura hubiera sido un poco más fácil.

Natalie sonrió al anciano.

—Lo siento, señor Belkins, pero la doctora Stevens insiste en que no haya nada de alcohol en la clínica.

El hombre se bajó de la mesa donde Natalie lo había cosido.

—Ahora, señor Belkins. Debe tratar de descansar y esperar hasta que su hija regrese a casa de su trabajo, en lugar de tratar de hacer las cosas usted mismo.

—No sé cómo voy a hacerlo con todo el trabajo que hay por hacer.

La señora Belkins había pasado a mejor vida más de un año antes, y la señorita Sadie Belkins se había hecho cargo del cuidado de su padre, pero tenía que trabajar para mantenerlos.

Natalie escuchó muchas historias de este tipo de sus pacientes. Aunque Rayne tenía varios pacientes de la clase alta que, según ella, siempre decían que pagaban las facturas, la mayor parte de sus pacientes eran de clase trabajadora y clase baja. Pagaban muy poco, y Natalie sabía que lo que pagaban era un sacrificio para ellos.

La mayoría de las veces, las madres con niños pequeños se iban con una cesta con alimentos que preparaba la cocinera.

Ayudó al señor Belkins a salir por la puerta, pero el hombre se negó a que llamara a un carruaje de pago por él. Incluso le dijo que formaba parte del tratamiento, pero Belkins se rió y se despidió levantando su bastón.

No le llevó mucho tiempo limpiar la zona de cirugía. Miró el reloj, pensando que Rayne debería volver tras hacer sus visitas a las futuras madres, y a un par de pacientes a los que veía regularmente que no podían acudir a la consulta.

Se estiró y se dirigió a la cocina, donde suponía que Annalise estaría disfrutando de su merienda después de haber estado en el colegio. La cocinera estaba ocupada limpiando la cocina de los trabajos del día.

La cocinera estaba empleada a tiempo parcial, y solo preparaba el desayuno y el almuerzo para Natalie, Rayne y los pocos sirvientes que trabajaban en la clínica a tiempo parcial. Por mucho que Rayne se hubiera peleado con Sterling sobre quién pagaría esos salarios, él había ganado y se había hecho cargo de ese gasto. En un momento dado, le dijo a Natalie que, como él llevaba la contabilidad de Rayne, sabía que no había forma de que pudiera pagarles a todos, además de los suministros médicos y la comida.

También pagaba el salario de Natalie, y ella lo descubrió por error. A pesar de lo incómoda que se sentía, se dio cuenta de que Sterling solo intentaba quitarle tensiones a su esposa para que pudiera concentrarse en la parte sanitaria de su oficio. Era verdaderamente un esposo muy atento.

Natalie miró alrededor de la cocina.

—¿Dónde está Annalise?

La cocinera levantó la vista de la mesa de madera que usaba para preparar la comida que estaba limpiando.

—Oh, señora. No me había dado cuenta de lo tarde que era. Todavía no ha llegado.

Natalie sintió un retortijón en el estómago. Era media hora más tarde de la hora en que solía llegar. Sterling había dispuesto que su carruaje la llevara al colegio por la mañana, la recogiera cuando saliera de clases y, después, la dejara en la clínica.

—Es bastante extraño porque si el chófer de Sterling no hubiera visto a Annalise al salir del colegio, estoy segura de que la habría buscado.

La cocinera levantó la vista con el ceño fruncido.

—Estoy segura de que todo está bien, señora Shaw.

Natalie no estaba tan segura. Se podría llamar la intuición de una madre, pero tenía una sensación extraña en el estómago. Incluso si había mucho tráfico, el carruaje no tardaría más de veinte minutos en llegar del colegio a la clínica. Miró su reloj. Habían pasado cuarenta y cinco minutos desde la hora en que terminaban las clases.

Respiró hondo y se calmó con la idea de que el carruaje no pudo recogerla por alguna razón, una rueda rota o algo así, y Annalise había decidido volver a pie. Convencida de que eso era lo que había sucedido, salió volando de la clínica y se fue caminando hacia el colegio de su hija.

Iba pensando en lo que le diría a su hija cuando se la encontrara. Ir a pie a casa desde el colegio no era algo aceptable. Si el carruaje no aparecía por alguna razón, debía pedir a su profesor que llamara a un carruaje de pago que pagaría cuando llegara.

Cada vez más asustada por no haberse encontrado con su hija en el camino, se apresuró a subir los escalones daban a la puerta del colegio. Afortunadamente, la puerta no estaba cerrada con llave, así que entró y accedió a la oficina del profesor.

El señor Thatcher se puso de pie cuando entró en el despacho.

—Buenas tardes, señora Shaw. ¿En qué puedo ayudarla?

Entre el pánico que sentía y la caminata a toda prisa hasta el colegio, le costaba recuperar el aliento.

—Señor Thatcher, ¿Annalise sigue aquí en el colegio?

El profesor frunció el ceño.

—No. Se marchó con los demás niños a la hora habitual.

Capítulo 15

Natalie ni siquiera se molestó en volver a la clínica, pero consiguió un carruaje de pago y dio al conductor la dirección de Alex.

Dio unos golpecitos con el pie y respiró hondo intentando calmarse, pero eso simplemente hizo que se mareara y temió terminar desmayada antes de llegar a la casa de Alex.

Como no llevaba dinero, le dijo al conductor que esperara y subió corriendo las escaleras de la casa de Alex. Mitchell abrió la puerta.

—Señora Shaw, es un placer verla. —Se detuvo y la observó más de cerca—. ¿Hay algo que vaya mal?

Estaba luchando contra las lágrimas pues se podía desmoronar por completo, cuando tenía que ser fuerte por su hija.

—Sí, Mitchell. Tengo un problema. ¿Está su señoría en casa?

Oh, ni siquiera había considerado el hecho de que pudiera no estar en la casa. Por supuesto, después se iría a la casa de los Sterling, pero tenía la necesidad de que Alex la abrazara, que le dijera que todo iba a ir bien.

—Sí, señora Shaw. Le diré que está aquí.

—Gracias. —Cuando ya se iba de pronto recordó—: Oh, por favor, ¿puede pagar al conductor del carruaje que me ha traído?

—¡Natalie! —Alex bajó apresuradamente las escaleras, obviamente después de haber oído su voz—. ¿Qué pasa?

—Annalise.

Simplemente dijo su nombre y se largó a llorar.

Alex la abrazó y la llevó a su biblioteca. Ella estuvo un rato sollozando pegada contra su pecho y después se apartó. Necesitaba ser fuerte para encontrar a su hija. Cogió el pañuelo que Alex le había entregado, y se secó las mejillas y la nariz.

Mientras tanto, Alex se acercó al aparador y sirvió una copa de jerez para ella y otra de brandy para él. Le pasó la copa y ella se la bebió un trago.

—Y ahora dime, ¿qué le pasa a Annalise?

Retorció el pañuelo y respiró hondo.

—Ha desaparecido.

Su rostro se puso pálido como la nieve.

—Dime lo que sabes.

Sintiendo que recuperaba un poco el control de sí misma, dijo:

—No llegó a la clínica a su hora habitual esta tarde. Sterling tiene dispuesto que su carruaje la lleve al colegio todas las mañanas y, cuando el conductor la recoge por la tarde, la lleva a la clínica donde se queda conmigo hasta que me voy, y volvemos juntas a casa.

Alex tomó sus manos heladas entre las suyas. El calor de sus grandes manos sobre las de ella le proporcionó una gran sensación de seguridad.

—Fui caminando hasta el colegio y no la vi por el camino. Cuando llegué me encontré con el profesor y me dijo que Annalise se había ido con los otros niños a la hora normal.

—Bébete el jerez —dijo.

Después le quitó el vaso de la mano, lo volvió a llenar y se lo devolvió. En lugar de sentarse a su lado, caminaba de un lado a otro.

—Conozco a un antiguo agente de Bow Street que que puede ayudarnos. Le enviaré una nota. Mientras tanto, sugiero que vayamos los dos a la casa de Sterling, ya que existe la remota posibilidad de que haya ido allí en lugar de a la clínica.

Natalie sintió una gran sensación de alivio.

—¡Sí, por supuesto! Estaba tan angustiada que no pensé en la posibilidad de que decidiera volverse directamente a casa.

—Dame un minuto mientras Mitchell llama al carruaje.

Su emoción se desvaneció al pensar en que Annalise pudiera haberse ido a casa en lugar de a la clínica. Era poco probable que el conductor de Sterling, Rory, permitiera que una niña de seis años le dijera dónde quería que la dejaran. Volvió a sentir un intenso pánico.

—Vamos, cariño, el carruaje está listo. —Alex entró en la habitación y la atrajo hacia sus brazos—. La encontraremos, te lo prometo.

* * *

Alex tenía un mal presentimiento al respecto. No quería angustiar más a Natalie, pero si un carruaje recogía todos los días a la niña y la dejaba en la clínica, era poco probable que a la niña le sucediera algo malo . Entonces, ¿dónde estaba?

Enseguida se subieron al carruaje para ir a la casa de Sterling. A pesar de que le había sugerido a Natalie que la niña probablemente se había ido allí en lugar de a la clínica, en realidad no lo creía. Quería ver a Sterling para poder interrogar a su conductor, y porque dos cabezas piensan más que una, y como Natalie estaba descompuesta, con toda razón, no podía pensar con claridad. Le ayudaría mucho tener a su hermana a su lado.

Era un trayecto muy tranquilo aunque estaban muy tensos. Alex se sentó junto a Natalie. Sin más palabras que decir que no fueran lugares comunes, simplemente le pasó un brazo por los hombros y la acercó a su cuerpo. Ella apoyó la cabeza en su hombro y suspiró.

Una vez que llegaron, saltó rápidamente del carruaje y ayudó a Natalie a salir. Subieron las escaleras de piedra por las que se accedía la casa y, antes de que Natalie pudiera alcanzar el pomo de la puerta, Jasper la abrió.

—Buenas tardes, señora Shaw, mi lord.

—¿Está Sterling en casa? —Preguntó Alex.

—¿Y mi hermana? —Agregó Natalie.

—Sí, a las dos preguntas. Lord y lady Sterling están en el salón.

Enseguida les indicó que entraran.

Cuando llegaron al salón, Natalie corrió inmediatamente hacia su hermana y se lanzó a sus brazos.

—Por favor, dime que Annalise está aquí.

Rayne la observó completamente perpleja, y lanzó una mirada a Sterling, que se encogió de hombros.

—No, no lo creo, pero voy a llamar a la niñera a ver si está con ella.

Alex negó con la cabeza a Sterling cuando abrió la boca para hablar. Prefería no hablar del asunto delante de Natalie. Estaba seguro de que la reacción de Sterling podía incrementar la angustia de Natalie.

Una vez que Rayne salió de la habitación, con Natalie detrás, Sterling dijo:

—¿Qué está pasando, St. John?

Alex se pasó los dedos por el pelo.

—Annalise está desaparecida. No ha llegado a la clínica esta tarde.

Sterling negó con la cabeza.

—Eso es imposible. Le he pedido a Rory que la recoja todos los días y la lleve a la clínica. Si hubiera ocurrido algo extraño, me lo habría dicho.

—Sí, lo sé, pero por alguna razón nunca llegó.

Sterling tiró de la campanilla. Cuando la criada respondió a su llamada, le dijo: —Diga a Rory que venga.

La criada salió justo cuando Natalie y Rayne llegaban de vuelta al salón. Natalie negaba con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas.

– No, no está.

Alex la abrazó. Estaba temblando, y a él le angustiaba que estuviera pasando por esto.

—Enviaré de inmediato una nota a un antiguo agente de Bow Street.

—Nick Smith —dijo Rayne—. Conoce todo el submundo de Londres y de Bath. Es el más indicado para pedirla ayuda en un asunto como este. Ya ha ayudado a otras mujeres de nuestro círculo de amigas.

Natalie respiraba entrecortadamente con los ojos muy abiertos.

—¿Crees que hay algo oscuro detrás de esto? —Se apartó de Alex—. Alguien podría haberla secuestrado para algo terrible. ¡Oh, Alex, tenemos que recuperarla!

Alex, Rayne y Sterling intercambiaron miradas alarmados. Alex recordó haber escuchado la historia de cómo una de sus amigas

había sido secuestrada y vendida a un burdel. Nick Smith y Marcus Mallory la rescataron, pero al parecer en la residencia donde residía, otras muchas jóvenes habían sido secuestradas. Annalise solo tenía seis años. Ciertamente, algo así no le iba a pasar a ella.

Alex le habló en susurros intentando que Natalie se calmara, pero no sabía qué le habría pasado a la niña. Pensó en muchas otras posibilidades, pero se negó a indagar en ellas.

Rory entró corriendo en la habitación.

—Mi lord, ¿es cierto que la señorita Annalise ha desaparecido?

—Sí —dijo Sterling—. Cuéntame que pasó cuándo la recogiste hoy.

El hombre retorcía el sombrero que llevaba entre las manos.

—No ha habido nada extraño hoy, mi lord. Recogí a la señorita Annalise como de costumbre, la dejé en la clínica y regresé a casa.

Natalie se dejó caer en el sofá apretándose los ojos con las manos.

—¿Dónde está? ¡Por favor, dime dónde está!

—Puedes volver a tu trabajo, Rory —dijo Sterling.

Antes de que nadie pudiera hablar, Jasper entró en la habitación.

—Mi lord, ha venido uno de los sirvientes de lord St. John y desea hablar con su señoría.

Alex se levantó del asiento donde estaba sentado junto a Natalie.

—Haz que pase.

Donald, uno de sus empleados nuevos, entró silenciosamente en la habitación. Observó a todo el mundo, y se quedó mirando a Alex. Se pasó el dedo por el interior del cuello.

—¿Qué pasa, Donald? —Preguntó Alex.

Le entregó un pergamino.

—Mi lord, esta nota acaba de llegar para usted. Mitchell pensó que debía de ser importante, así que me pidió que se la trajera hasta aquí.

Alex asintió y tomó el mensaje que le entregó. Lo abrió y, después de leer la primera línea, levantó a Natalie del sofá e hizo que se pusiera a su lado para terminar de leer la nota.

Los dos la leyeron a la vez, y Natalie suspiró y se llevó una mano a la boca. Después se volvió hacia Rayne.

—La señorita Walsh, la antigua prometida de Alex, tiene a Annalise.

—¿Qué? —Dijeron Rayne y Sterling al mismo tiempo.

Sterling cogió la nota que colgaba de las manos de Natalie. Rayne y él la leyeron rápidamente, y ella la volvió a colocar en las manos temblorosas de Natalie.

Alex se pasó los dedos por el pelo.

—No tenía idea de que pudiera llegar tan lejos. Secuestrar a Annalise y entregársela a Natalie una vez que la señorita Walsh y yo nos hayamos casado está más allá de cualquier límite.

—Es indignante —dijo Rayne.

—E ilegal, podría añadir —dijo Sterling.

Después de una rato sin que nadie dijera nada, los labios de Alex se tensaron y miró a Rayne.

—¿Te encargarás de que Natalie descanse un poco?

Se dio la vuelta para irse, y Rayne preguntó

—¿A dónde vas?

—Ya leíste el mensaje. Voy a hacer los arreglos necesarios para recuperar a Annalise.

* * *

Natalie estaba atónita. Su hija había sido secuestrada y la única manera de recuperarla era renunciando al hombre que amaba y con el que pensaba dar ese peligroso paso hacia el matrimonio.

Se volvió hacia Rayne.

—Supongo que al final ha ganado la señorita Walsh.

Sterling ofreció a Natalie una copa de jerez.

—Ten fe en St. John, Natalie.

—No creo que haya nada que pueda hacer. Por supuesto, nunca pondría a Annalise en peligro, y la señorita Walsh lo ha dejado

claro. Nos devolverá a Annalise a cambio de un anillo de boda.

Se bebió el resto de su jerez.

—Si me disculpas, creo me voy a retirar a mi dormitorio.

Se metió en la cama y se sentó pensando en su hija, en Alex, y en la vida que había planeado. La vida que ya no iba a poder tener. Después de unos quince minutos de autocompasión, se dirigió al pasillo para ir al dormitorio de Annalise.

La habitación olía a su hija. Se metió en la cama de Annalise y abrazó la muñeca que tenía en la almohada para acurrucarse con ella todas las noches. Poco a poco, un montón de lágrimas fueron resbalando por su rostro. ¿Estaría su niña asustada? ¿La estarían alimentando? Maldijo a la señorita Walsh y sus terribles planes. ¿Cómo podría alguien llevarse a una niña inocente y tenerla como rehén para conseguir su objetivo?

Las copas de jerez le pasaron factura, y debió quedarse dormida porque de pronto escuchó que Rayne la llamaba, obviamente sin saber que no estaba en su dormitorio. Balanceó las piernas sobre el borde de la cama y se dirigió a la puerta.

—Estoy aquí, Rayne.

Rayne le entregó una nota sellada.

—La acaba de enviar St. John.

Natalie frunció el ceño y agarró la nota de la mano de su hermana, con mucho miedo de abrirla. Sabía que le ofrecería disculpas, y que iba a hacer cualquier cosa para mantener a Annalise a salvo. Sin duda, le iba a decir que ya tenía todo arreglado y que pronto recuperaría a su hija.

Respiró hondo, abrió la nota y la leyó.

* * *

Mildred se subió al carruaje de su familia y pidió al conductor que se dirigiera a la histórica casa de comidas de *Sally Lunn*. La miró como si quisiera recordarle que las señoritas no salen solas por la noche, pero ella puso fin a sus dudas recordándole que él trabajaba para su familia.

Gerard la estaría esperando allí, donde le daría toda la información para poder regresar a casa antes de que su madre, o su padre, supieran que había salido de la casa. Su padre habría salido a hacer lo que fuera que hacía todas las noches cuando dejaba sola a su madre.

Su madre estaba en su dormitorio, como de costumbre, después de haber pedido a la doncella que le trajera la medicina para los nervios que necesitaba para dormir. Mildred sabía que era láudano, y en una ocasión había hablado con su padre sobre el asunto. Estaba segura de que su madre era adicta, pero su padre se había encogido de hombros y le había pedido que no generara problemas.

Indicó al conductor que la esperara al otro lado de la calle, en Parade Grounds. Gerard estaba esperando adentro en una mesa en la parte trasera del restaurante y se puso de pie cuando ella llegó a su lado. Después Mildred pidió un té y un postre. Le hablaba inclinándose hacia adelante y bajando la voz a pesar de que no había reconocido a ninguno de los otros comensales que había a su alrededor.

La mayoría de las personas de su círculo de amigos salían a bailes, reuniones y conciertos. Cosas que ya no podía hacer hasta que se deshiciera del lío en el que estaba.

—Recibí un mensaje de St. John. Nuestra boda tendrá lugar en su casa mañana a las once de la mañana. —Dijo sonriendo mientras le daba la buena noticia.

Tan pronto como recibió la nota de St. John, envió inmediatamente otra a Gerard para que se reuniera con ella en *Sally Lunn*.

—Bueno y rápido. Así es como me gusta. Ya estoy cansado de escuchar a esa mocosa llorar y gritar llamando a su mamá.

Mildred miró a su alrededor como si la muchacha estuviera escondida detrás de la silla de Gerard.

—¿Dónde está ahora?

Gerard se encogió de hombros.

—La dejé en mi apartamento. La até a una silla y le dije que no se fuera porque si lo hacía alguien la iba a matar.

Mildred suspiró.

—Solo quiero que esto termine de una vez. No me atrevo a decírselo a mis padres porque insistirían en celebrar una gran boda, y la única manera de conseguir que St. John se case conmigo es mantener como rehén a la hija de su amada. —Se echó a reír—. No creo que mis padres estén contentos de ver mi boda en esas circunstancias. Una vez que les muestre el certificado de matrimonio, ya se quedarán contentos.

—Me pregunto si tu padre cumplirá y pagará las diez mil libras que le prometió a St. John a cambio de casarse contigo.

Mildred dio las gracias al camarero que le trajo el té y varios pasteles que le encantaban, aunque ahora sus vestidos le quedaban tan ajustados que tendría que hacerse otros nuevos cuando estuviera en el campo esperando el nacimiento del fastidio que llevaba en el vientre. Con suerte, en la casa habría alguna costurera decente.

—Es probable que mi padre se sienta tan aliviado de haberse librado de mi problema que se las dé.

Gerard se echó hacia atrás y sonrió.

—Y después tú le sacarás el dinero a tu marido y me lo darás a mí.

Cuanto más pensaba en su relación con Gerard, más consideraba que podría ser una buena idea deshacerse de él después de casarse. Parecía como si esperara que fuera a estar todo el tiempo pidiéndole dinero a St. John.

Una vez que el bebé naciera y fuera enviado adónde tuviera que ir, pensaba regresar a Bath para retomar su vida social. Habría muchos hombres interesados en una mujer joven y casada sin necesidad de preocuparse por tener que celebrar una boda a toda prisa. Si Alex le iba a exigir que le diera un heredero y un hijo de reemplazo, cumpliría con su deber y después seguiría su propio camino.

Sí, las cosas ciertamente se veían mejor, y según los planes que tenía para su vida, no le hacía falta tener a Gerard cerca.

Natalie esperaba cruzada de brazos la llegada de la señorita Walsh y Annalise en el salón de Alex. No se iba a relajar hasta tener a su hija sana y salva en sus brazos.

Con rostro sombrío, Alex daba vueltas con la licencia especial para él y la señorita Walsh en la mano. Un hombre vestido con una túnica de vicario listo para realizar la ceremonia esperaba pacientemente frente a la ventana con un libro de oraciones entre las manos.

Todo estaba listo y preparado para iniciar la ceremonia. Natalie miró el reloj de la esquina. Pasaban dos minutos después de las once. Sus oídos se agudizaron cuando oyó el sonido de un carruaje que se detenía frente a la casa.

Se negó a correr hacia la ventana a mirar boquiabierta a la mujer que bajaba del carruaje. Tenía los nervios tan tensos que sentía que estaba a punto de explotar. Sus ojos se llenaron de lágrimas al pensar en lo que su hija estaba teniendo que pasar. A los pocos minutos, Mitchell abrió la puerta, haciendo que el corazón de Natalie latiera con fuerza, y acompañó a la señorita Walsh al salón.

—¿Dónde está mi hija? —Preguntó Natalie, con la voz tan seca que apenas la reconoció.

La señorita Walsh resopló.

—Está a salvo. Tan pronto como termine la boda y tenga el certificado de matrimonio, haré que la traigan.

—¡No! —Dijo Natalie y se volvió hacia Alex—. No confío en ella. Quiero que Annalise también esté aquí en el salón.

Alex miró a la señorita Walsh.

—Si quieres que esto continúe, tienes que traer a Annalise.

Ella lo fulminó con la mirada, y gruñó al ver que para seguir con la ceremonia, Annalise tendría que estar presente.

—Muy bien. Haré que la traigan. Pero no se acercará a esa mujer —movió la cabeza en dirección a Natalie—, hasta que todo acabe.

St. John asintió. La señorita Walsh salió de la habitación y Natalie miró a Alex, que parecía tan nervioso como ella.

La puerta principal se abrió de nuevo y entró un hombre alto sujetando a Annalise de la mano. Natalie le echó un vistazo y se

echó a llorar. Dio un paso adelante, pero el hombre arrastró a Annalise detrás de su espalda y sacó una pequeña pistola.

—Después de la ceremonia, señora Shaw —dijo la señorita Walsh.

Aunque no podía ver a Annalise detrás del hombre, dijo:

—Sé valiente, querida hija. Todo esto terminará muy pronto.

Más valiente que su madre, Annalise dijo:

—Sí, mamá.

—Así que no has desaparecido —dijo Alex mientras se encontraba cara a cara con el hombre—. Creía que el padre de la señorita Walsh te había echado.

El hombre sonrió.

—Hay muchas cosas que no sabe, *mi lord*.

Natalie pudo ver cómo los músculos de la cara de Alex se tensaban y sus puños se apretaban a los costados. Pero avanzó hacia el centro de la habitación y dijo:

—Entonces prosigamos.

La señorita Walsh sonrió a Natalie mientras se levantaba para reunirse con Alex. Le entregó la licencia especial, abrió el libro de oraciones y el servicio continuó.

Annalise se había movido de detrás del hombre y ahora estaba a su lado, para ver los procedimientos. Natalie continuaba observando a su hija. No parecía haber sido maltratada. Sin embargo, se veía cansada y parecía que sus ojos estaban rojos como si hubiera estado llorando. Le rompió el corazón ver a su hija así junto a ese hombre extraño.

La tenía que hacer un montón de preguntas una vez que terminara toda esa pesadilla. Si el hombre le hubiera puesto un dedo encima de manera inapropiada, ella misma pensaba asesinarlo.

A medida que la ceremonia avanzaba, Natalie se permitió divagar. Una vez que Annalise estuviera en sus brazos, nunca más la iba a soltar. Tal vez era hora de que tuviera una institutriz en lugar de enviarla al colegio. Annalise había rogado y suplicado que le permitiera no tener que asistir la guardería con sus primos, y poder ir al colegio como hacían los demás niños. Ahora tenía miedo incluso de tuviera que pasearse sola por el jardín.

El sonido del libro de oraciones al cerrase hizo que prestara atención a las demás personas que había en el salón. Natalie dio un paso al frente.

—Quiero a mi hija ahora.

El hombre volvió a coger la mano de Annalise y miró a la señorita Walsh.

Pero ella se volvió hacia Alex.

—Ahora quiero que me des el certificado de matrimonio. Cuando lo tenga en mi mano, Gerard liberará a Annalise.

Alex asintió y se acercó al lugar donde estaban cumplimentando el documento. Lo tomó y se lo ofreció a la señorita Walsh.

—Aquí está.

Mildred cogió el documento, sonrió a Alex y le dijo a Gerard:

—Suelta a la mocosa.

El hombre se metió la pistola en el bolsillo y soltó a la niña. Annalise voló a través de la habitación para saltar a los brazos de Natalie. La abrazó tan fuerte que su hija se quejó.

—Mamá, me estás haciendo daño.

—Lo siento mucho, cariño. ¿Estás bien?

Annalise se pasó una mano por la cara y se apartó el pelo de la frente.

—Ahora sí —le dijo.

Natalie le puso la cara en el cuello y olió el maravilloso aroma que desprendía la niña.

—Basta ya —dijo la señorita Walsh, y miró a Alex sonriendo alegremente—. ¿No vas a besar a la novia?

—Por supuesto —dijo.

Se acercó a Natalie y la besó intensamente en los labios.

* * *

Natalie sabía tan bien que Alex nunca se iba a cansar de ella. Después acercó a Annalise y le dio un beso en la frente.

—Oh, ya veo cómo quieres que sea —dijo Mildred—. Tendrás a tu señora Shaw como amante, y yo también tendré a mi propio

amante. Creo será un matrimonio muy feliz.

Alex, que se estaba abrazando a Natalie y Annalise, y las tenía apoyadas contra su cuerpo, dijo:

—Uhm, solo tengo que dejarte claro un detalle, señorita Walsh.

—No —sonrió ella—. Ya soy *lady St. John.*

Alex y Natalie se miraron y sonrieron, después se volvieron a besar.

—Me temo que no, *señorita Walsh*. Verás, Natalie y yo nos casamos anoche.

Enseguida levantó su mano y le besó los nudillos justo donde estaba el anillo de oro.

Mildred se quedó boquiabierta de la manera más cómica.

—Eso no es posible. —Miró al hombre que se estaba quitando la túnica y las colocaba en una silla y lo señaló con una mano—. Este hombre acaba de celebrar una ceremonia de matrimonio. He visto la licencia especial y tengo el certificado de matrimonio. —Apuñaló el papel con el dedo índice—. Y nuestros nombres están inscritos en él.

—Me temo que no, señorita Walsh —dijo el oficial de policía Clarence Wayman mientras se estiraba—. Primero que nada, la licencia especial es falsa, al igual que el certificado de matrimonio. En segundo lugar, cualquier matrimonio que se hubiera celebrado hoy de cualquier manera sería inválido porque su señoría ya está casado. Tercero, yo no soy sacerdote. Y por último, por la autoridad que me confiere la Corona, os pongo a los dos bajo arresto por secuestro, poner en peligro a una niña y chantaje.

Tras decir eso, el policía sacó unas esposas de su bolsillo. Cuando Gerard intentó huir, Wayman hizo un gesto con la cabeza a Mitchell, que abrió la puerta para permitir que los otros dos oficiales de policía entraran en el salón.

Después de una gran cantidad de insultos, llantos, súplicas y culpabilizaciones mutuas, los dos fueron sacados de la casa bajo custodia policial.

Annalise se giró en los brazos de su madre y, con sus dos manitas, acarició las mejillas de Natalie.

—¿Significa eso que lord St. John es ahora mi papá?

Alex tomó a Annalise de los brazos de Natalie. Encajaba perfectamente con él.

—Sí, seré tu papá, eso es precisamente lo que significa.

—¿Y viviremos aquí?

—Sí, claro. También tengo algunas otras casas en el campo que creo que te van a gustar mucho.

—¿Tienen caballos?

—Sí, muchos.

—¿Puedo tener un poni para mí?

—Sí, puedes.

—¿Puedo tener un cachorro?

—Sí, también.

—¿Puedo ir al colegio en lugar de tener una institutriz?

—¡No! —Dijeron Alex y Natalie a la vez.

* * *

—Por supuesto que vamos a celebrar tu boda— dijo Rayne mientras abrazaba a Natalie. Se echó hacia atrás y la miró a los ojos—. ¿Crees que te íbamos a dejar que te libraras de todos estos buenos deseos?

Sin que ella ni Alex lo supieran, Rayne había logrado reunir a sus amigos y preparar un hermoso banquete de bodas en la casa de Sterling. Alex, Natalie y Annalise acababan de llegar para supervisar el embalaje de las cosas que se llevarían a su nuevo hogar.

Había un grupo de gente hablando alborotada que estaba muy contenta por cómo les habían salido las cosas.

Addie y Grayson entraron justo detrás de ellos con su hijo sordo, Michael, que estaba hablaba con los dedos a su madrastra, que sostenía a la bebé Judith en los brazos mientras Grayson intentaba quitarle el abrigo al pequeño Stephen.

Lizbeth y Marcus estaban tratando de controlar a sus gemelas, Daisy y Grace, que acababan de aprender a caminar, y se habían ido en diferentes direcciones.

Pamela y Nick habían tenido que cortar una pelea entre Joseph y Louis, y Lottie perseguía a Diana, mientras Carter tenía sujetos a Benjamin y a Bradford por el cuello mientras los dos niños se miraban el uno al otro. Melissa y Arthur, los hijos de Rayne y Sterling, que acababan de salir de la guardería, disfrutaban de todo el caos mientras su niñera hacía todo lo posible por tenerlos tranquilos entre tanta gente.

—Oh, mamá —dijo Annalise en medio del alboroto—, la tía Rayne tiene unas fiestas muy ruidosas.

—No por mucho tiempo, mi pequeña —dijo Rayne mientras colgaba de su cadera a una Melissa recién atrapada—. En unos dos minutos, la niñera, con la ayuda de algunas sirvientas, llevará arriba a todos los que midan menos menos de metro y medio escaleras a la guardería donde tendrán su propia fiesta.

Natalie se arrodilló frente a Annalise.

—¿Te gustaría subir con los otros niños?

Todavía estaba preocupada por la terrible experiencia de su hija, pero parecía que ella estaba mucho más angustiada que Annalise, gracias a la gran resiliencia que tienen los niños.

—Por supuesto, mamá, quiero jugar con mis amigos.

En cuestión de minutos, la niñera y varias sirvientas cogieron a los niños de la mano y subieron las escaleras, dejando que los adultos se pudieran tomar una bebida relajante antes del banquete de la boda. Sterling y Rayne, como de costumbre, no se bebieron nada con alcohol, pero eso no les impidió servir champán a sus invitados mientras esperaban que los llamaran para el banquete.

Grayson se aclaró la garganta para llamar la atención del grupo.

—Como fui el primer hombre en sucumbir a *Las alegres inadaptadas de Bath*, tengo el honor de ofrecer este brindis por Natalie y St. John. —Levantó su copa y dijo—: Que "en lo bueno y en lo malo", sea mucho más bueno que malo.

—Oye, oye —dijo Carter—. Como segundo en caer, tengo el honor de ofrecer el próximo brindis. —Miró a Natalie y a Alex—. ¡Que disfrutéis de lo mejor de la vida juntos!

—Yo fui el tercero —dijo Nick, mirando a su esposa Pamela, de tal manera que ella se sonrojó y agachó la cabeza—. Que todas las partes de vuestro matrimonio sean tan buenas como las nuestras.

—El cuarto fui yo —dijo Marcus, mirando fijamente a los ojos de su esposa Lizbeth—. Que todos vuestros problemas sean pequeños. Y no se sabe si fuimos bendecidos con un doble problema. —Lizbeth le dio una palmada en el brazo.

—Y yo quedé en quinto lugar, —dijo Sterling, agarrando a su esposa para que se pegase a él—. Asegúrate de mantener a tu esposa tan ocupada en la cama que se olvide de tus defectos. —Rayne puso los ojos en blanco.

—Supongo que yo soy el sexto, entonces. Alex miró a Natalie y levantó su copa. —Gracias, mi amor, por ser quien eres.

Todos levantaron sus copas una vez más cuando Jasper apareció por la puerta.

—El banquete está servido, mi lord.

Y así,* Las alegres inadaptadas de Bath *celebraron la boda de Natalie y Alex.
Seis mujeres que juraron que nunca se casarían,
y los hombres que cambiaron de opinión.

Espero que hayas disfrutado de la historia de amor de Natalie y Alex. Este es el final de la serie *Las alegres inadaptadas de Bath*. He disfrutado mucho escribiendo las novelas, e hice dos viajes a Bath para encajarlo todo adecuadamente.

Si te atrae la idea de leer sobre Highlanders fuertes y las mujeres que logran doblegarlos, echa un vistazo a mi serie Sutherlands of Dornoch Castle. El primer libro de la serie, *To Deceive a Highlander*, está disponible gratis en todas las plataformas.

Se casó con la hermana equivocada. . . ¿o no?

El laird Haydon Sutherland ha tomado una decisión. Ha llegado el momento de casarse y ha ofrecido matrimonio a lady Elsbeth Johnstone, una muchacha tranquila y recatada que nunca le causará ninguna preocupación.

Lady Ainslee Johnstone, la valiente y obstinada gemela de Elsbeth, no permitirá que el matrimonio se lleve a cabo. El arrogante y feroz Sutherland podría destruir a su dulce hermana, así que el día de la boda se intercambian.

Que comiencen las batallas...

https://calliehutton.com/book/to-deceive-a-highlander/

Puedes encontrar una lista de todos mis libros en mi sitio web: http://calliehutton.com/books/

Sobre la autora



Una de las autoras más vendidas de la lista del USA Today, Callie Hutton, ha escrito más de 45 libros de romance histórico y de misterio. Vive en Oklahoma con su familia, muy unida y animada, que incluye a sus nietos gemelos, conocidos cariñosamente como "Los Twinadoes".

A Callie le encanta escuchar a los lectores. Puedes ponerte en contacto con ella directamente en calliehutton11@gmail.com o encontrarla en línea en www.calliehutton.com.

Conecta con ella a través de Facebook, Twitter y Goodreads. Síguela en BookBub para recibir novedades, notas de prensa , reservas anticipadas, y promociones especiales.

Derechos de autor

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora, o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Todos los derechos están reservados, incluido el derecho de reproducción, distribución o transmisión en cualquier forma o por cualquier medio. Para obtener información sobre los derechos subsidiarios, póngase en contacto con la autora.

Sitio web de la autora: http://calliehutton.com/
Diseño de portada por Anna Greene
Primera Edición Junio 2023